
Capítulo XXXIV.

Sacrificios inútiles.

I.

La conquista de Málaga había decidido la suerte de Granada.

Todas las miras de los reyes se consagraron á poseer esta riquísima joya, que aún se hallaba en poder de los musulmanes.

A pesar de la terrible peste que había affligido en el año anterior á la comarca, y de la escasez de granos que había, se resolvió llevar á cabo la conquista de Baza, donde tenía su córte el Zagal; el cual no sólo poseía aquella importante ciudad, sino que tenía el rico puerto de Almería, la ciudad de Guadix y algunas otras, sin contar las Alpujarras, sierras ricas en minerales y cuyos habitantes, célebres por la perfec-

cion á que habian elevado los ingenios de la seda, eran tambien famosos por su valor en los combates.

II.

La parte más opulenta y fuerte del imperio árabe era la que obedecía al Zagal.

La córte pasó á Jaen.

El rey se adelantó al frente de numerosas fuerzas, proponiéndose sitiar el castillo de Cujar, situado á muy corta distancia de Baza.

No tardó en rendirse esta fortaleza, y en el momento mismo en que tomaba posesion de ella el rey, recibió la agradable sorpresa de encontrar á Colon al lado de los capitanes que le habian ayudado á conseguir aquella conquista.

Reconociéndole en seguida:

III.

—¿Cómo aqui?—le preguntó;—yo os hacia en Sevilla.

—Bien sabe vuestra magestad,—dijo Colon,—que ha sido necesario aplazar para dias mejores el exámen de mis proyectos. Pero lo que vuestras magestades han hecho por mí, los nobles deseos que sienten en mi favor, la gratitud que me merece esta pátria, me obligan á no permanecer ocioso, miéntas los que considero mis hermanos pelean por una noble causa; por

la causa que no es sólo de España, sino de todos los pueblos lealmente católicos.

IV.

Guerrero ántes que otra cosa, no pensó el rey que podia malograrse el génio de aquel hombre en las batallas, y en vez de aconsejarle que desistiera de su propósito, le dió empleo en las filas de su ejército.

Colón asistió al famoso sitio de Baza, que se prolongó seis meses, con gran exposicion de que los Reyes Católicos tuvieran que retirarse, porque los moros se defendian con un heroismo sublime, pero que al cabo fué honrosamente entregada por el príncipe moro, su caudillo, Zidi Yahye, el cual más tarde consiguió que el Zagal, viendo lo inútil de sus esfuerzos para contrarestar el impulso de las armas cristianas, diese pacífica posesion á los Reyes Católicos de Guadix, Almería y otras muchas ciudades y aldeas, con lo cual pudieron rodear á Granada y disponerse á dar con seguridad el último golpe que habia de poner fin la gloriosa campaña de ocho años, emprendida con el objeto de reconquistar los dominios que á la nacion ibera habian arrebatado los moros.

V.

Colón, convertido en simple soldado, dió grandes muestras de su valor y arrojo.

En uno de los combates estuvo su vida en gran peligro.

Avanzando con algunos cristianos, se vió sorprendido por una partida de árabes montaraces, que rodeándolos les obligaron á batirse con ellos cuerpo á cuerpo.

Colon hizo proezas en aquellos momentos.

Los que le acompañaban sabian cuánto le estimaba el rey, y por la propia estimacion que le tenian tambien resolvieron perecer defendiéndole.

VI.

Ya habian caido muertos en tierra, heridos unos, muertos otros, y Colon se batia denodadamente contra dos musulmanes, uno de los cuales parecia ser el jefe de la partida.

¡Momento cruel para aquel génio poderoso que iba á morir en la oscuridad columbrando en lontananza la gloria que más tarde uniría á su nombre imperecedero!

VII.

De pronto se colocó á su lado un hombre vestido á lo moro que acababa de llegar precipitadamente al lugar de la pelea.

Blandiendo el alfange con poderoso brazo, no tardó en matar á uno de los contendientes de Colon y al verle caer, horrorizados los que le acompañaban, por-

que era el gefe, se pusieron en precipitada fuga.

Colon debió la vida á aquel refuerzo.

Pero, ¿cuál era la causa que habia impulsado á aquel árabe, á quien no conocia, á tomar con tanto ardor su defensa?

VIII.

Alzó los ojos para contemplarle y demostrarle, ya que no con la palabra, con el gesto, la gratitud que sentia hácia él, y recordó que no era la primera vez que veia aquella fisonomía.

—No me conocéis?—dijo al cabo de algun tiempo su defensor, asombrando á Colon que hablase tan correctamente el castellano.

—En efecto, yo os he visto otra vez. Pero, ¿no sois árabe?

—Oh! no; mis desdichas me han obligado á pasar-me á su bando, pero no se ha extinguido en mi alma la fé de la religion cristiana.

—Me conocéis?

—Sí.

—Dónde me habeis visto?

—En Córdoba.

—¡Córdoba!—dijo Colon, haciendo un supremo esfuerzo de memoria para averiguar quién era el desconocido.

IX.

—¿Y Rebeca?—preguntó con tristeza su interlocutor.

—Sí, sí, ahora os reconozco,—exclamó Colon,—vos sois Martin Carrasco.

Y le tendió la mano, que el soldado estrechó con efusion.

—Ella me salvó la vida,—añadió,—y temeroso de la muerte que me aguardaba, quise conquistar el perdón algun dia, y pedí auxilio á los enemigos de mi pátria, los cuales me le dieron creyendo que podria serles útil en las campañas que aguardaban. Pero mi ánimo ha sido siempre prestar algun servicio grande á mis reyes, é implorar su clemencia.

—Ya lo habeis conseguido,—dijo Colon,—venid, venid conmigo. Me estiman demasiado para no agradeceros el bien que me habeis hecho.

X.

Colon llevó á Martin Carrasco hasta la tienda del rey, y refirió al monarca lo que habia ocurrido.

El soldado fué perdonado, y el mismo rey le colmó de presentes.

Martin Carrasco no habia olvidado á Rebeca.

Ignoraba cuál habia sido su suerte, y queria saberlo.

XI.

—¿Qué es de ella? ¿qué es de mi vida? preguntó.

—La infeliz ha consagrado sus dias á la religion.

—¿Ella que era israelita?...

—Se ha convertido á la fé; la reina, entusiasma-

da por su conducta, la perdonó que os hubiera salvado la vida, y protegió su resolución de entrar en el claústro. Abjurando de sus errores profesó el catolicismo, y hoy pide, sin duda, á Dios en sus continuas oraciones, que os haga muy dichoso.

Dos gruesas lágrimas resbalaron por las tostadas mejillas de Martin Carrasco.

XII.

Apesadumbrado porque tenia que renunciar para siempre á la esperanza de su amor, resolvió tomar una parte activa en los combates; ser el primero siempre para hallar una muerte gloriosa; pero la Providencia no queria que muriese, y su denuedo contribuyó á conquistarle el favor del rey.

XIII.

Aún no se habia terminado el sitio de Baeza, cuando llegaron al campamento dos frailes procedentes de Jerusalem, que iban á desempeñar cerca de los reyes una mision que les habia confiado el Soldan de Egipto.

Eran dos frailes franciscanos conventuales de una comunidad religiosa de Palestina, que llevaban á los reyes despachos del Soldan, en los que se quejaba de la persecucion que hacian los monarcas católicos á los moros, persecucion que contrastaba con la benevolencia que él dispensaba á los cristianos reunidos en la

Tierra Santa en torno del sepulcro del Salvador.

No contento con hacer estas observaciones, unia á ellas terribles amenazas.

Si los Reyes Católicos continuaban persiguiendo con tanto encarnizamiento á los moros, el Soldan prometia que obraria de la misma manera con los cristianos, saquearia sus conventos y sus iglesias, y destruiria el sepulcro de Cristo.

XIV.

Estas amenazas, que no quebrantaron en lo más mínimo la resolucion de los reyes, produjeron en el campamento una gran sensacion.

No habia uno sólo que tuviese noticia de la embajada del Soldan que no se sintiese animado de los más vivos deseos de formar parte de una nueva cruzada para defender las preciosas reliquias del cristianismo, y derramar hasta su última gota de sangre por salvar á sus guardadores.

Las amenazas no eran simplemente amenazas.

El Soldan habia empezado á manifestarse riguroso con los cristianos, y si por respeto á los reyes los frailes franciscanos no contaron sino muy poco de lo que sabian, en cambio á los cristianos que les hablaban referian los atropellos de que eran objeto sus hermanos.

XV.

Colon tuvo ocasion de oirles, y un generoso sentimiento brotó de su alma.

Participando del entusiasmo que sentían todos los cristianos y del vehemente deseo de recorrer la Palestina para castigar los desmanes del Soldan, hizo el voto secreto, que no olvidó jamás, que recordó en el último momento de su vida, de consagrar, si su empresa se veía coronada por el triunfo, el fruto de sus futuros descubrimientos á los gastos de una cruzada que fuese á arrancar de una vez para siempre de las manos de los infieles el Santo Sepulcro.

Los reyes enviaron de nuevo á los mensajeros con la contestacion que daban al despacho del Soldan.

Y para que aquel feroz soberano comprendiera hasta qué punto los Reyes Católicos dispensaban favor á los cristianos de la Palestina, concedieron una pension de mil ducados anuales al convento de aquellos franciscanos y con ellos envió Isabel un rico velo, bordado por sus propias manos, para que lo pusieran sobre el Santo Sepulcro.

XVI.

Los dos frailes no se volvieron sólo á Palestina. Prévio el consentimiento de los reyes, deseoso de abandonar el mundo en dónde nada podia esperar ya, y de poder prestar su firme apoyo á los que se veían amenazados de las persecuciones de los infieles, ó en caso necesario sucumbir á su lado por la religion, Martin Carrasco resolvió abandonar las armas por el Crucifijo, el uniforme militar por el severo hábito de la Orden de San Francisco, y en calidad de lego acompañó á los frailes á Palestina.

XVII.

Antes de partir estrechó entre sus brazos á Colon.

—Mi corazón me dice,—exclamó Martin Carrasco al abrazarle,—que aún volveremos á vernos en el mundo, que aún podré borrar por completo de vuestra memoria los recuerdos que teneis de mi triste pasado, que aún podré ser digno, á pesar de mis excesos, de la piedad que sin duda alguna tiene de mí aquella infeliz que por mi causa se ha sacrificado, y cuya felicidad no he sabido labrar.

Sus palabras eran en cierto modo proféticas.

XVIII.

Terminada la campaña en que Colon se habia distinguido tanto como guerrero, los reyes entraron triunfalmente en Sevilla, y á las fiestas con que se celebró su llegada, siguieron los preparativos, de la boda de su hija mayor, la princesa Isabel con el príncipe D. Alonso, heredero presunto de la corona de Portugal.

Con este motivo, aunque eran grandes los ánimos de los reyes en favor de Colon, como siempre, tuvieron que aplazarse las resoluciones pendientes.

El matrimonio de los príncipes se celebró en la primavera de 1490, y duraron mucho tiempo los festejos, los torneos y las procesiones en manifestacion del júbilo general.

XIX.

¡Misterios de la vida!

Colon tuvo que vivir algun tiempo en Sevilla del producto de los mapas y globos que no tuvo más remedio que volver á fabricar para ganarse el sustento.

Con los triunfos, con los festejos, parecian haberse olvidado de él los monarcas, y un sentimiento de dignidad impedia á Colon acercarse á ellos para que recordasen su persona.

En efecto; el que habia desechado las proposiciones de los reyes de Portugal y de Inglaterra; y que movido por su amor á aquella pátria á la que tan caro habia pagado su hospitalidad, y que, por último, se habia batido al lado de las huestes cristianas exponiendo su vida en cien combates, merecia presentándose, como se habia presentando á los reyes, no como un hombre vulgar, sino como un génio privilegiado, más consideraciones que las que le tuvieron en aquella época de su vida.

XX.

Su amigo Fr. Diego de Deza tuvo que socorrerle con su bolsa muchas veces para que el gran Colon no sucumbiese á la miseria.

¡Y lo que es el mundo!

Los que miéntras gozaba del favor de los reyes le miraban con atencion, le profesaban algun respeto

al ver que por efecto de las circunstancias le habian olvidado, no solamente le miraban con indiferencia, sino que le exponian á los mayores sarcasmos, haciendo creer á los ignorantes que era un pobre maniático, y á los maliciosos que era un aventurero.

Hasta los niños al verle cruzar por la calle, mirándole con miedo, apenas pasaba, unos á otros se daban á entender que aquel hombre estaba loco.

XXI.

La incertidumbre de Colon fué entónces mayor que nunca.

Sin recursos, no tuvo más remedio que volver á Córdoba y recibir de nuevo hospitalidad en el convento de mercenarios.

Beltran é Inés, que continuaban cuidando con paternal cariño al hijo de Beatriz y de Colon, ignoraban su desgraciada suerte, porque Colon habia pedido á Fray Pedro Antunez que les ocultase su verdadero estado, y él, siempre que tenia ocasion, les escribia manifestándoles la proteccion que le dispensaba la córte.

No queria mermar en lo más minimo la fortuna de su hijo.

No queria que los antiguos servidores de su bien amada Beatriz, pudiesen verle en situacion tan desastrosa.

XXII.

Los reyes resolvieron llevar á cabo una expedicion á la vega de Granada, con ánimo resuelto de no levantar el campo de los alrededores de aquella capital hasta clavar el lábaro santo en las almenas de la Alhambra.

La expedicion partió, y ni una palabra, ni una esperanza recibió Colon de los reyes.

Su desesperacion llegó al colmo.

Era imposible permanecer en aquella ansiedad.

Su paciencia se acababa.

El mismo bronce llega á derretirse bajo la influencia del fuego, y fuego era la indignacion que habia en el pecho de Colon.

XXIII.

Sin recurrir, como lo habia hecho en otras ocasiones, á sus protectores, sin pedir consejo á sus buenos amigos, Fray Pedro Antunez y Fray Diego de Deza, porque estaba seguro de que la piedad de estos virtuosos varones mitigaria su ardor, escribió á los reyes una carta impregnada de amargura, pidiéndoles con arrogancia una contestacion decisiva, resuelto como estaba á abandonar á España, para que los que tanto le habian hecho sufrir no tuviesen el gozo de verle perecer en los brazos de la miseria.

XXIV.

Ante aquella manifestacion, no la reina que no le habia olvidado, pero que conocia que no era aquella ocasion oportuna de protegerle, sino el rey que sentia despertarse de nuevo en su alma el deseo de las conquistas que ofrecia Colon, dió orden terminante á Fray Fernando de Talavera para que celebrase una conferencia definitiva con los hombres de ciencia y les pidiese inmediatamente su informe sobre los proyectos de Colon.

XXV.

Un mensaje enviado al ilustre genovés puso en su conocimiento este acuerdo de los reyes, y le pedian que aguardase un poco de tiempo más, ántes de llevar á cabo su resolucion.

El obispo de Avila, que no habia aún mudado de opinion respecto al ilustre marino, obedeció lentamente la orden de sus soberanos, y después de celebrar la conferencia, declaró á los reyes que la opinion del consejo era contraria á los deseos de Colon; que el proyecto era quimérico, impracticable, y que no podia convenir á unos monarcas que tanta gloria alcanzaban en sus empresas, una en que podian perder, si no crecidas cantidades, al ménos su prestigio á los ojos de todo el mundo.

Capítulo XXXV.

La última tentativa.

I.

No consiguió su objeto Fray Fernando de Talavera, ni los que habian influido desfavorablemente acerca del proyecto de Colon.

Los reyes no quisieron renunciar para siempre á un proyecto que tanta gloria y tanto provecho podia proporcionarles, y que por lo demas habia encontrado muchos partidarios entre las personas ilustradas que habian formado el consejo.

II.

Fray Diego de Deza era por entónces preceptor del príncipe Juan, y aprovechando el favor que con este motivo disfrutaba en la córte, habló á los reyes y com-

batió la opinion que sostenian los encargados de informar en el consejo.

Por otra parte, algunos otros nobles personajes que habian tenido ocasion de oír hablar acerca de las ideas de Colon al arzobispo de Toledo, á D. Alvaro de Portugal y á la marquesa de Moya, influyeron para sostener en el ánimo de los reyes la resolucion que habian tomado al saber el informe del consejo, y se convino, en vez de quitar á Colon toda esperanza de proteccion y amparo, buscar un medio de detenerle en España, dándole esperanzas para más tarde.

III.

El mismo Fray Fernando de Talavera recibió la orden de ver á Colon, que permanecia en Córdoba, y de decirle que los enormes gastos de la guerra no permitian á los soberanos emprender conquistas de otro género, ofreciéndole que cuando terminara la guerra tratarian con él.

El obispo de Avila, que desempeñó muy á su pesar aquella mision, al hablarle en los términos en que lo hizo, procuró, sin comprometerse, dar á entender al marino, que las palabras que acababa de pronunciar no eran más que una excusa cortés, puesto que al hablar de la terminacion de la guerra le dió á entender que no podia nadie fijar, ni aproximadamente, la época en que los beneficios de la paz se disfrutarian en España.

IV.

Poco satisfecho Colon con aquella respuesta de los reyes, después de los años que habia empleado en sus pretensiones, y de los sacrificios que habia hecho, se trasladó á Sevilla, donde se hallaba la córte, deseoso de oír de boca de los mismos reyes lo que por su orden le habia comunicado Fray Fernando de Talavera.

Recibido por ellos con la mayor cortesía, tuvo el desconsuelo de oír, sobre poco más ó ménos, las mismas palabras que le habia dicho el obispo de Avila.

Y considerando aquel aplazamiento como una negativa, suponiendo que la influencia de sus enemigos habia cambiado los buenos deseos que en su favor le manifestaran los reyes, desconfiando de las halagüeñas promesas que le hacian, abandonó á Sevilla, llevando una profunda amargura en su corazon, y resuelto aquella vez á partir para siempre de España sin decírselo á sus amigos, porque sabia hasta qué punto les engañaba su buena fé y el deseo que tenian de conservarles á su lado.

V.

Antes de partir para siempre, se encaminó á Baeza.

—Quién sabe,—dijo,—si me esperan nuevas desdichas en otros países; quién sabe si mi naturaleza, trabajada por tan continuos desengaños, está próxima á sucumbir: que ántes, al ménos, pueda yo estrechar

en mis brazos á mis hijos y saber que su porvenir queda asegurado.

VI.

Beltran é Inés le acogieron con el cariño de siempre, y pasó en su compañía algunos dias dichoso, recordando en aquel hermoso niño, que tenia todas las facciones de su madre, y que le recordaba las mayores dichas de su vida.

Trataron de hacerle desistir de su propósito los leales servidores de Beatriz; pero cuantas razones le dieron, fueron inútiles.

La desesperacion hablaba por Colon.

Prometiéronle velar por su hijo, y le despidieron con las lágrimas en los ojos, deseándole mejor suerte y un pronto y feliz regreso, porque les habia prometido, si triunfaba, volver á compartir con ellos y con su hijo su alegría.

VII.

Desde Baeza resolvió trasladarse á la Rábida para despedirse de Fray Juan Perez de Marchena y de su hijo Diego, á quien hacia ya tantos años que no veia.

Un dia al anochecer llegó á las puertas del convento que seis años ántes le habian visto desfallecido y enfermo pedir hospitalidad para él y para su hijo.

VIII.

Llamó, y el sólo anuncio de su llegada puso en conmocion á toda la comunidad.

Fray Juan Pérez de Marchena, á pesar de sus años, abandonó la celda, y salió precipitadamente á recibirle.

Los demás frailes estrecharon su mano con efusion, y Diego abrazó á su padre con el mayor cariño.

IX.

—¿Qué significa vuestra venida?—le preguntó Fray Pérez de Marchena, —¿son buenas ó malas las noticias que nos traeis?

—Malas, muy malas, padre mio, —dijo Colon.

—Pues qué, á pesar de los pasos que habeis dado; de las relaciones que habeis adquirido; de las visitas que habeis hecho á los reyes; de la poderosa proteccion que os habeis proporcionado, ¿nada habeis conseguido?

—Perder el tiempo; alimentar esperanzas para verlas morir en mi corazon; hallar en último resultado el desengaño más completo. Por eso mi venida no tiene más objeto que daros un abrazo, recomendaros eficazmente á mi hijo Diego, y partir para siempre de España.

—¡Oh! no; eso no es posible.

—Y sin embargo, estoy resuelto á salir en breve de este país; á buscar en otro lo que en éste no he hallado.

Fray Pérez de Marchena, profundamente conmovido, empleó todo su talento para que desistiera del viaje.



CRISTÓBAL COLON.—Vuelve al convento de la Rábida
y refiere al prior sus desventuras.

—Yo no dudo,—añadió,—que los reyes tienen la mejor voluntad en ayudaros. La guerra es un poderoso obstáculo á sus deseos; esperad, esperad á mi lado á que la guerra termine; aquí nada os faltará: descansaréis; os curareis de las heridas que habeis sufrido en vuestras ilusiones, y yo mismo iré á ver á los reyes para hablarles como ninguno de vuestros amigos y protectores les ha hablado hasta ahora.

X.

Colon que no habia olvidado que en aquel convento habia hallado en España las primeras personas capaces de comprenderle y de estimarle, por más que manifestó á Fray Juan Perez de Marchena que su resolucion era irrevocable, quiso ántes de partir ver á aquellos amigos con quienes habia conversado tantas veces y con tanto provecho de su empresa.

XI.

No tardaron en acudir á verle el médico Fernandez, y con algunos marinos de Palos, Martin Alonso Pinzon, jefe de una familia de ricos y hábiles navegantes de aquella vida célebre por las aventureras expediciones que habia llevado á cabo.

XII.

Colon confió á todos cuanto le habia ocurrido des-

de su partida, el exámen que habia sufrido en varias ocasiones, los argumentos que se habian presentado en contra de sus ideas, y en aquel pequeño circulo de hombres científicos, de hombres de buena fé, de hombres que ambicionaban para España la gloria que Colon queria alcanzar, encontró nueva sávia, nuevas fuerzas, nuevo impulso para seguir adelante en su empresa.

XIII.

—No hay duda,—decia Martin Alonso Pinzon,—vuestros proyectos pueden realizarse, estoy seguro de ello; y si quereis, yo desde ahora me comprometo á pagar los gastos del viaje y vuestra estancia al lado de la córte, para que si no con el auxilio de los reyes, con el de algunos otros nobles que poseen grandes riquezas, podais salir airoso de vuestro plan.

—Oh! no, es imposible,—dijo Colon.—Los cortesanos me apoyarian, si los reyes me protegieran, y esto no seria entónces más que una consecuencia de su adulacion; pero si me ven desamparado de los soberanos, aunque haya alguno que sienta deseo de favorecerme no me favorecerá porque no parezca su caridad una leccion dada á los reyes.

—Y qué hareis entónces?

—En Francia hay un soberano poderoso. Tal vez habrá sabido que los reyes de Portugal y de Inglaterra me han buscado y que yo he desechado sus proposiciones; tal vez querrá para su nacion la gloria que

los otros han querido , y que yo únicamente deseaba ofrecer á España.

—Tambien él está en guerra.

—Pero el amor á la gloria hace prodigios.

—¿Y quién os dice , —añadió Fray Juan Perez de Marchena, —que asistia á la conversacion, quién os dice que no hallareis tambien en Francia, ó en cualquiera otro país que elijais, los mismos obstáculos, las mismas desventuras que habeis hallado aquí; quién os dice que después de emplear mucho tiempo en conquistar la proteccion del monarca, no hallareis al final un desengaño más cruel todavía que el que aquí habeis encontrado?

XIV.

El prior del convento pudo conseguir de su huésped que aplazase su marcha durante algunos dias, y como deseaba para España la gloria que estaba seguro de alcanzar el ilustre marino, aprovechó aquellos dias de tregua para llevar á cabo un proyecto que habia concebido.

XV.

El mismo dia en que habian celebrado aquella conversacion, buscó á Sebastian Rodriguez, piloto de Lope y uno de los hombres más considerados de aquella comarca, y le confió la mision de llevar una carta á la reina, y de hablarla en su nombre.

En aquellos momentos la reina estaba en Santa Fé, ciudad militar que se hallaba construida en la

vega de Granada, á consecuencia del incendio que habia sufrido el campamento real.

XVI.

Sébastien Rodriguez, que era tambien uno de los admiradores de Colon, llegó hasta la tienda de su majestad, obtuvo una audiencia, y puso en sus manos la carta del prior de la Rábida.

Fray Juan Perez de Marchena pedia en ella á la reina permiso para ir á hablarla en favor de Colon.

XVII.

La contestacion de Isabel no pudo ser más favorable.

Manifestó al venerable anciano que le proporcionaria gran placer con aquella visita, y al mismo tiempo le encargaba que fomentase la confianza en el corazon de su huésped, porque muy pronto podria tener ocasion de demostrarle cuánto estimaba su talento y su inmensa virtud.

La respuesta, que llegó catorce dias después de la partida del piloto, llenó de alegría á todos los que, reunidos en el convento, deseaban que Colon no partiese.

XVIII.

El mismo dia en que se recibió tan benévola respuesta, el prior, sin pensar en sus años ni en sus acha-

ques, mandó á buscar al famoso Matías Sampayo, que gracias á la posicion que ocupaba su hija habia mejorado mucho de fortuna, y no servia más que al prior, á quien profesaba una veneracion sin límites, y mandando ensillar una mula, partió con Matías á media noche, atravesó el territorio recientemente conquistado á los moros, y no tardó en llegar á Santa Fé, en donde los augustos esposos dirigian el sitio de Granada, y esperaban de un momento á otro apoderarse de aquella rica joya de los árabes.

XIX.

El antiguo confesor de la reina, el venerable Juan Perez de Marchena, fué recibido con el mayor cariño por la Reina Católica.

Hacia ya tanto tiempo que no se veian y era tan grato el recuerdo que conservaba Isabel de la bondad de alma, de la inteligencia superior de su confesor, que haciéndole sentar y tratándole con el mayor agasajo y familiaridad, no le dió tiempo para que explicara el objeto de su visita, porque la primera parte de su conversacion la llenó la reina con la reseña de las victorias que habian conseguido sus ejércitos, con los proyectos que estaban realizando, y con las esperanzas que abrigaba su corazon católico.

Satisfecha porque aquella expansion habia desahogado su alma de los cuidados que continuamente pesaban sobre ella:

XX.

—Ahora, mi querido, mi venerable amigo, vais á decirme qué es lo que os ha traído hasta aquí, porque aunque el contenido de vuestra carta me lo hace presumir, grandes deben ser las causas, cuando un anciano como vos, acostumbrado á no salir de su convento, á vivir en el reposo, le han hecho abandonar estas comodidades para atravesar en una mula escarpadas sierras y venir hasta mi tienda de campaña.

—Señora,—dijo el prior de la Rábida,—muy niña aún, os he conocido, y tenido la suerte de acompañar vuestro corazón hácia el bien, adonde caminaba por sí sólo.

Sé que la piedad está tan arraigada en vuestro pecho, que basta invocarla para que consuele; sé que á estas nobles cualidades unis la de un amor inmenso á la gloria de vuestros pueblos. Por todas estas causas he querido venir y deciros: un hombre dotado de poderoso genio puede aumentar la gloria de vuestra nación y unir un timbre más al de vuestro nombre.

—¿Aludís á Colon?

—Sí, señora. El pobre marino abriga un proyecto sublime, un proyecto de cuya realizacion no dudan los hombres versados en las ciencias, y animados al mismo tiempo de buena fé.

Ese hombre os venera, os admira, os ama, y desearia ofreceros los descubrimientos que proyecta llevar á cabo. Es verdad que le habeis acogido con be-

nevolencia, que le habeis escuchado con afecto, que no os habeis negado por completo á favorecerle; pero lleva ya muchos años empleados en la esperanza, ha hecho costosos sacrificios, no puede esperar más, y yo, que soy su antiguo amigo, el primero que ha tenido la fortuna de conocerle en España y de prestarle apoyo, yo, que le quiero como á un hijo, y á vos, señora, que os considero como á la representacion de la Divinidad en la tierra, he querido venir á confiaros su resolucion, al parecer inquebrantable: Colon va á partir!

—¿Qué decís?—exclamó la reina, —¿no le hemos dicho que espere á que concluya la guerra, y que cuente después con nuestra proteccion?

—Sí; pero él teme que la guerra se prolongue mucho tiempo; teme que las influencias que han contrareestado la generosidad de vuestro corazon y el de vuestro augusto esposo, contribuyan á influir en contra suya; y desesperado, viendo llegar el fin de sus dias, porque los sufrimientos matan, está resuelto á partir á Francia para pedir al rey de aquella nacion la proteccion que necesita para llevar á cabo la expedicion que ha tantos años proyecta.

—Eso no puede ser; vos, mi buen amigo, le habeis aconsejado que desista de su propósito.

—He empleado toda la influencia que ejerzo sobre él para que pase algunos dias en mi monasterio allado de su hijo, jóven de catorce años, que tengo en mi celda desde que llegó con su padre á España.

Sin que él lo sepa, y comprendiendo que no le per-

mitiriais nunca abandonar este suelo hospitalario, he venido á implorar vuestro favor para él y deciros: ¿Quereis tener confianza en mí? ¿Creeis que los años que he estudiado han podido darme la necesaria ilustracion para apreciar en lo que valen las ideas de ese hombre? ¿Creeis en el amor que os profeso, en el vehemente deseo que abrigo de que vuestro reinado pase á la posteridad como el más grande de todos cuantos ha habido y pueda haber en esta nacion? Pues si me creeis, señora, si comprendeis mis deseos, el deseo de vuestra gloria y de la de España, no le desampareis. Prestadle vuestro apoyo, facilitadle recursos para que lleve á cabo esa empresa cuyos resultados no pueden dejar de ser en extremo ventajosos, dadle los medios para que os conquiste esa gloria, y él os lo agradecerá: la posteridad os bendecirá, vuestro nombre resonará en apartadas regiones y será símbolo del progreso del cristianismo, y de la prosperidad de unos pueblos que hoy, sin duda, yacen en la barbarie.

XXI.

La fé con que hablaba el prior de la Rábida, las lágrimas que la emocion hacia asomar á sus ojos, la exaltacion de que se hallaba poseido, todo contribuyó á comunicar, no ya á la inteligencia, sino al corazon de la reina, los sentimientos que abrigaba en aquel instante.

—Id, id al convento y decid á Colon que yo le exijo que nõ parta, que venga á la córtè, que me busque,

que estoy resuelta á hacer toda clase de sacrificios para premiar su constancia, para dar alas á su génio.

XXII.

Ebrio de alegría, Fray Juan Perez de Marchena dió las gracias á la reina y se dispuso á volver á su convento.

Isabel le suplicó que permaneciese algunos dias á su lado, pero no queriendo retardar el prior la alegría que iba á proporcionar á su huésped, y deseando que cuanto antes fuera al campamento de Granada, Fray Perez de Marchena envió á García Fernandez, el famoso médico de Palos, la cantidad de veinte mil maravedises, que la reina Isabel ofrecia á Colon para que se equipase y pudiese presentarse en la córte con el decoro debido.

XXIII.

El prior del convento de la Rábida se quedó al lado de la soberana, esperando por momentos la llegada de su amigo.

Este experimentó una viva alegría, porque aunque estaba resuelto á partir, era inmenso su pesar al ver que otra nacion podia ceñir á sus sienes la corona de laurel que él tejia para España.

XXIV.

Lleno de esperanza se puso en camino, y pocos

días después tuvo la dicha de estrechar en sus brazos á su amigo el prior, y de hallarse delante de Granada.

Colón fué hospedado en la tienda de D. Alonso de Quintanilla, contador general de Hacienda, muy amigo suyo, sobre todo en los tiempos en que disfrutaba el favor de los reyes.

XXV.

Aunque á su llegada le aseguró Isabel que inmediatamente dispondría todo lo necesario para que emprendiese la expedición, las circunstancias aplazaron todavía este suceso.

El sitio de Granada se prosiguió con gran actividad, y Colón no tuvo más remedio que aguardar el triunfo definitivo de la Santa Cruz, triunfo que veía acercarse y que compensaba sus sufrimientos por las detenciones que experimentaba la realización de su empresa.

XXVI.

No es extraño que los últimos momentos que precedieron á la conquista de Granada, llenaran de entusiasmo su corazón.

Aquella lucha parecía fabulosa aún á los mismos que la llevaban á cabo.

Los árabes, destrozados en su mismo seno por las luchas civiles, peleaban con el denuedo que dá la fé, pero al mismo tiempo con el corazón lleno de amargura.

Los zegríes y los abencerrajes, en abierta lucha, fabricaban con su ódio las cadenas con que sus conquistadores debían cargar sus piés.

XXVII.

Boabdil el Chico, último rey de Granada, se vió obligado, no sólo á entregar las llaves de la ciudad, á rendir pleito homenaje á los Reyes Católicos, á abandonar aquel eden dónde habia pasado los mejores años de su vida, sino que en el momento de partir de aquel oasis, veía separarse de su lado á la sultana Moraima, á la prenda querida de su corazón, para abrazar la religion cristiana.

XXVIII.

Las causas que motivaron esta resolución de la reina árabe, constituyen una de las más preciosas tradiciones del reino granadino, y aunque ajenas á la historia de nuestro héroe, impresionó fuertemente su ánimo, y bien merece que hagamos una digresion para referirla á nuestros lectores.

Las tradiciones granadinas, libro bellissimo, refiere sobre poco más ó ménos en estos términos la tradicion á que aludimos, origen de las guerras intestinas de los árabes, y causa de que, al partir de Granada, tuviera Boabdil que perder á su esposa.

Capítulo XXXVI.

Zegries y Abencerrages.

—
EPISODIO.

I.

Elegido Boabdil rey de Granada, por los de su bando, quiso inaugurar su segundo reinado con fiestas y zambras.

Jamás se celebraron en esta ciudad las diversiones que entónces.

No pasaba dia sin que se corriesen cañas en la plaza de Bib-Rambla, en las que lucian sus esbeltos y airosos talles los apuestos moros de los diversos y nobles linajes de que se componia su córte.

Tambien en el palacio real de la Alhambra, en el de los *Aljares*, labrado por Muley-Hacen, con todo el lujo de que es susceptible el orgullo asiático, y en el recreo de Generalife, sucedianse con frecuencia las

zambros, sin que hasta entónces el más leve motivo hubiese turbado la fraternidad que reinaba entre los Alhamares, Abencerrages, Gomeles, Mazas, Azarques, Gazules, Alabeces, Venegas y Zegries, que eran los linages más esclarecidos de Granada.

II.

Corria el año de 1491.

Boabdil, á quien llamaban el Rey Chico, habia dispuesto una brillante fiesta para celebrar el restablecimiento de las heridas que el maestre de Calatrava, D. Rodrigo Tellez Giron, hiciera á su hermano Muza, hijo bastardo del rey Hacen, en singular combate, á que le retara pocos dias ántes en la vega.

III.

Hallábase la flor de la nobleza de Granada reunida en el palacio de la Alhambra.

Alli se veia á la reina Moraima, esposa de Boabdil, rodeada de sus damas Fátima, Daraja, Galiana, hija del alcaide de Almería, y gran número de esclavas, haciendo todas gala de su hermosura y riquezas.

IV.

Conversaban entre sí los musulmanes, excepto Muza, que arrimado á un ajimez, entreteníase en hacer un ramillete de las delicadas y aromáticas flores

que habia cogido en los jardines del palacio, fija su vista en Daraja, á quien amaba con delirio.

Y, sin embargo, no era correspondido.

El Abencerrage Abenamar gozaba de los favores de la linda doncella, por cuya causa le aborrecia Muza.

V.

Ordenó el rey que comenzase la danza, y al son de chirimias y dulzainas ejecutaron las damas y musulmanes un gracioso baile, en que tomaron parte casi todos los caballeros.

Concluido aquel, y apenas Daraja tomó asiento cerca de la reina, cuando se presentó un pajecillo, y ofreciéndola un bonito ramo de flores:

VI.

—Hermosa Daraja,—la dijo,—mi señor Muza me envia para que os entregue este ramo, y os ruega que os digneis aceptarlo, porque con él os envia su corazón.

Turbóse la sarracena al oír aquellas palabras, é indecisa en su resolucion, miró á la reina, quien habiendo escuchado al pajecillo, le indicó con la cabeza que lo tomara.

Obedeció Daraja, y tomó de las manos del paje el lindo ramillete.

VI.

Ufano de su triunfo Muza, que desde lejos habia

presenciado esta escena, acercóse á los otros moros y solicitó se volviera á empezar la danza.

No tardó en oirse una grata armonía, y todos se dispusieron de nuevo al baile.

Dirigióse Muza á sacar á la que amaba.

Ya era tarde.

Se le habia adelantado Abenamar, que celoso por haber admitido el ramo su amada, deseaba una ocasion en que manifestarla sus quejas.

VIII.

—No creyera,—la dijo despechado,—que una mora bien nacida admitiese finezas de otro que de su amante.

—¿Crées acaso que obré impulsada por mi corazon? ¡qué ingrato eres al juzgarme así!

—¿Pues quién te impidió rehusar?

—La reina me ordenó aceptarle.

—Necesito una prueba que me convenza.

—¿Está en mi mano?

—Sí.

—Habla.

—Entrégame ahora mismo ese ramillete.

—Tómalo.

Y al decir esto alargó el ramo al abencerrage.

Pero apenas estuvo en su poder cuando una robusta mano lo arrancó con furia de las de Abenamar.

IX.

Era Muza que habia presenciado aquella escena.

—¡Vil caballero! ¡Musulman desdichado! ¿Cómo te atreves á tomar un ramo que mis propias manos se han entretenido en tejer, y que yo mismo he dedicado á Daraja? ¡Miserable! desde ahora te declaro cobarde é infame como á toda la raza á que perteneces!

—Muza!—exclamó pálido de rábía el abencerrage;—¡no porque corra en tus venas sangre real has de tener derecho para insultar á un caballero ni á su noble linaje! Sabe que el más débil de ellos, si es que puede haber alguno, no sufrirá los denuestos de ningún moro ni aún del mismo rey, porque además de que siempre han sobresalido en valor y pujanza es la tribu más noble de toda la corte!

—¡Miente quien tal diga!—interrumpió un zegrí,—gusanos inmundos son los abencerrages para nosotros. Nuestra tribu es la más noble de todas, pues descende de los reyes de Córdoba.

Sí, sí,—exclamaron á un tiempo algunos Zegries que allí estaban atraídos por las voces de los contendientes.

—¡Vive Alá!—exclamó con descompasado acento Malique Alabez, moro de gran nombradía, abriéndose paso en el grupo formado alrededor de Muza y Abenamar,—¡vive Alá que á estos zegries les hace falta una mordaza para que no pregonen su decantado linaje á cada paso aturdiéndonos los oídos con su fiereza

y alcurnia! Si descienden de los reyes de Córdoba, nosotros venimos de los de Marruecos y Fez, y del gran Miramamolin; y así, punto en boca, caballeros, que mejor está callar ante quien no pueden hacer alarde ni de alcurnia ni de valor.

—¡Qué me place!—contestó encendido de coraje el zegrí;—no deseaba sino este momento para dar una lección á esos abencerrages presuntuosos.

Y al pronunciar estas palabras, puso mano á su alfange.

X.

—¡Por Mahoma, que gastan humos esos falderillos! Pero sabe, zegrí, que los abencerrages siempre han lidiado con iguales fuerzas, y que yo, Malique Alabez, en nombre de toda la tribu, siguiendo su costumbre, no me batiré con vosotros; porque todos los que componeis el linaje zegrí sois poco para mí. Pero id con cuidado de aquí adelante, porque si no, es fácil que sucumbais, pisados cual reptiles, bajo las plantas de los abencerrages.

—¡Mueran los abencerrages!

—¡Mueran los zegríes!

Estas voces fueron acompañadas de movimientos hostiles por ambos partidos.

Algunos alfanges habian salido de las vainas, y era de esperar un sangriento resultado, cuando el rey Chico hizo cesar el tumulto con una destemplada voz.

XI.

—¡Silencio, lenguas atrevidas! ¡Silencio! digo, que yo castigaré, cual se merece, tamaño desacato á mi persona. Guardias de palacio, venga un verdugo al instante, que juro por el Islam cortar la cabeza del que dé una sóla voz, y clavarla, cual despojo de ave de rapiña, en la *Torre de la Justicia*.

Después añadió:

—Musulmanes, os declaro á todos prisioneros; deponed las armas. Este sitio os señalo por cárcel, miéntras se os conduce á la torre que determine.

XII.

Todos entregaron sus alfanges á los guardias del rey, y permanecieron silenciosos.

Pero no así sus corazones, que ardían en deseos de vengarse.

La reina y las damas, asustadas, marcharon á sus aposentos.

Boabdil, despechado, salió á respirar las auras de sus bosques.

Tal fué el primer disturbio entre las tribus granadinas, que dió origen á tantas desgracias como se siguieron, y á la pérdida del reino.

XIII.

Dos meses después de ocurrir estos sucesos, los

zegríes que prendió el rey en su palacio fueron puestos en libertad, y los ódios parecían apagados.

Muza habia salido con los abencerrages á hacer algunas guerrillas con los cristianos de la vega, y en una hermosa tarde, próximo el sol á su ocaso, se hallaba Boabdil en los *Alijares*, gustando las delicias de la pereza, recostado voluptuosamente en ricos cogines de Persia.

Espesos globos de humo salian pausadamente del tubo de una larga pipa de oro con boquilla de ambar, que de cuando en cuando llevaba negligentemente á su boca.

XIV.

—Alá conserve tus dias, poderoso rey,—dijo un moro que entró en la sala seguido de otros, inclinándose ante Boabdil. El zegrí Mahomad desea tener una conferencia contigo, y pide se la concedas.

—Acércate, buen Mahomad,—contestó el rey, dirigiéndose al anunciado:—¿Qué tienes que decirme? ¿Te debo alguna reparacion? ¿Has sufrido desman de algun súbdito mio?

—¡Pluguiera al cielo que eso fuese, señor! Alá me es testigo de que si con mi sangre pudiese conjurar la tempestad que amenaza tu trono, y con mi honor lavar el tuyo de la mancha que le han arrojado, no me verias en este sitio con el corazon oprimido por las odiosas y vergonzosas nuevas que mi lábio vá á expresarte.

XV.

Incorporóse Boabdil al oír el tono sentencioso y las ambiguas palabras del zegri.

—Por el Profeta! que me has llenado de confu-
sion,—dijo, mirando fijamente á Mahomad.—Expon
desde luégo el objeto de tu venida.

—Acabo de saber que los abencerrages, encon-
ados contra tí por los sucesos de la última fiesta, tra-
tan en secreto, aliados con los gomeles y alabeces, de
derribarte del trono, quitándote la vida.

—Por Alá! que la nueva no es muy grata;—con-
testó el rey con majestad;—pero si mal no recuerdo,
creo que no es esto sólo cuanto tenias que manifestar-
me. Dí lo restante.

—Es una materia muy grave, señor; y como el
corazon humano está siempre dispuesto á juzgar mal,
y pudiera tomarse este acto de adhesion y lealtad por
un sentimiento de envidia y de rencor, no saldrá una
palabra más de mi boca miéntras no se hallen pre-
sentes el Gomel Mahandon y mis sobrinos Mahomad
y Alhamut, que están enterados del suceso.

—Admirame tanta ceremonia; mas puesto que es
necesario, como dices, sea.

Y llamando á un esclavo, dió orden Boabdil para
que inmediatamente compareciesen los nombrados por
el zegri.

No tardaron estos en presentarse, y mandando el
rey que nadie más entrase:

XVI.

—Ya estás satisfecho,—continúo dirigiéndose á Mahomad,—abrevia tu explicacion.

—De púrpura se tiñe mi rostro sólo al pensar en ello, y únicamente mi cariño á tí....

—Zegrí, te advierto que no quiero digresiones.

—Señor, la reina es adúltera....

Palideció Boabdil al escuchar estas palabras, quedándose como anonadado.

Pero reponiéndose instantáneamente, interrumpió al acusador, diciéndole irritado:

XVII.

—¡Mientes, villano, mientes! Pruébame la verdad de esa acusacion ó ¡ay de tí!

—No temo tus arrebatos,—prosiguió con impasibilidad el zegrí,—pues cumplo con mi conciencia. Y cuando me he determinado á dar este repugnante paso, seguro estaré de cuanto digo.

Sabe señor, que el último dia de zambra en Generalife, paseándome por la tarde con este caballero gommel por sus jardines, vimos debajo del ciprés mas alto del *patio de las fuentes*.... ¡el alma se resiste á expresarlo!... á la reina tu esposa, en amoroso deleite con el abencerrage Aben-Hamet; y tan embebidos estaban en sus caricias, que no sintieron nuestros pasos. Ella decía....

—Basta,—exclamó temblando de despecho el infeliz rey,—la prueba, la prueba de eso que has dicho.

—Señor, yo lo he visto,—respondió el gomel adelantándose, y aquella misma tarde lo referimos en secreto á los sobrinos del zegri. ¿Es cierto?

—Si—contestaron á un tiempo los tres moros.

Nada replicó Boabdil.

La rabia le hacia rechinar los dientes y mesándose con furor los cabellos:

XVIII.

—¡Traidores!—exclamó al fin con entrecortada voz.—¡Por mi fé de musulman, juro á Dios que han de morir á mis manos uno por uno esos viles abencerrages, y he de chupar la sangre de los adúlteros que así roban mi honor! Vamos, vamos á la ciudad, quiero sangre.... Me ahogo de coraje... y necesito oír la voz de la venganza.

—Señor,—exclamó el zegri,—si me fuera permitido hacerte presente...

—Qué! ¿Aún falta alguna otra infausta noticia?

—Considera que si te dejas llevar de ese ímpetu natural, te expones á perder el trono y quizás la vida. La reina tiene muchos partidarios, y el mismo Muley Hacén, tu padre, te perseguiría de muerte si cometieses un atentado contra Moraima. Además los abencerrages se pondrían en guardia uniéndose á los descontentos, y quedaria ilusoria tu venganza, pues serias nulo é impotente.

—Tienes razon, buen zegrí, tus palabras mitigan mi arrebato. Pero, en ese caso....

—¿Cuánto mejor seria, —continuó Mahomad sin hacer caso de la interrupcion del monarca, —que yo acusara públicamente á la reina, y que segun las leyes se le concediera, ántes de ser quemada como pérfida adúltera, que buscara cuatro campeones dispuestos á sostener su inocencia? De este modo cumplias para con el mundo y se realizaba tu venganza. Moraima seria quemada. ¿Qué recursos tiene para buscar campeones? ¿Y quién habia de aceptar? Si por acaso el destino los hubiera, aquí estamos mis sobrinos y yo dispuestos á mantener lo dicho, y que no somos tan despreciables lanzas.

—¡Ah! gracias, Mahomad, eres un buen musulman. Pero, ¿y los abencerrages? Y ese Aben-Hamet, ¿no ha de llevar su merecido?

—Para todo hay recurso, señor. Mañana mandas con gran sigilo á todos los abencerrages y á ese Aben-Hamet, que se presenten uno á uno en palacio. Tienes un salon preparado con gente armada, y un verdugo, y, segun vayan entrando, que caigan sus cabezas al golpe del cuchillo. Pocos te se podrán escapar, pues hoy ha vuelto Muza con todos los que le acompañaron.

XIX.

Al dia siguiente fué acusada públicamente la reina de adulterio, dándole un término de quince dias para que buscase campeones, debiendo morir quema-

da si no los encontraba, ó si vencian los mantenedores de aquella acusacion.

Tambien aquel mismo dia quitaron la vida, en una sala del *Patio de los Leones*, á treinta y seis abencerrages, y entre ellos á Aben-Hamet, no siguiendo esta carnicería, por haber descubierto la traicion el page de uno, quien comunicándolo á Malique Alabez, corrió la voz de unos en otros, pudiendo libertarse los demas.

Capítulo XXXVII.

Continuacion del anterior.

I.

En un reducido espacio de la *Torre de Comares* estaba la reina Moraima, presa por orden del rey, rodeada de su dama Zelima y de su doncella cristiana, Esperanza de Hita, que á fuerza de consejos y perseverancia habia logrado convencerla de lo falso de su religion, y que deseara convertirse á la católica.

Preciso es confesar que contribuyó mucho tambien la desgraciada situacion en que la colocara el miserable é impetuoso carácter de Boabdil.

II.

Muy agitada parecia hallarse Moraima en aquel momento.

Iba de una parte á otra de la estancia, se acercaba al único ajimez abierto que tenia el aposento, miraba por entre la espesa celosía que lo cubría, y tornaba á separarse suspirando profundamente.

—¡Cuánto tarda!—exclamó con pena, una de las veces que se quitaba del ajimez.

—No desesperéis, señora, la contestó Esperanza;— aún no hay tiempo para su vuelta.

—¡Cómo! ¡Si salió esta mañana al ser de día!

—¿Y quién responde de los entorpecimientos que puede haber encontrado el mensajero?

—¡Qué! ¿imaginas acaso que mi solicitud no podrá hallar cabida en el corazón de esos cristianos? Respóndeme con franqueza, Esperanza.

—Libreme Dios, señora, de tal pensamiento; eso sería una inculpación á esos nobles caballeros. Además, ¿no fui yo la que os aconsejé, cuando supe vuestra resolución de haceros cristiana, si salís bien del juicio, que os pusieseis bajo su protección, que ellos son valientes y nobles, como españoles, y pronto hallareis cuatro campeones decididos á sostener vuestra inocencia? ¡Y quereis ahora que yo sospeche!...

—¡Ah! perdóname, mujer. ¡Pero es tanto lo que padezco! Deseo por momentos que se efectúe el juicio para abrazar tu religion, pues una voz interior me dice sin cesar que en ella hallaré los consuelos que necesito.... Tú me has convertido.... ¡Mas qué loca soy, Esperanza! ¡Cuento con el porvenir, teniendo á la vista mi sepulcro!

—Vaya, alejad esas melancólicas ideas. Vivireis,

si, vivireis. Sabed que los caballeros castellanos escenden en valor y brios á los musulmanes; y pondria las manos en el fuego porque sólo D. Juan Chacon era capaz de vencer á los cuatro acusadores; con que ya veis si con otros tres más.... ¡Bah! para cuatro caballeros del campo de D. Fernando no son bastantes cuarenta sarracenos. Si os refiriese las increíbles hazañas de D. Hernando Perez del Pulgar, del conde de Cabra, de Ponce de Leon.... Vaya, vaya, vivireis, señora, vivireis.

—¡Me infunden aliento tus palabras, y el alma se dilata y entrevé una vida llena de calma y de delicias!... Hablemos de los cristianos, sí; eso me dá la existencia. Dices que es tan buena la reina doña Isabel.... ¡Ay! ansiando estoy por besar sus plantas.

III.

—¡Señora, señora!—gritó en este momento Zeli-ma, que habia estado mirando por la celosía.

—¿Qué?... ¿es él?

—Sí, ahí está; le he visto por el ajimez.

—¿Veis, señora, cómo tenia razon? — dijo Esperanza.

—¡Oh! gracias, Dios mio,—exclamó la reina, elevando las manos al cielo.

IV.

Abrióse en esto la puerta de la torre y se presentó un esclavo.

Era el enviado que con el mayor sigilo habia dirigido la reina al campo de los cristianos, pidiendo auxilio en su apurada situacion.

El mensaje iba encaminado, por consejo de su doncella Esperanza, á D. Juan Chacon, guerrero de D. Fernando, en el que le expresaba, que estando su señora injustamente acusada de adulterio, y que habiéndosele concedido quince dias de término para buscar campeones sostenedores de su inocencia, siendo arrojada al fuego, segun las leyes mahometanas, si no los hallaba, ó si sucumbian los que escogiese, le pedia aquel favor, convencida de que triunfaria su inocencia, si se dignaba acceder á su súplica.

A la vista del esclavo precipitóse hácia él Moraima.

V.

—¿Entregaste mi escrito?—le dijo con impaciencia.

—Al mismo caballero.

—Y... ¿te ha dado alguno?

—Aqui está.

Y presentó un pergamino enrollado.

Arrebatósele Moraima de las manos, rompió la seda que lo aseguraba, y con balbuciente voz leyó.

El pliego se hallaba escrito en árabe y concebido en estos términos.

VI.

«A ti, Moraima, reina de Granada é hija del ilus-

tre Moraicel. Salud para que pueda besar tus reales manos, por la singular merced que me haces escogiéndome por tu campeón.

«Muchos y muy principales caballeros hay en esta corte que se darían por muy honrados, en que les mandarás lo que á mí; y puesto que yo soy el escogido en esta árdua empresa, obedezco y acepto confiando en Dios, en su bendita Madre, y en tu inocencia; y así te digo que el último día del plazo partiremos á servirte yo y tres caballeros más.

«Ruega á Dios el cual te guarde y defienda.—Del campamento etc.—D. Juan Chacon.»

—¡Gracias, Dios mio,—exclamó Moraima cayendo de rodillas y desmayándose por la emoción.

Las damas acudieron á socorrerla.

VII.

—Si la reina ha escogido caballeros, como dicen, mucho tardan.

—¿Qué ha de haber escogido? ¿De dónde?

—Ella se tiene la culpa,—¿no le ofreció Malique Alabez lidiar por su inocencia y no quiso aceptar? Que muera la orgullosa.

—¡Eh! qué sabes de eso? Tú, como buen zegrí quisieras su muerte; pero te llevas chasco, aún no son las doce y queda la mitad del día: ¿quién sabe lo que puede suceder?

—Allá lo veremos.

VIII.

Esta conversacion tenia lugar entre un grupo de moros apiñado en uno de los ángulos de la plaza de Bib-Rambla.

Este era el sitio señalado para la celebracion del juicio.

En su centro habian construido un palenque, en dónde se hallaban los cuatro acusadores esperando á los campeones de la reina desde las ocho de la mañana. Estos eran Mahomad el Zegri, quien declarára al rey los impúdicos amores de Moraima, dos de sus sobrinos y el gomel Mahandon, los mismos que afirmaron la manifestacion del Zegri.

Montaban todos soberbios caballos, trayendo sobre sus armaduras marlotas verdes y moradas, y en las adargas unos sangrientos alfanges en los que se veía este lema: *Por la verdad se derrama.*

IX.

Un tablado cubierto con un paño negro se elevaba junto al palenque, donde aparecia la desgraciada Moraima acompañada de sus damas Esperanza y Zelima.

Debajo del tablado estaban los jueces del campo elegidos por Boabdil.

Eran Muza, su hermano, un moro de la tribu de los azarques, y otro de la de los almoradies.

Una hoguera se levantaba al lado opuesto de los

jueces, custodiada por guardias del rey, donde habia de ser arrojada Moraima si vencian los acusadores.

X.

Numeroso gentio poblaba desde muy temprano los huecos de la plaza, ajimezes y azoteas de los edificios que rodeaban aquel anfiteatro.

Todos los corazones latían de impaciencia, y aun más los de los almoradies, almohades, moradines, fazules, venegas, alabeces y marines, que habian pensado arrancar á la reina de sus enemigos, á su tránsito para la plaza.

Pero desistieron de su generoso empeño, habiéndoles hecho ver, que si bien la salvaban la vida, quedaria manchada su honra, pues creerian que se rehusaba el juicio, haciendo de este modo valedero el dicho de los acusadores.

Los abencerrages habian sido desterrados por orden del rey.

XI.

Corrian las horas y nadie se presentaba.

Una sonrisa insultante de triunfo vagaba en los labios de los acusadores.

Moraima, afligida, miraba á Esperanza, y esta le apretaba la mano, señalándola con la vista al cielo.

De pronto se oyó un tumulto hácia la puerta del nombre de la plaza, y á poco entraron por ella, ha-

ciéndose paso entre la muchedumbre, con gran donaire y soltura, cuatro caballeros vestidos á la turca, y montados en fogosos corceles, que no tardaron en penetrar dentro del palenque.

XII.

Sus ropas eran de color celeste, guarnecidas con franjas de oro y plata, y los albornoces de seda azul.

Sus turbantes, de toca de seda listada de oro y azul, formaban elegantes labores, descollando en ellos vistosas plumas blancas y rojas, que hacia ondular el viento.

En el escudo que con apuesta gallardía embrazaba el primero, aparecía un lobo, en campo verde, despedazando á un moro, y encima una flor de lis con este lema: *Por su mal se devora.*

El segundo llevaba en su escudo un leon rampante, sobre campo blanco, teniendo á un moro entre sus garras.

El tercero un águila dorada en campo rojo, abiertas las alas como volando al cielo y llevando asida por las greñas, la cabeza ensangrentada de un musulman.

El cuarto ostentaba una espada de cruz sobre campo blanco, atravesando la cabeza de un moro.

XIII.

Llegáronse los caballeros con marcial continente

al pié del tablado, y dirigiéndose uno de ellos á la reina

—Señora,—dijo el arábigo—viniendo nosotros del otro lado de los mares á pelear con los famosos adalides del ejército poderoso del rey D. Fernando el Católico, pues que hasta allí llega su fama, y sabiendo el lastimoso estado en que os hallais, hemos corrido á este sitio para defenderos. ¿Quereis aceptarnos por vuestros campeones?

XIV.

Iba á rehusar la reina diciendo que ya tenia, cuando su dama Esperanza, le hizo una afirmativa seña con la cabeza.

—Acepto, generosos caballeros,—contestó Moraina.—El cielo os favorezca.

Hicieron una reverencia los túrcos y volvieron sus caballos marchando en direccion á sus antagonistas.

XV.

—¿Sois vosotros los acusadores de esa gran señora?—preguntó uno.

—Sí,—contestó Mahomad.

—Pues mentís como villanos, miserables morrillos.

—Ahora lo veremos.

Preparáronse á la liza.

Pusiéronse unos frente á otros, enristraron la lan-

za y á la señal de las trompetas partieron á galope, viniendo á encontrarse en el centro.

XVI.

Terrible fué el choque.

Rompiéronse algunas lanzas, y vivos como la centella continuaron el combate á pié y con espadas los contendientes.

Larga y terrible fué la lucha.

Mas de media hora hacia que estaban empeñados sin que se declarase la victoria en favor de ninguno.

Si bizarros eran los partidarios de la reina, bravos eran tambien los moros.

Por último, al cabo de un cuarto de hora, cubrian la arena tres cadáveres.

XVII.

Eran los dos sobrinos de Mahomad y Mahandon el Gomel.

Los tres adversarios, algo heridos, se hallaban á un lado del palenque.

Pero no estaba aún declarada del todo la inocencia de Moraima.

Quedaban todavia lidiando en la arena el caballero que hablara á la reina y Mahomad el Zegri.

XVIII.

En el resultado de esta lucha se cifraban las últimas esperanzas de los zegries y de la sultana.

Aquel debia ser el fallo decisivo.

XIX.

Ambos adversarios se hallaban á la sazón muy mal parados.

Peleaban á pié, porque el caballo de uno habia sido atravesado por la lanza contraria, y héchose trozos las de entrambos.

En el momento en que acabamos de fijar la vista en ellos, se estaban dando tantas cuchilladas, y mandobles tan fuertes, y repetidos, que las espadas saltaron hechas mil pedazos, á larga distancia de ellos.

XIX.

Viéndose desarmados, animados por un mismo pensamiento, abrazáronse á un tiempo el uno al otro, cual furiosos leones, dándose fuertes sacudimientos sin poderse derribar.

En este estado, retira una mano con presteza el zegrí, y pronto se vió en ella la ancha y reluciente hoja de un puñal, que sacó de debajo de su armadura.

Un grito de dolor resonó en toda la plaza.

XX.

Creían cierta la muerte del turco.

Pero éste, que se habia apercebido de las intenciones del zegrí, sacando con la rapidez del relámpago

una afilada daga, la hundió tres veces por debajo del brazo izquierdo del moro.

Un momento despues yacía éste en tierra, revolcándose en su sangre.

Un vivo aplauso de los partidarios de la reina fué la señal de su triunfo.

Tan luégo como el turco vió en tierra al zegrí, poniéndole una rodilla en el pecho:

XXI.

—Date por vencido,—le dijo;—confiesa la verdad, y no te haré más daño.

—Es inútil,—contestó con moribunda voz Mahomad,—mi vida se acaba. Y puesto que pedís declare la verdad, sabed que tengo bien merecida la muerte, porque con objeto de vengarnos los zegries de los insultos que sufrimos de los abencerrages en una fiesta de palacio, inventamos esta acusacion, pero Moraima es inocente y....

No pudo concluir.

El calumniador Mahomad habia dejado de existir.

XXII.

Subió Muza en seguida al tablado, como juez del campo, y dijo en alta voz:

—Pueblo de Granada, la sultana es inocente.

Mil vivas estrepitosos resonaron entre la multitud.

Los zegríes se retiraron cabizbajos y avergonzados.

Volvieron á montar prontamente en sus alazanes los caballeros turcos, y se acercaron á felicitar á Moraima.

XXIII.

—Gracias, valientes campeones: en mi corazón queda profundamente impreso el inmenso servicio que me habeis prestado.

Inclináronse despues respetuosamente ante la reina, y haciendo una graciosa cortesía, partieron á galope por el mismo sitio donde vinieran, á pesar de las súplicas de Moraima para que se quedasen en Granada el resto del día.

XXIV.

—Dime, Esperanza,—preguntó aquella luego que hubieron desaparecido,—¿por qué me hiciste seña para que aceptara? ¿Quiénes son esos caballeros?

—El que os pidió permiso para lidiar y lo hizo con Mahomad, es el valiente cristiano D. Juan Chacon, y los otros, los no menos bizarros D. Manuel Ponce de Leon, D. Alonso de Aguilar y D. Diego Fernandez de Córdoba, alcaide de los donceles.

XXV.

Pocos años despues de los sucesos que hemos referido anteriormente tenia lugar con grande pompa y

aparato en la iglesia de Santa Isabel, una solemne ceremonia.

Celebraban la conversion de una morisca á la religion cristiana, á quien bautizaron con el nombre de Clara de Granada, siendo madrina la misma reina de España.

Esta morisca fué en otro tiempo reina.

Mis lectores habrán adivinado su nombre.

Era Moraima.

Despues de la ceremonia se retiró al convento de Santa Catalina de Zafra, dónde concluyó sus dias en la meditacion y en la soledad del cláustro.

XXVI.

Despues de esto el rey moro siguió el camino de las Alpujarras, y llegando á una altura se detuvo á contemplar por última vez la ciudad de Granada.

Al dirigir su mirada postrera sobre aquella ciudad, simbolo de su pasada grandeza, su corazon oprimido por el dolor llevó á sus ojos abundantes lágrimas.

XXVII.

—Llorad llorad,—dijo á Boabdil su madre,—Llorad como mujer; ya que no habeis sabido defenderos como hombre.

—¿Quién más desgraciado que yó?—contestó el rey.

Desde entónces aquella altura se llama *El suspiro del moro*.

XXVIII.

La alegría que proporcionó el triunfo del ejército á toda España fué inmensa, y preciso es confesar, en honor de la verdad, que Colon participó de aquella alegría, y dió por bien empleada la tardanza que habia sufrido la realizacion de sus proyectos, puesto que con más elementos que nunca podria completar la gloria de los reyes.

La cristiandad llegó á todo su apogeo en España.

Fernando á Isabel rodeados de una pompa extraordinaria, no eran ya considerados como simples mortales, sino como enviados de Dios para velar por la salvacion y la grandeza de su pueblo.

XXIX.

Acudió á la córte gran número de personajes ilustres, y Granada presentó durante mucho tiempo un aspecto encantador.

No se oía por las calles más que el ruido de las armas, el roce de los trages de seda, y las justas, los torneos, las diversiones de todas clases, llenaban los dias de aquella venturosa ciudad.

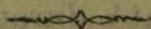
XXX.

Habia llegado por fin el momento que anhelaba Colon.

La guerra contra los moros habia concluido.
España se veia libre de sus invasores.

Los soberanos podian entónces ocuparse de sus proyectos, y cumpliendo las promesas que habian hecho, encargaron á agentes de toda su confianza, no ya que examinasen las ideas del noble genovés, sino que negociasen directamente con él las bases de su expedicion.

Fray Fernando de Talavera, que acababa de ser nombrado arzobispo de Granada, fué uno de ellos, el cual entónces, sino propicio del todo, se mostró más favorable que ántes á los proyectos del extranjero.



Capítulo XXXVIII.

Nuevas desventuras.

I.

Las verdaderas dificultades empezaron entónces para Colon.

Los encargados de negociar con él celebraron varias conferencias para ponerse de acuerdo, conocer y estimar las pretensiones del marino, é informar á los reyes, aconsejarles y participar á Colon la resolucion que tomaban.

Penetrado Colon de la grandeza de su pensamiento, y queriendo sin duda resarcirse de lo mucho que habia sufrido, manifestó desde luego grandes pretensiones.

II.

—Para llevar á cabo mi proyecto,—dijo á los en-

cargados de tratar con él,—necesito en primer lugar el título y los privilegios de almirante y de virey de los países que descubra. Al mismo tiempo exijo la décima parte de los beneficios que produzcan, tanto por derecho de conquista, como por los rendimientos que proporcione el comercio.

Estas proposiciones indignaron á los negociadores.

—¿Sabeis lo que pedís?—exclamó Fray Fernando de Talavera. —¡Ah! ¡no en vano he creído siempre que la codicia os dominaba!

—¡La codicia!—dijo Colon;—¿creeis por ventura que los inmensos beneficios que de mi expedicion ha de sacar España, que la imperecedera gloria que ha de conquistar con mis descubrimientos no merecen un premio grande?

—Pero el que vos pedís es exagerado, y de ninguna manera aprobaremos que se os conceda lo que quereis.

III.

No era seguramente por creerle codicioso por lo que aquellos personajes manifestaban su indignacion.

Lo que más les indignaba era ver que un pobre aventurero, que un hombre oscuro que durante tantos años habia acudido á las antesalas de palacio á pedir proteccion, aspirase á encumbrarse desde luego á su altura.

Con esto no podian transigir.

IV.

Uno de ellos hizo observar irónicamente, que las proposiciones de Colón eran sólo ventajosas para él, puesto que de todas maneras estaba seguro de obtener un título de almirante, título que no podía perder en caso de que su empresa se malograra.

—Ese no es un obstáculo,—dijo Colón acordándose de las promesas que le había hecho Martín Alonso Pinzón, el rico navegante de Palos;—no estoy tan desprovisto de recursos que no pueda interesarme en la empresa; y la octava parte de los gastos, yo los haré por cuenta mía.

Apesar de esta nueva condición, juzgaron inaceptables sus proposiciones los encargados de negociar con él; dijeron á la reina que comprometería la dignidad de su corona protegiendo á un extranjero sin antecedentes y sin nombre, y concediéndole los honores que solicitaba.

V.

Por otra parte, la manifestaron que sus condiciones pecuniarias eran exorbitantes.

—Si sus proyectos se realizan,—añadían,—la corona tendrá que desprenderse de una parte muy importante de sus conquistas, y si como es probable, no se realizan, Europa toda, juzgará poco favorablemente la credulidad de los reyes al conceder tantas ventajas á un pobre aventurero.

Quien más insistió cerca de la reina para que desistiese de amparar á Colon, fué Fray Fernando de Talavera, su confesor, de quien la reina hacia gran caso, y tanto influyó en el ánimo de aquella sublime mujer, que tan resuelta estaba á protegerle, que estuvo á punto de que desistiese por completo de su benevolencia, y solo para quedar en buen lugar mandó proponer á Colon condiciones mucho más modestas, poco honrosas y ménos ventajosas para él.

VI.

Diéronle parte á nuestro héroe de esta resolucion, y el ilustré genovés, con una entereza de carácter poco comun en hombres tan trabajados como él por la adversidad, se negó á aceptar las condiciones que le proponian, asegurando que de no concederle lo que deseaba, renunciaba por completo á toda proteccion.

Las negociaciones quedaron rotas.

VII.

Diez y ocho años hacia por entónces que habia concebido la idea que le animaba.

Durante todo este tiempo habia sufrido, no sólo inmensos desengaños, sino las amarguras de la miseria.

Se habia visto olvidado, insultado, calificado de loco, y sin embargo, nada de esto habia podido enti-

biar su perseverancia, ni decidirle á someterse á condiciones que juzgaba inferiores á la grandeza de sus proyectos.

En las últimas negociaciones olvidó su posicion oscura, su pobreza.

Su imaginacion ardiente le hacia considerar como realizadas las magnificas esperanzas que habia concebido, y al ofrecer un futuro imperio á la corona, aspiraba, como era justo, á tener una parte en la grandiosa conquista.

VIII.

Un hombre que le habia conocido en otro tiempo, y que entónces tenia gran influencia en la córte, Luis de Santangel, administrador de las rentas eclesiásticas de Aragon; Fray Diego de Deza, preceptor del príncipe; el arzobispo de Toledo; Alonso de Quintanilla, en una palabra, todos los que le estimaban, le aconsejaron que no les abandonase. Pero Colon no sólo resolvió alejarse de España, sino que se despidió de ellos y partió á Santa Fé, para ir á Córdoba á ver por la última vez á sus hijos. Hablaron á la reina con elocuencia, y no se limitaron á manifestar simpatías por él, sino que llevaron su entusiasmo por la empresa de Colon hasta el punto de atreverse á formular veladas reconvenciones.

IX.

Pasando á la parte práctica del asunto, muestra-

ron que Colón no necesitaba para llevar á cabo su empresa mas que dos navíos y la cantidad de tres mil coronas.

La marquesa de Moya, que asistió á esta entrevista de los protectores de Colón con la reina, entusiasmada tambien, y conmovida Isabel, seducida por las esperanzas que despertaban en su alma aquellos admiradores de Colón, vió, quizás por la primera vez, lo sublime, lo grande, lo maravilloso de aquella empresa, y declaró á todos, que sólo por su parte, proporcionaria los medios de llevarla á cabo.

Animada por estos sentimientos, habló á su esposo.

X.

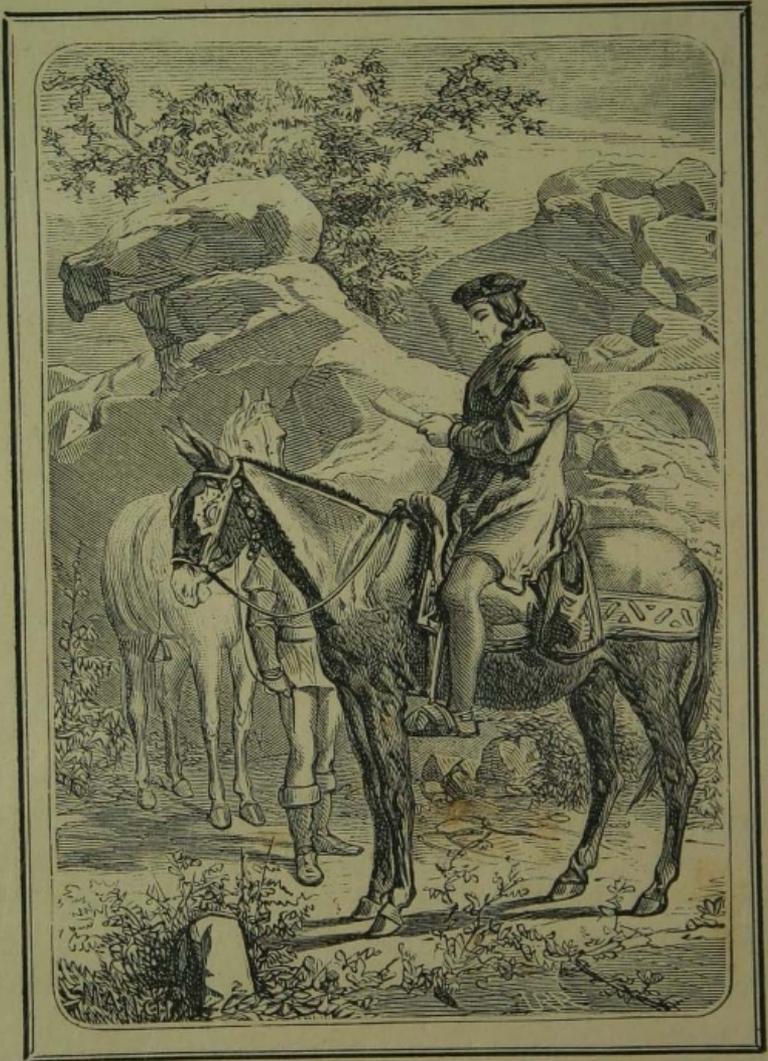
Pero el rey D. Fernando no participó de su entusiasmo.

La guerra habia agotado los recursos de la corona.

Era necesario que pasase algun tiempo para que las arcas de su nacion volviesen á llenarse.

Entónces fué cuando Isabel pronunció aquellas palabras célebres que han pasado á la historia, y que vivirán eternamente como una muestra de la grandeza de su alma.

—Pues bien,—dijo á su esposo,—«yo entro en la empresa por mi corona de Castilla, y empeñaré mis joyas para levantar los fondos necesarios.»



CRISTÓBAL COLON—Desconfiaba ya tanto de su suerte, que al recibir aquella orden vaciló.

XI.

A partir de aquel instante, todas las dificultades habian cesado.

Santangel que aguardaba con impaciencia la resolución de la reina, cuando supo los sacrificios que estaba dispuesta á hacer, la manifestó que no necesitaba de aquellos recursos extraordinarios; toda vez que él podia prestar á la corona las cantidades necesarias para la expedicion.

Su oferta fué aceptada, é inmediatamente se envió á Colon un correo extraordinario para que volviese á Santa Fé.

XII.

El emisario halló á Colon en el puente de Pinos, á dos leguas de Granada, al pié del monte Elvira, y le comunicó las órdenes de la reina.

Desconfiaba ya tanto de su suerte, que al recibir aquella orden, vaciló.

Pero era tan expresiva la carta que Santangel le enviaba; tal la fé que á pesar de todo tenia en Isabel el ilustre marino, que volviendo la brida y lleno de confianza, corrió al encuentro de la reina.

XIII.

Fué recibido inmediatamente por ella, y le pidió que olvidase el pasado.

Era tal su celo, tal la esperanza de que se hallaba animada, que el rey concluyó por participar de sus sentimientos, y no tardaron uno y otro en mandar redactar á su secretario Juan de Coloma, el contrato que debia preceder á la partida de Colon.

XIV.

La actitud en que se colocaron los dos soberanos, aunque unánime en la apariencia, era en el fondo muy distinta.

Isabel anhelaba el descubrimiento por la gloria que resultaria para sus pueblos, y por la satisfaccion de estender y propagar la religion cristiana.

Su esposo, aparentando los mismos sentimientos, sólo veia en la expedicion las probabilidades del lucro.

Después de celebrarse varias conferencias, se formuló un contrato entre la corona y Colon, con estas cláusulas:

XV.

1.^a Colon disfrutaria perpétuamente y podria legar á sus herederos y sucesores, en todos los paises ó continentes que descubriera ó adquiriese en el Océano, con derechos y honores semejantes á los que en sus departamentos gozaba el gran almirante de Castilla.

2.^a Seria virey y gobernador general de todos los paises y continentes indicados, con el derecho de designar para el gobierno de cada isla ó provincia, tres candidatos, entre los cuales eligirian los soberanos.

3.^a Podria reservarse la décima parte de las perlas, piedras preciosas, oro, plata, y demás mercancías, bien fuesen encontradas por él, compradas, cambiadas ú obtenidas, dentro de los límites del almirantazgo.

Antes de percibir esta décima parte, deberian deducirse los gastos de la expedicion.

4.^a El ó su lugarteniente, serian los únicos jueces en todas las cuestiones que resultasen, del comercio, entre aquellos países y España, con la condicion de que el gran almirante de Castilla ejerciese las mismas funciones dentro de su jurisdiccion.

5.^a Podria él en la primera expedicion, y en las demás que se emprendiesen, interesarse por una octava parte en los gastos de dicha expedicion, recibiendo en cambio una cantidad igual de los beneficios.

Esta última cláusula fué motivada por el ofrecimiento que hizo Colon cuando le acusó Fray Fernando de Talavera de tener grandes exigencias sin hacer desembolso de ningun género.

Colon la aceptó porque contaba con Pinzon el de Palos, y gracias á esto pudo fletar un tercer navío y añadir á su gloria la de haber contribuido, no solo con su génio y con su persona, sino con recursos pecuniarios á aquella grandiosa expedicion.

XVI.

El convenio fué firmado por Fernando é Isabel en Santa Fé en 17 de abril de 1492.

En una Real cédula concebida en el mismo sentido y redactada en debida forma por los soberanos en Granada, en 30 del mismo mes, se le concedió que las dignidades y prerogativas de virey y gobernador pudiera trasmitirlas por derecho de herencia á su familia, y tanto él, como sus herederos podrían en lo sucesivo adornar su nombre con el título de *Don*, reservado exclusivamente en aquellos tiempos á los personajes de alta categoría, por más que hoy sea privilegio del que tiene dinero.

XVII.

Ebrio de alegría Colon al recibir de manos de los reyes estos documentos que aseguraban su porvenir, celebró varias conferencias con los monarcas, algunas de ellas tan interesantes y tan necesarias para que mis lectores conozcan á qué altura se hallaban los descubrimientos en la época en que Colon iba á completarlas y engrandecerlas, que aún á riesgo de aparecer difuso voy á trasladar á este libro aquella conversacion que revelaba la gran sabiduría de nuestro héroe.



Capítulo XXXIX.

Una conversacion en la Real Cámara.

I.

Satisfechos los reyes por el triunfo de las armas y dando oído atento á la voz misteriosa que les incitaba á proteger á Colon para añadir á los timbres que sus armas habian adquirido los que podian conquistar con los triunfos de la ciencia, en el mismo real de Santa Fé y en presencia del arzobispo de Toledo, de Santangel y de Diego de Deza, oyeron de los lábios de Colon la narracion de cuantos adelantos habia hecho hasta entónces la geografía, y de los resultados que se prometia en su empresa, fundado en los datos conocidos.

II.

—Dadas ya las órdenes para los preparativos de

vuestra expedición,—dijo el rey D. Fernando al marino,—siendo muy de mi agrado saber algo acerca de los descubrimientos que han llevado á cabo vuestros antecesores y las razones que habeis espuesto al consejo encargado de examinaros para defender vuestras proposiciones os escucho desde ahora.

—Data, señor, de tiempo inmemorial,—dijo Colón,—el deseo de los hombres de comprender y abarcar con su mirada la extension del mundo y conquistar á los que habitan en su superficie. Los viajes han sido el punto de partida de los adelantos geográficos.

Los egipcios, los fenicios, los judios, los cartagine-ses, los griegos y los romanos, dieron grandes pasos por esta via. Las conquistas del gran Alejandro revelaron el Oriente; las de Roma el Occidente; las de Mitridates el Norte. Así, pues, la ambicion á la fortuna de estos conquistadores descubrió paises y estableció la comunicacion y el progreso, efecto y consecuencia del trato y relaciones de los pueblos entre sí.

—¿Y cómo llegaron á descubrir las Indias los pueblos occidentales?

—La codicia de los romanos; el deseo del lujo que se apoderó de ellos, les hizo descubrir dos caminos á la India; el uno por Alejandria; el otro por la Siria, á donde dirigian las mercancías después de atravesar los arenales de Palmira. ¡Oh! en aquellos tiempos las artes y las ciencias llegaron á gran apogeo. Por desgracia no tardaron en decaer, y las ideas emitidas por Platon, Aristóteles y Pitágoras, acerca de la forma esférica de la tierra. Estas opiniones, admitidas por

los antiguos filósofos de la Grecia y por romanos tan ilustres como Ciceron, fueron objeto de burla para los ignorantes, y en aquella época se perdió la idea exacta de la configuracion del globo.

III.

Todos oian con atencion al sábio geógrafo.

—Mis mismos examinadores,—añadió,—han participado de los errores del vulgo, del vulgo que en su imaginacion ha creido unas veces que la tierra era llana como una tabla; otras cóncava como una barca; deduciendo de aquí, que no podian ser habitables las regiones opuestas á las nuestras, con lo cual no podian comprender el fenómeno de la sucesion de los dias y las noches.

—Error grande han cometido,—dijo el arzobispo de Toledo,—los que, aun suponiendo esférica la tierra, han opinado que no podia ser habitable en la zona tórrida situada entre los trópicos, en las zonas polares.

—Ninguna nacion ha caminado más hácia la verdad que los árabes. Los viajes que en todo tiempo han emprendido; los escritos que han dejado consignando sus impresiones; sus descubrimientos, vierten gran luz sobre la oscuridad en que se halla la ciencia. A ellos principalmente se deben las noticias más ciertas del Asia, á ellos el conocimiento exacto de la China.

Marco Polo después completó las narraciones de estos, y conociendo muchos reyes no sólo de Aragon,

sino de Francia, é Inglaterra la importancia de la marina para el fomento del comercio, contribuyeron con sus disposiciones á aumentar los descubrimientos, que unas veces casual y otras intencionadamente hacian las *naos* y galeras que salian de sus puertos.

IV.

—Y decidme,—preguntó el rey,—¿á qué se debe el descubrimiento de las Canarias?

—Mis noticias,—dijo Colon,—son que habiéndose unido algunos andaluces y otros aventureros de Vizcaya y Guipúzcoa, aprestaron una escuadra de cinco navios reconociendo con ella una parte de la costa de Africa, las de Fuerteventura, Canaria, Ibiza, Gomera y Tenerife, cayeron sobre Lanzarote, saquearon su poblacion, cautivaron á los reyes de la isla, y con los productos de ella volvieron á Sevilla, en donde los vendieron con gran utilidad. Pocos años despues, un francés llamado Juan de Betancourt conquistó estas islas. Pero preciso es confesar, señor, que la gran iniciativa de los viajes exploradores se debe á Portugal.

—A eso debe la importancia que tiene,—dijo Santangel.

Y los demas le apoyaron como un homenaje rendido á los monarcas españoles.

V.

—Las riquezas que producía á los venecianos el

comercio de perfumes, piedras preciosas y otros productos de la India,—añadió Colon,—excitaron en los portugueses el deseo de hallar por el Océano un nuevo camino para conocer aquel país y comerciar con él directamente.

Más de dos siglos hacia que el rey envió dos navíos á reconocer las costas de Africa, hasta setenta leguas más allá del cabo de Non.

Al siguiente año, Juan Gonzalez Zarco, en otro navío, impulsado por un temporal, descubrió la isla de Puerto-Santo, dió parte de su descubrimiento al infante D. Enrique, la mandó poblar, y no tardando en descubrir otra próxima, poblada de árboles, la dió el nombre de la isla de la Madera. Pero sus exploraciones no llegaron mas que hasta la playa de los Rubios.

VI.

Once años despues avanzaron los portugueses hasta las inmediaciones de los desiertos de la Libia.

Allí desembarcaron dos jóvenes intrépidos, y montados en briosos caballos, recorrieron el país y encontraron algunos hombres bazos, armados con azagayas, y les acometieron con tenacidad hasta lanzarlos tierra afuera.

Casi al mismo tiempo descubrieron el puerto de Caballeros, el cabo Blanco, el cabo Verde y Sierra-Leona, regresando el jefe de la expedicion con más de treinta negros, que causaron gran novedad y asombro en Portugal.

Vuestras Majestades saben que el papa Martino V concedió á la corona de Portugal todo lo descubierto desde el cabo de Bojador hasta las Indias orientales.

—En efecto; no contentos con esto, codiciaron la situacion de las Canarias.

—Era el medio más apropósito de adelantar los descubrimientos de la costa de Africa que pertenecia á Castilla.

—El rey D. Juan quiso apoderarse de dichas islas por fuerza, y envió una expedicion muy crecida. Pero fueron inútiles sus esfuerzos, porque los isleños de Lanzarote, creyendo que iba á separarlos del dominio de la corona de Castilla, tramaron una conspiracion, y acometiendo contra los portugueses, reclamaron á su legítimo soberano, después de haber sufrido dos años el pesado yugo de sus invasores.

—Sin la paz de 1471,—añadió el arzobispo de Toledo,—aún no habrian cesado las contiendas.

VII.

—Desde entónces,—dijo Santangel,—la Guinea y la Mina de Oro, y la conquista de Fez, pertenecian á Portugal, miéntras las islas Canarias, conquistadas y por conquistar, son de la corona de Castilla.

—El comercio y la navegacion comenzaron á florecer de nuevo; pero á la sombra de esta prosperidad,—añadió el rey,—á imitacion de algunos malos ejemplos, comenzó á cundir la corrupcion de las cos-

tumbres, la desobediencia de algunos grandes, la envidia de los descontentos, la codicia de unos, la venganza de otros, la sed de rapiña, la soberbia, olvidóse la lealtad debida al soberano y el amor á la patria; promoviéronse tumultos y parcialidades en el reino, y no fué posible que floreciesen las artes y el comercio. La marina recibió por entónces un golpe de muerte.

—Es gran verdad, señor,—exclamó el arzobispo de Toledo; —pero demos gracias al cielo, porque vuestro genio y el de vuestra augusta esposa han puesto término á los abusos, y han despertado en nuestra alma las más halagüeñas esperanzas para lo venidero.

—Las negociaciones entabladas con Portugal,—dijo el rey,—hacen esperar que cesarán todos los disgustos entre ambas córtés, y fomentando el comercio, que es uno de los ramos de la riqueza de las naciones, miéntras vos descubris nuevas tierras, nosotros crearemos nuevos puertos en el Mediterráneo, que serán tan importantes y tan beneficiosos como los del Océano.

VIII.

—Por mi parte estoy tan seguro de que realizaré mis planes,—dijo Colon,—que anhelo que llegue la hora de la partida para demostrar á vuestras majestades y á todos los que temen que la ilusion me engañe, que he podido cumplir mi promesa.

—¿Y cómo no, si todas las narraciones que he oido

á los marineros prueban hasta la evidencia que en medio del Océano hay islas de gran extension y de una fertilidad asombrosa? Pedro Velasco, mi vecino de Palos, me ha dicho á mi en el monasterio de la Rábida, que habiendo partido al Frayal, y habiendo andado ciento cincuenta leguas por el mar descubrió á su vuelta la isla de la Flores.

A otros marineros he oido que caminando á Irlanda, desviados de su derrotero por una tempestad, se encaminaron tanto al N. O. que descubrieron una tierra la cual se figuraron ser la Tartaria, y era la Terranova.

Los andaluces, los gallegos y los vascongados, audaces marinos, han hecho expediciones muy lejanas, se han perdido en medio de la inmensidad del mar, y los indicios que han hallado en las aguas les han demostrado que no estaba la tierra á mucha distancia del punto adonde habian llegado sus naos.

—No duden vuestras majestades que hallaremos un camino directo para las Indias y no sólo esto, sino vastos territorios en donde vuestras majestades podrán llevar á cabo una mision grande, sublime, la de difundir la fé cristiana.

¡Oh! sí; no sé por qué me dice mi corazon que no está reducido pura y simplemente el papel que voy á desempeñar en este viaje á aumentar con nuevos territorios los dominios de la corona de Castilla, sino que voy á tener ocasion de defender las santas doctrinas del cristianismo en multitud de poblaciones que viven en la oscuridad de la idolatría.

V.

Creíase elegido por el cielo para realizar este glorioso designio, y difundir en los confines de la tierra la luz de la civilizacion.

—No hay duda,—se decia,—soy el instrumento elegido por la Providencia para llevar á cabo una de las sublimes predicciones de las Escrituras.

VI.

D. Fernando escuchó con satisfaccion aquel lenguaje entusiasta.

La religion servia á sus intereses, y con motivo de la reciente conquista de Granada, se habia convencido de que estender la dominacion de la Iglesia, era para él un medio eficaz de ensanchar sus Estados.

VII.

Con arreglo á la doctrina de aquellos tiempos, toda nacion que se negaba á realizar las verdades del cristianismo, tenia por enemigo natural las potencias cristianas, y no falta quien crea que el rey, al escuchar á Colon, se entusiasmase más con la descripcion de las riquezas del Mangi, del Cathay y de otras provincias del reino del Gran Kan, que por el deseo de convertir á este soberano y á sus súbditos.

VIII.

Isabel abrigaba sentimientos más nobles.

Un generoso entusiasmo la animaba á llevar á cabo esta obra civilizadora; razon por la cual, aunque por motivos diferentes, llegaron á estar de acuerdo ambos esposos, y resolvieron confiar á Colon, ántes de su partida, cartas para el Gran Kan de la Tartaria.

IX.

El arzobispo de Toledo y Santangel, participaron del entusiasmo que se habia despertado en los reyes, y aceptaron uno y otro con verdadera uncion el proyecto que expuso Colon de que las riquezas que proporcionase con sus descubrimientos, se dedicasen á sufragar los gastos de una cruzada para arrebatarse el Santo Sepulcro de las manos de los infieles.

X.

Este proyecto, como recordarán mis lectores, lo habia concebido después de haber hablado con los frailes franciscanos que llevaron á los reyes una embajada del Soldan, y al partir fueron acompañados por Martin Carrasco.

El génio, que abrigaba aquel mismo pensamiento, declaró que, aunque no adquiriese los tesoros que se proponia hallar, haria los mayores esfuerzos para llevar á cabo una empresa tan poderosa como grande.

XI.

Con gran fé hablaba el futuro descubridor del Nuevo Mundo.

La idea de salvar del poder de los musulmanes el Santo Sepulcro, estaba tan arraigada en su ánimo, que era, por decirlo así, uno de los mayores estímulos de la ambición de este gran hombre.

Toda su vida pensó en él, y hasta en sus últimos momentos lo recordó.

Los descubrimientos para él, no eran más que un medio de realizar este grandioso fin.

XII.

Satisfecho Colon de los reyes, y estos contentos de haberle dado su proteccion, porque cuanto más le trataban, más admiraban las nobles prendas de que estaba dotado, se separaron anunciándole que muy en breve podria darse á la vela desde el puerto de Palos.

Un acontecimiento que tuvo lugar por entónces, retrasó la partida de Colon.

XIII.

Aludo á la expulsion de los judíos aconsejada por el inquisidor Torquemada, el cual, poseido de un celo exagerado y de una fé en extremo intransigente, fué causa de que, en aquella época de prosperidad para España, destruyera los principales elementos de riqueza del país.

Capítulo XL.

Persecucion de los judíos.

I.

Divididas están las opiniones al juzgar el establecimiento del Santo Oficio en España.

Condénanle en absoluto los que indignados ante los horrores que el fanatismo cometió, todo lo sacrifican ante el respeto á la libertad individual, imágen del libre albedrío que Dios ha concedido á sus criaturas.

Defienden otros al Santo Oficio por su energía para conservar la pureza de la religion católica, y estos, y los que son más ilustrados de entre los partidarios del tribunal de la Fé, aplauden la institucion como una de las medidas políticas más acertadas de los Reyes Católicos, porque gracias á ella miéntras las guerras de religion la destruian en otros paises, se conservó en España incólume la fé del cristianismo.

Son muchos, sin embargo, los que atribuyen á esta medida la decadencia material de nuestra pátria.

II.

De cualquier modo, no nos cumple á nosotros en este instante juzgar el acto á que nos referimos.

Vamos únicamente á dar una idea de lo que pasó, para que se conozca más y más hasta qué punto estaban cerca las sombras de la noche de la brillante luz que prometia para el reinado de los Reyes Católicos, un día de los más bellos, de los mas gloriosos de la historia del mundo.

III.

Los judíos eran los habitantes de España que más riquezas habian acumulado, y por consiguiente la gran prosperidad del país se debia principalmente á ellos.

Cuanto se habia hecho para apartarlos de su religion y atraerlos á la verdadera, habia sido inútil.

IV.

Evocáronse de nuevo añejas y olvidadas tradiciones, el vulgo desarrolló contra ellos un ódio feroz contando que robaban á los niños cristianos para sacrificarlos en escarnio y mofa del Salvador, díjose que administraban ponzoñosas bebidas á sus enfermos los

que ejercian las profesiones de médicos y boticarios, y no habia calumnia ó rumor absurdo que no se propalase contra ellos.

V.

El que con más fervor y más insistencia combatía á los judíos, era el primer inquisidor general, Fray Tomás de Torquemada, el cual no abrigaba mas que un deseo: el de verlos expulsados de España, convertidos á la fé, ó abrasados por las llamas en castigo de sus falsas creencias.

Antes de recurrir á un medio extremo, se empleó el de la persuasion.

Pero los esfuerzos que se hicieron para convertir á los judíos fueron inútiles, y no tardó en ser general la opinion de que el único medio de estirpar la heregía judáica era destruir por completo á los que la profesaban.

VI.

Los judíos, conocedores del corazon humano, viendo la tempestad que se conjuraba contra ellos, trataron de parar el golpe, acercándose á los soberanos para hacerles el mayor de los sacrificios: el de darles dinero.

Una comision de israelitas, nombrada por los demas, se acercó á los reyes y les ofreció un donativo de treinta mil ducados con destino á la guerra contra los moros.

VII.

Estas negociaciones fueron bruscamente interrumpidas por el inquisidor Torquemada, el cual, entrando precipitadamente en la cámara régia, donde los monarcas conversaban con los judíos, y sacando de debajo del hábito un crucifijo, le presentó exclamando:

—Judas Iscariote vendió á su maestro por treinta monedas de plata. Vuestras magestades van ahora á venderle por treinta mil. Aquí está: tomadle y vendedle.

Al terminar estas palabras, arrojó sobre una mesa el crucifijo, y salió con la misma precipitación.

VIII.

Los monarcas, sobrecogidos por aquel temerario atrevimiento del inquisidor general, pusieron término á las negociaciones, y en vez de obedecer á sus propios impulsos, siguieron los consejos de su director espiritual.

Torquemada, que habia sido uno de los primeros confesores de la reina, cobró gran ascendiente sobre su alma, y á su influencia se debió que aceptase la resolución de proscribir á los judíos.

IX.

El edicto fué firmado en Granada el dia 30 de Marzo de 1492.

La sentencia cayó como un rayo sobre la raza hebrea.

Como aseguran historiadores de gran crédito, muchos de ellos habian podido ponerse á cubierto de las escudriñadoras miradas de la Inquisicion, afectando suma reverencia en las formas eternas del culto católico.

Unos creyeron que la hipocresía por un lado, y por otro el exacto cumplimiento de sus deberes sociales, les asegurarían el amparo de los reyes.

Otros que habian logrado acumular grandes riquezas, creían que también serían respetados; pero unos y otros se engañaron de medio á medio.

X.

Publicóse el pregon en todas las ciudades y aldeas del reino, y los judíos se vieron condenados á la expatriacion, sino abjuraban de su religion y entraban en el gremio de la Iglesia Católica.

Tres meses se les daba de plazo para seguir uno ú otro camino.

Escaso fué el número de los que renegaron de la fé de sus antepasados; y resueltos á partir, ó vendieron á ínfimo precio sus bienes, ó enterraron sus tesoros creyendo que no tardarian en volver á España, ú ocultaron el dinero que poseían entre sus harapos para librarse de la codicia de los bandoleros que, al saber la resolucion que contra los judíos se habia tomado, acudieron en numerosas bandadas á los caminos para robar y asesinar á los infelices israelitas.

XI.

En medio de aquella desolacion, porque en efecto, era horroroso el cuadro que presentaban las poblaciones de España, de las que salian á centenares familias, que habiendo vivido hasta entónces en la opulencia, se veian condenadas á la peregrinacion, á la mendicidad, en medio de aquella desolacion, repito, se alzaba severo, potente, inflexible, la figura del inquisidor general, el cual, si como hombre lamentaba el castigo que le habian obligado á imponer las leyes, como católico miraba, ébrio de alegría, el triunfo de la doctrina de Jesucristo sobre la de aquellos hijos de Israel.

XII.

Tal vez eran más precavidos é ilustrados los países vecinos, que como en Portugal, acogian con entusiasmo á los desterrados de España.

Pero no eran solos los portugueses, sino los mismos árabes expulsados poco ántes, y refugiados en Africa, los que tendian sus brazos á los judíos, seguros como estaban de que llevaban á su suelo la prosperidad.

XIII.

No uno, sino muchos libros podrian llenarse con la descripción de los horrores que se cometieron por los brazos auxiliares que obedecian al Santo Oficio.

Considerando á los judíos como perros, la codicia, la envidia, las malas pasiones se colocaron el antifaz de la justicia, de la piedad, y llevaron á cabo espantosas venganzas.

La ley mandó encender una hoguera, y perecían en ella infinitos judíos.

XIV.

Y no eran sólo los que preferían sucumbir en España á abandonar aquella segunda patria los que morían en la hoguera ó se estinguían en los calabozos de la Inquisición, sino que hasta los mismos judaizantes, hasta los que habían abjurado de su religión para ingresar en el gremio del catolicismo, y sin otro fin que el de conservar sus riquezas ó posición, se veían perseguidos ó calumniados, y tarde ó temprano tenían que expiar de una manera horrible su apego á las riquezas ó su falaz hipocresía.

No es mi propósito entrar en estas consideraciones.

XV.

Colon presenció los sucesos, y aquel hombre dotado de un genio tan poderoso, aquel soldado de la civilización y del cristianismo que había sufrido tantas amarguras, que tantos desengaños había sufrido durante su vida, dominado por el espíritu de su época, y más aún por la fé que sentía, y que acababa de explicar en su entrevista con los soberanos, de que

hemos dado cuenta en el capítulo anterior, no exhaló ni una sola protesta, y al contrario, vió en aquellos actos, en aquellos castigos, un medio infalible de que triunfase única y poderosa la religion cristiana, y que asegurándose en el seno de España, pudiera extender la benéfica sombra de sus ramas á los lejanos países que pensaba conquistar, á las apartadas regiones en donde se conservaba el sepulcro de Cristo en poder de infieles, y á todos los ámbitos de la tierra donde no se conocia la verdad, que era para él, como para nosotros, el signo de la Cruz.

Y, sin embargo, hubo un momento en el que su corazon experimentó parte de los dolores que sufrían aquellos infelices que se veían desterrados de sus hogares, que tenían que renunciar al fruto de su trabajo y de su ingenio.

XVI.

Aquella medida de los Reyes Católicos, aquel pensamiento puesto en práctica de una manera tan estrecha por el inquisidor general Torquemada, hirió de rechazo á uno de los hombres á quienes más debía nuestro héroe, porque era padre de la que con su mediacion le habia llevado hasta los piés de Beatriz, y que habia proporcionado los medios á su cariño para que se fortaleciese y fructificase.

Aludimos á Isaac, el padre de Rebeca.

XVII.

Este infeliz anciano, que ya lloraba amargamente la pérdida de su hija, porque la había perdido desde el instante en que abjurando de su fé se había arrojado en los brazos del catolicismo, que había cambiado las esperanzas y las galas del mundo por el silencio del cláustro y los éxtasis de la oracion, Isaac, que vivia sólo, contando por sus dias los siglos de su dolor, y que no tenia más consuelo que el de saber que cerca de su lado, aunque oculta á las miradas de todo el mundo y á las suyas, vivia su hija, que no tenia más alegría que la de poder morir bajo el mismo suelo, se vió de pronto arrebatarse este único remedio á su afliccion.

Antes de renunciar á la religion de sus padres, prefirió morir mil veces.

En la dura alternativa de entrar en el gremio del catolicismo ó de abandonar para siempre el país en donde había nacido, en donde había vivido, optó por el segundo camino.

Pero ántes de partir hizo los mayores esfuerzos para ver á su hija, para despedirse de ella, para perdonarla.

XVIII.

Los pasos que dió para obtener esta entrevista no dieron resultado alguno.

No era posible que se admitiese en la casa del Señor á un hombre de la raza que hacia escarnio de él.

Y, sin embargo, ¿habia nada más doloroso para un padre que apartarse para siempre del lado de su hija sin verla ántes, sin oír una palabra suya, sin poder recoger una mirada y conservarla eternamente?

Aquella prueba era terrible.

Isacc luchó algun tiempo entre su codicia y la fé de su religion .

La codicia venció al israelita.

XIX.

Hizo abjuracion pública de sus errores y abrazó el cristianismo.

Entónces pudo ver á Rebeca, á Rebeca, que le tendió sus brazos con filial amor, dándole gracias con toda su alma, porque habia llegado al conocimiento de la verdad.

XX.

No era esto cierto.

Isaac habia salvado las apariencias sacrificándolas al deseo de ver á su hija, pero conservaba en el fondo de su alma la fé de siempre, y en el misterio de su retiro se consagraba á las prácticas de su religion.

Isaac, codicioso como todos los de su raza, sabia que muchos de ellos, antes de abandonar á Córdoba, habian enterrado sus tesoros y cautelosamente se ha-

bia apoderado de algunas crecidas cantidades de dinero, abrigando la esperanza de que gracias á ellas podria algun dia sacar á su hija del convento en donde vivia y llevarla con él á un país extranjero, en donde se proponia conseguir que volviese á ser ella lo que ántes de implorar la proteccion de los reyes habia sido.

XXI.

¡Necia ilusion!

Isaac, como todos los judaizantes, estaba continuamente rodeado de espías.

Los familiares de la Inquisicion y otras muchas personas officiosas expiaban incesantemente á los judíos, seguros de que los que habian quedado en España habian obedecido á la codicia, y de que delatándolos y probándoles una heregía, podrian llevarlos á los calabozos del Santo Oficio, ó á la hoguera, y apoderarse de sus riquezas.

No faltó quien observase atentamente á Isaac preparándole una emboscada para que apareciese como réprobo á los ojos del Tribunal del Santo Oficio.

Isaac sufrió la suerte que otros muchos.

Encerrado en un calabozo, fué sujetado de piés y manos por cadenas que le obligaban á permanecer en dolorosa postura, todo para que confesase que merecia ser llevado á la hoguera.

XXII.

Colon se habia despedido de los reyes para encaminarse al convento de la Rábida.

Antes de emprender definitivamente su viaje, pasó por Córdoba, y en los corrillos de la plaza del Alcázar, oyó referir la suerte que habia cabido á Isaac, al mismo tiempo que, entre risotadas y bromas, contaban los soldados á los ociosos las desventuras que padecian los israelitas.

XXIII.

La situacion de Isaac interesó vivamente á Colon, y valiéndose de la influencia que tenia por la proteccion que le dispensaban los reyes, acudió á implorar el perdon de aquel desgraciado.

Hizo más aún.

Creyendo que los ruegos de su hija serían escuchados, le refirió lo que pasaba, y la jóven unió sus ruegos á los del ilustre marino.

XXIV.

Inmediatamente se enviaron emisarios á los reyes para ver si se alcanzaba el perdon de Isaac, y se le conmutaba la pena que se le habia impuesto, con el destierro que habian sufrido sus demás hermanos.

Al dia siguiente llegó á Córdoba Fray Tomás de

Torquemada, y enterándose de lo que habia pasado, arrastrado por el celo de que se hallaba poseido, dispuso que todos los que merecian el rigor del Santo Oficio, sucumbiesen en la hoguera.

XXV.

Colon se atrevió á pedir una audiencia á Torquemada, para suplicarle en favor de Isaac.

El célebre dominico le recibió.

Su presencia hizo desde luego comprender á Colon cuán inútiles serian sus esfuerzos.

XXVI.

Era Fray Tomás de Torquemada de elevada estatura, de rostro pálido y desencajado por los rigores de la penitencia y oracion.

Surcaban su sombría frente prematuras arrugas, y sus ojos grises y pequeños, su boca delgada y contraída, su cabello cano, contribuian á darle un aspecto siniestro.

El Inquisidor general cumplió lo que habia prometido á la reina.

—He jurado el esterminio de los hereges,—dijo á Colon;—Isaac y todos los judíos que se hallen en su caso, morirán en la hoguera.

La sentencia fué cumplida, y Colon tuvo aquel profundo pesar, en el periodo de su vida más risueño y brillante.

XXVII.

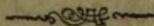
Cuando llegó á la Rábida, supo por Fray Juan Perez de Marchena que se habian dado las órdenes para hacer los preparativos de su expedicion, y supo más aún: los reyes habian nombrado paje de su hijo D. Juan, á Diego, el hijo mayor de Colon, demostrándole de este modo que, mientras él marchaba á conquistar nuevas tierras á la corona de Castilla, querian ellos reemplazarle cerca de su hijo.

XXVIII.

Hemos llegado á un periodo de la historia de Colon, en la cual debe absorber por completo nuestra atencion todo cuanto se refiera á la arriesgada empresa que iba á acometer.

El convento de la Rábida, el inmediato puerto de Palos, se convirtieron en mansion de alegría y esperanza á la llegada del ilustre marino.

Vamos á ver cuáles fueron los preparativos que se hicieron, y á conocer algunos de los personajes que debian acompañar al inmortal Colon á la conquista del Nuevo-Mundo.



Capítulo XLI.

Nuevas complicaciones.

I.

Colon, que habia triunfado de todos los obstáculos que habia encontrado en su camino, llegó al convento de la Rábida con la esperanza pintada en el rostro y la bondad en el corazón.

No habia ya en el puerto de Palos y en las poblaciones más próximas, sobre todo entre las personas acomodadas y del gremio de navegantes, quien no conociese al ilustre marino genovés, quien no admirase su proyecto, y todos se interesaban en el feliz resultado de las negociaciones que tenia entabladas con la corte de España.

II.

Su llegada fué saludada por los amigos que Fray

Juan Perez de Marchena le habia adquirido con entusiasmo, y de todas partes llegaron á visitarle y á felicitarle cuantos supieron que al fin y al cabo habia celebrado un contrato con los soberanos de Castilla y Aragon.

Grandes eran las simpatias que entre todas aquellas gentes gozaba Cristóbal Colon, y este prestigio le debia á la noble, á la buena, á la desinteresada amistad que le profesaba el prior de la Rábida, el cual habia empleado todo su ascendiente para con las personas que iban á verle á menudo al monasterio en favor del ilustre marino.

III.

A su llegada le hospedó en el convento, porque aun cuando ya estaban dadas las órdenes por los reyes para que se facilitasen á Colon las embarcaciones y las gentes de mar que necesitaba, aún debia pasar algun tiempo ántes de que pudiera darse á la vela, y quiso que aquellos dias trascurriesen para el marino en su afectuosa compañía.

Diego, que ya era un mozo capaz de comprender el genio de su padre, mirábale con respeto y cariño, y estas muestras de su afecto y de su admiracion eran para el pobre padre bálsamo dulcísimo que caia en su alma como eficaz remedio para curar las heridas que los disgustos del mundo habian causado en él.

IV.

Desde el día de la llegada de Colon al monasterio, fueron asíduas las visitas que le hicieron el médico Fernandez, Martin Alonso Pinzon y sus dos hermanos Francisco y Vicente.

Martin Alonso estaba unido con Colon, no sólo por los lazos de la amistad, sino por los del interés.

Era uno de los que habian comprendido desde luego la importancia de los proyectos del marino genovés, uno de los que más fé habian dado á sus palabras, de los que con más entusiasmo habian elogiado su talento, y audaz como Colon, conocedor de los mares, y con alma bastante para desafiar el fantasma de lo desconocido, habia sido uno de los que más le habian animado, y como el lector recordará, hasta le habia ofrecido recursos pecuniarios para que pudiera tomar una parte en la empresa.

V.

En aquellos tiempos, como en todos, la amistad y el negocio eran cosas distintas.

Grande era, en efecto, el entusiasmo de Alonso Martin Pinzon, pero natural tambien que proponiéndose, como se proponia, facilitar á Colon los medios de adquirir una nave que unir á las dos que por orden de los reyes debian ponerse á su disposicion, desease tomar parte en los beneficios de la expedicion.

En las primeras entrevistas quedaron de acuerdo, y no podia ser ménos, porque los Pinzones eran una familia generosa y espléndida, y la pequeña tertulia de Juan Perez de Marchena y de Colon, después de ponerse de acuerdo en todo, creyó que no habria dificultades que vencer.

VI.

Aún quedaban á Colon nuevos obstáculos que destruir.

El dia 23 de mayo se presentó Colon en la iglesia de San Jorge de Palos, acompañado de sus buenos amigos, y en el templo, despues de terminada la ceremonia religiosa, se dió lectura solemne, por el escribano público, en presencia de los alcaldes, regidores y muchos habitantes del puerto y de las poblaciones inmediatas, la real órden por la cual los Reyes Católicos mandaban poner á disposicion de Colon dos carabelas.

Estas dos carabelas debia facilitarlas el puerto de Palos, el cual, por ciertos excesos que habian cometido las gentes de mar mátricinladas en él, se hallaba castigado á sostener por el espacio de un año dos carabelas para el servicio público.

Pero todavía no habia llegado el momento de emplearlas, y como no era del agrado de nadie contribuir á aquellos gastos, es inconcebible el triste efecto que produjo entre los habitantes de Palos la disposicion de los reyes.

VII.

En aquella ocasión, y con aquel motivo, estaban seguros de que lo que se les exigía no era que pusiesen al servicio del Estado dos buques, sino que se les mandaba que los costearan para echarlos á pique, porque estaban convencidos de que bajeles y tripulación perecerían en empresa tan fabulosa.

Hasta los más audaces marinos temblaban ante la perspectiva del quimérico viaje que se proyectaba á través de los desiertos del Océano.

VIII.

Todas las fábulas, todas las supersticiones que habían inspirado á la ignorancia los países desconocidos que se proponía descubrir Colon tomaron de nuevo cuerpo en su imaginación, y llegó á apoderarse de los habitantes de Palos un pánico terrible.

Aquella era la primera tormenta, y Colon necesitaba conjurarla.

IX.

De nada le servía tener al lado suyo á los Pinzones, y contar con ellos para la expedición.

Si los dueños de los bajeles se negaban á darlos, si los que debían preparar para aquella expedición las carabelas permanecían inactivos y aguardaban á que el tiempo y la reflexión hiciesen desistir á los reyes

de tan peligroso viaje, ¿de qué le servía contar con el favor de los reyes, si tenía que luchar con la indiferencia de sus más necesarios auxiliadores, sino sabía hasta qué punto podría encontrar marinos bastante atrevidos que le acompañaran en su expedición?

Colon tuvo en aquella ocasion á su lado la elocuente y venerada palabra del prior de la Rábida y el apoyo eficaz de los Pinzones, que gozaban de gran prestigio entre sus convecinos.

Pero esto no era bastante.

X.

Para vencer la obstinacion de los que se negaban á cumplir las órdenes de los reyes, no tuvo más remedio Colon que acudir nuevamente á ellos.

Los soberanos dieron entónces órdenes más terminantes, mandando que los magistrados de la costa de Andalucía tomasen para la expedicion proyectada los buques que creyesen necesarios, aunque pertenecieran á vasallos españoles, y que obligasen á los patrones y tripulacion de los mismos á darse á la vela bajo el mando de Colon, y con el rumbo que éste les designase.

XI.

Un oficial de la casa real, D. Juan de Peñalosa, salió por mandato de los reyes á hacer obedecer esta orden.

Conviene, para tener una idea de la situación en que se hallaban los derechos políticos de los ciudadanos, indicar que á este emisario se le señalaron doscientos maravedises diarios de sueldo durante el tiempo que emplease en hacer obedecer las órdenes de los reyes.

Pero esta suma debia exigirse á los desobedientes, á los morosos en cumplirla, y por si no bastaba esto todavía, se anunciaban castigos corporales á los que no acatasen las órdenes dadas por los monarcas.

XII.

Apoyándose Colon en esta actitud de los soberanos, activó los preparativos de su empresa.

Pero sin resultado alguno.

Era tal la confusion que reinaba en Palos y en la próxima ciudad de Moguer, tantos los altercados y disturbios que entre aquellos vecinos produjeron las exigencias de los reyes, que las negociaciones no adelantaban un sólo paso.

Así las cosas, Martin Alonso Pinzon tomó á su cargo, con la vehemencia natural de su carácter, la mision de luchar contra las dificultades, y ardió en vivos deseos de vencerlas.

Desde luégo contó con sus hermanos Francisco y Vicente.

Tres pilotos más, llamados Sancho Ruiz, Bartolomé Roldan y Pedro Alonso Niño, se comprometieron á acompañarle.

Algunos marineros, sobre los que tenia gran ascendiente el mayor de los Pinzones, se prestaron voluntariamente á formar parte de la tripulacion.

XIII.

Al paso que por buenas se allegaba Colon estos auxilios, por malas, es decir, por la fuerza, se obligaba á otros muchos á que siguiesen á su nuevo almirante.

La situacion fué tan crítica para todos, que amenazaba un próximo conflicto.

Era natural que para resistir á la fuerza empleasen la astucia los que no querian obedecer.

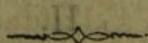
Los más activos y audaces rebeldes tramaron una conspiracion.

XIV.

La obra de Colon debia ser laboriosa, muy laboriosa.

Despues de haber vencido la voluntad de los reyes, tenia que luchar con la de los vasallos.

Veamos quiénes fueron los instigadores de la conspiracion y qué medios emplearon para contrarrestar las órdenes de los reyes.



Capítulo XLII.

Tres tahures.

I.

Algunos dias antes de la llegada de Colon á Palos habia dejado una carabela en aquel puerto á tres hombres.

Uno de ellos habia nacido en Sevilla, llamábase Castillo, y habia ejercido en aquella ciudad el oficio de platero.

Llamábanse los otros dos Guillermo Ires el uno, y Tañarte de Lages el otro.

Estos dos eran extranjeros, y casi de un mismo país, puesto que el primero habia nacido en Irlanda y el segundo en la Gran Bretaña.

II.

Los tres se hallaban estrechamente unidos por los lazos del vicio.

Una breve reseña de sus antecedentes nos los dará á conocer.

Castillo era un hombre de treinta y seis á treinta y ocho años, y su fisonomía revelaba la viveza de su carácter, y los grandes estudios que habia hecho en el arte de vivir.

Su viveza era más intelectual que corporal, puesto que se entregaba con mucho gusto á la pereza, y esto habia sido causa de que desde los primeros años de su vida hubiera sufrido fuertes reprimendas y sendas tollinas de sus padres.

III.

Pero no era su madera de la que se ablanda con la fuerza.

Al contrario; cada dia adquiria mayores resabios, y desde muy jóven se entregó á toda clase de excesos.

Obligado por sus padres á tomar un oficio, se resolvió á aprender el de platero, y no tardó en dar á conocer su ingenio y su destreza, con lo cual ganó en breve la voluntad de su maestro, el cual, en gracia de su habilidad, le perdonaba los extravíos en que incurria á cada paso.

IV.

Pendencias, orgías, juegos de azar; estas eran sus principales ocupaciones.

Solo de tarde en tarde, y cuando se le acababan los recursos que sacaba del juego, iba al taller á trabajar.

Natural era que fuese despedido, y despues de serlo, recorrió todas las platerias de Sevilla, pasó á las de Córdoba sin mejorar de vida y sin oír las amonestaciones de los que estimando su capacidad, condenaban sus locuras.

Sus padres, disgustados por haber dado el sér á un hombre de tan aviesas inclinaciones, no tardaron en bajar al sepulcro, y Castillo derrochó en breves dias la corta herencia que le dejaron.

V.

Llegaron por entónces á Cádiz dos tripulantes de una embarcacion que habia naufragado.

Estos dos marineros eran los dos ingleses que acompañaban á Castillo.

Condenados á la miseria en su país, con una apasionada codicia, se habian embarcado con ánimo de ver si mejoraban de suerte; pero habia sido tan mala la que habian alcanzado, que de la embarcacion eran los dos únicos que habian podido librarse, lo cual podian considerar muy bien como una desdicha, toda vez que se hallaban en país extranjero, sin recursos de ninguna clase, sin conocer el idioma, y expuestos á salir de un peligro para caer en otro.

VI.

Vivieron miserablemente algún tiempo, durante el cual lograron hacerse entender, y comenzaron á ejercer una industria, que no por ser infame, dejaba de proporcionarles recursos.

Hiciéronse jugadores de ventaja, y separándose de la costa, recorrieron los pueblos ejerciendo su industria, y llegaron hasta Sevilla.

VII.

Allí conocieron á Castillo, y como necesitaban una persona que les ayudase, no tardaron en unirse con él, y los tres emprendieron expediciones que fueron muy lucrativas.

Pero lo que ganaban por medio del juego, desplumando á los viciosos cándidos, lo gastaban en franca-chelas, razon por la cual arrastraban una existencia desordenada y miserable.

VIII.

Conocidos ya en Sevilla y en sus alrededores, viéndose expuestos todos los dias á riñas y altercados, resolvieron hacer una escursion á los puertos pequeños, seguros de encontrar en ellos navegantes ricos y codiciosos, y el primer puerto que visitaron fué el de Palos.

Allí habia hombres de pró, á los que podian desplumar, pero para no desprestigiarse ante ellos, dijeron al llegar á Palos que los ingleses habian ido á Sevilla á buscar un buen platero, que habian encontrado á Castillo, que se lo llevaban á Inglaterra, pero que habiendo sufrido una tempestad en el mar, se habian visto obligados á arrojar el equipaje al agua, habiéndose quedado en la mayor pobreza, y no pudiendo continuar su viaje hasta que desde Lóndres enviaran nuevos recursos.

IX.

Con este motivo, abrieron un crédito en la hostería del pueblo, en donde se alojaron y comenzaron á tender la red á los incautos para realizar su verdadero propósito.

Los tres se hallaban en la hostería al anochecer del dia en que habia llegado el oficial Peñalosa con nuevas órdenes de los reyes, para que se pusieran á disposicion de Colon las dos carabelas que el puerto de Palos estaba condenado á facilitar á los reyes en cuanto lo mandasen.

X.

De pronto entraron en la hostería dos hombres muy conocidos en Palos, llamado el uno Gomez Rascon y Cristóbal Quintero el otro, los cuales eran propietarios de una de las embarcaciones que á toda

costa querian los reyes que pusieran á disposicion del ilustre genovés.

XI.

—Esto es una injusticia,—decia el uno.

—Una iniquidad,—añadia otro.

—Pues qué, no hay más que despojar á un hombre de su propiedad? La *Pinta* es nuestra, y si no queremos darla, forzar nuestra voluntad, es cometer una felonía.

—Y el caso es que las órdenes son terminantes. Ese enviado de los reyes no se marchará de aquí hasta que entreguemos la carabela, y si tardamos, nos vá á costar un dineral porque tenemos que mantenerle.

—Ya has visto lo que yo le he dicho.

—Pero puede costarnos caro.

—Cuésteme lo que me cueste, yo no cedo. Prefiero hacer pedazos la embarcacion y prenderla fuego.

XII.

Como hablaban en voz alta, y como el objeto de su conversacion preocupaba fuertemente á todos los habitantes de Palos, no tardaron en acercarse á ellos algunos, y la conversacion fué general.

Los dos ingleses y Castillo formaron parte del complot.

XIII.

—Pero no habrá algun medio,—decia Rascon,—de dejar de entregar las carabelas que nos piden?

—Los reyes se han empeñado en que se lleve á cabo la empresa de descubrir tierras, y como aunque se lleve las embarcaciones el diablo y perezcan en el camino los marineros no les importa un bledo, están resueltos á realizar su capricho.

—En mal hora se le ocurrió á ese maldito genovés descubrir nuevas tierras.

—¡Lo que es la avaricia! Ahora que les hemos quitado á los moros todo cuando tenían en España, debíamos darnos por satisfechos y no desear más; pero la codicia rompe el saco.

—Porque lo rompe es por lo que no quiero yo dar mi carabela. ¿Sabeis la suerte que aguarda á los que vayan con Colón en busca de lo desconocido? Pues es muy sencillo; ser tragados por los tiburones.

—¿Quién le ha de acompañar con esa esperanza?

—Ya han sabido los reyes lo que se han hecho. Por de pronto suspenden las sentencias de los que tomen parte en la expedición, y como no faltan gentes que quieran librar el pellejo, tendrá Colón quien le acompañe.

—Solo irán los tontos; porque de morir á manos del verdugo á morir ahogado en el mar, no hay más diferencia, sino la de que en el primer caso le vé á uno la gente, y en el segundo no.

—Ese es un ardid como otro cualquiera para castigar á los delincuentes, sin que el vulgo pueda murmurar.

—Es un sistema muy cómodo que han buscado los reyes de ser clementes.

—La verdad es,—dijo Quintero,—que si Colon no hubiera pedido á los reyes auxilios, no nos hallariamos en el caso que estamos.

—Es más aun,—añadió su compañero;—si Alonso Pinzon no le hubiera hecho caso, ni le hubiera ofrecido auxilios, ni él hubiera venido á Palos, ni nos pasaria lo que nos pasa.

—Tienes razon, tienes razon,—gritaron varios.

—Pinzon que es muy avaro, que no se contenta con las riquezas que ha traído de sus viajes, es el que azuza al otro.

—Y tanto, que está resuelto á acompañarle.

—Y tambien su hermano.

—¡Figuraos si entre los tres Pinzones no lograrán el tercer buque que necesitan, y no arrastrarán gente que se embarque con ellos!

—Pues si ellos proporcionan una embarcacion, lo que es Palos no se escapa de dar las otras dos.

—Eso sucederá si nos dejamos tratar como esclavos.

—Ante la fuerza hay que ceder.

—Al contrario: á la fuerza se le opone la fuerza.

XIV.

—Señores,—dijo Castillo,—yo creo que todos vosotros estais más dispuestos á quedaros en tierra, que á seguir á Colon, ¿no es eso?

—Sí, sí.

—¿Y no se os ocurre un medio de lograr vuestro objeto?

—¿Sabes tú alguno?

—Dos nada ménos tengo.

—Pues habla.

—La cosa es delicada, y conviene antes de hablar que yo sepa que no hay entre nosotros ningun Judas:

XV.

Rascon llamó al hostelero, habló con él al oido algunas palabras, y poco después dijo á los circunstantes.

—Venid todos conmigo á la cueva para hablar á nuestras anchas.

El hostelero precedió á la comitiva llevándose un candil; y una vez reunidos todos en el sótano, y después de jurar que no dirian una sola palabra de cuanto allí escuchasen, ofreciéndose todos á castigar al que faltase á aquel pacto, tomó Castillo la palabra, y formuló su proposicion en estos términos:

Capítulo XLIII.

Una conspiracion.

I.

—Dos cosas necesitamos hacer,—dijo,—para evitar la expedicion. Si con ninguna de las dos logramos nuestro deseo, aun nos queda otro que tambien puede llevarse á cabo. ¿No habeis dicho que Martin Alonso Pinzon ayuda al extranjero con sus maravedises y su persona? .

—Sí.

—¿No está muy entusiasmado con ese viaje que proyecta?

—Sí.

—¿No es lo bastante avaro para retirar su concurso si por acaso se opone algun obstáculo á su marcha?

—¡Oh! lo que es eso,—dijo Rascon,—por nada del mundo entregaria una sola dobla si no fuese á la vista

del que hubiera de gastarla. Así es, que tengo por seguro que la tercera embarcacion que él se ha comprometido á presentar, ni vendrá á estas aguas ni se dará á la vela, si no la tiene siempre á su alcance.

—Entónces somos felices,—dijo Castillo,—porque mi plan puede estorbar su marcha.

Hubo una breve pausa.

—Martin Alonso Pinzon,—continuó el platero,—por lo que yo he sabido, y eso que hace muy poco tiempo que vivo aquí, tiene puestos los ojos en su mujer, que es una buena moza en toda la extension de la palabra. Nadie se ha fijado en ella, porque no hay ninguno que ignore que Pinzon tiene muy buenos puños, muy mal génio, y que si algo notase, en vez de andarse en averiguaciones, comenzaria por hacer una de *pópulo bárbaro*. Pero, ó yo me equivoco mucho, ó es celoso en extremo.

—Lo es, en efecto, y mucho,—dijo Quintero.—La prueba es que no sale nunca sola doña Aldonza, y que cuando vá á misa se recata de las miradas de todo el mundo.

—Porque la sigue á corta distancia su marido.

—Sea por lo que fuere, lo cierto es que todos los síntomas son de que Martin Alonso es celoso en extremo.

Los circunstantes asintieron.

IV.

—Pues bien,—dijo Castillo,—si algun amigo suyo

de los que están presentes, le dijera con maña que un galan aguardaba el momento de su ausencia para enamorar y rendir á su esposa, se detendria.

—Se detendria, si; pero podia averiguar hasta qué punto era cierto el rumor que habia llegado á su oido, y como no tardaria en disipar sus sospechas la realidad, no lo pasaria bien el que despertase los celos en su alma.

—La astucia puede mucho.

—Tanto más,—dijo Quintero,—cuanto que el señor de Peñalosa, el oficial que han mandado los reyes á hacer cumplir sus órdenes, es jóven aún, vá con frecuencia á su casa, y es fácil á él hacerle creer que doña Aldonza se ha prendado de su belleza, y á Pinzon que el oficial del rey, si desea que cuanto antes se dé á la vela con su amigo Colon, es para que le deje libre el campo.

V.

—La idea es magnifica,—exclamó Rascon frotándose las manos con júbilo.

—Fácilmente puede ponerse en práctica.

—Pero ¿qué se logrará con eso?—preguntó uno de los circunstantes.

—Se logrará,—repuso Castillo,—que entre unas y otras cosas se retrase la expedicion y que, perdiendo Colon la paciencia, ó se desespere y le dé un berrinche que acaba con él, ó se vaya á otra parte á buscar quien le ayude á llevar á cabo su proyecto.

VI.

—Quien tal dice,—exclamó uno de los circunstantes llamado Juan Bravo,—no conoce á Colon. El hombre que ha esperado catorce años en la miseria, esperará uno ó dos más en la prosperidad, porque en el convento no le falta nada. Si viera que Pinzon se detenia, daria cuenta á la córte, enviarian tropas para someternos, no tendríamos más remedio que dar lo que nos piden, y sin Pinzon llevaria á cabo el genovés su empresa. Por mi parte, desecho la proposicion por parecerme estéril.

—Sí, sí, lo es,—dijeron todos.

—Pues nada, en ese caso, tomar una medida violenta,—añadió Castillo.

—¿Y qué medida es esa?

—Quitar de enmedio la causa principal.

VII.

Un profundo silencio reinó entre los circunstantes.

—Parece que han causado impresion mis palabras, y si lo que os propongo os intimida, no veo otro camino más que el de acatar la voluntad de los reyes y entregar vuestras naos y los que las tripulan á la voracidad del Océano.

—Eso nunca.

—Pues tened valor, é intimidad á los mismos mo-

narcas. La cosa es muy sencilla. ¿Quereis romper el yugo que intentan echaros al cuello? ¿quereis defender vuestros derechos de hombres? Uníos todos, y en un momento dado proclamad vuestra desobediencia. Haced un escarmiento con el oficial enviado por los reyes, salid á las calles, mostrad que estais dispuestos á morir ántes que á obedecer, y en el calor de la pelea, cuando Colon pretenda apaciguaros ó contrarrestar vuestros ímpetus, luchad con él brazo á brazo, matadle en buena lid, y una vez muerto el aventurero, nada tendreis que temer.

—¡Nada absolutamente! ¡pues es friolera! Enviarían los reyes un ejército, nos arcabucearán, nos saquearán si nos defendemos, y tendremos que vernos obligados ó á alejarnos para siempre de nuestros hogares, ó á perecer asesinados.

VIII.

—Y el caso es que no es mala la idea de Castillo,—dijo Quintero;—destruido Colon, la expedicion es imposible. Y la idea, no cabe duda, es buena, pero es peligrosa, y ántes de llevarla á cabo en la forma indicada ú otra cualquiera, hay que pensarlo mucho.

—¿Podremos contar con vosotros para cualquier evento?—dijo Quintero á los que allí se hallaban.

—Sí,—contestaron todos;—disponed de nosotros siempre que se trate de estorbar que nuestros amigos, nuestros hermanos, ó nosotros mismos tengamos que

formar parte de la expedicion ó de que se nos obligue á prestar las embarcaciones necesarias.

—Pues entónces, retiraos; dejadnos á Rascon y á mí, puesto que somos los más interesados, toda vez que quieren arrebatarnos nuestras carabelas, que meditemos nuestro plan, y si fuese necesario vuestro concurso, á su tiempo recibireis el aviso.

De acuerdo en esto, se separaron uno y otro, y Rascon y Quintero se retiraron tambien, pero juntos.

IX.

—La idea de deshacernos de Colon es excelente,—dijo el primero al segundo.

—Pero no en una rebelion,—contestó el segundo al primero.

—Eso desde luego; si hubiera un medio fácil y eficaz, pero al mismo tiempo misterioso, para librar-nos de él, ya era otra cosa.

—Comprando al cocinero del convento, nada tendria de extraño que éste envenenara su comida.

—Pero como al mismo tiempo sucumbirian los monjes, se daria una campanada y equivaldria á una conjuracion ostensible.

—Seria peor aún.

—¿Qué hacer, amigo mio, qué hacer?

—En primer lugar no ceder la *Pinta*, y en segundo acechar la primera ocasion para que halle Colon la muerte en la bebida ó en la comida.

X.

Mientras que los dos propietarios de la carabela buscaban el medio de librarla de la ruina que en su concepto amenazaba al buque, Castillo con sus dos camaradas, los ingleses, viendo que no podia sacar partido del puerto de Palos, porque no habia jugadores en él, resueltos á marcharse él y sus compañeros, quisieron sacar algun partido ántes de abandonar para siempre aquella ciudad, en la que tan poco habian conseguido sus artes marrulleras.

XI.

Al dia siguiente indicó Castillo á los ingleses el camino de Moguer, y diciéndoles donde debian esperarle, se separó de ellos para encaminarse al convento de la Rábida.

Al llegar allí preguntó por el prior Fray Juan Perez de Marchena, anunciando que tenia que confiarle un secreto importante.

No tardó en ser recibido por el anciano sacerdote.

XII.

Una vez solos los dos, le indicó, bajo confesion, que corria peligro la vida de su huésped, que Rascon y Quintero habian formado una conjuracion para evitar á todo trance la realizacion del proyecto del ge-

novés, y que si Dios no lo remediaba, y Colon no hacia todo lo posible, el dia menos pensado caeria en el lazo que le tendian, y moriria sin realizar sus esperanzas.

XIII.

Hecha esta declaracion, manifestó al prior su escasez de recursos, y como la limosna que le exigia era en pago de esta confesion tan importante, Fray Juan Perez de Marchena se prestó á favorecerle, y Castillo pudo vender con provecho suyo á sus amigos de la vispera, y continuar su viaje, en tanto que Fray Juan Perez de Marchena hacia lo posible para evitar la emboscada que tendian á su buen amigo.

Se informó, y las noticias que le dieron estaban de acuerdo con las palabras que le habia dicho Castillo.

XIV.

Mandó llamar á Peñalosa á su celda, y, una vez en su presencia el oficial del rey, le dijo quien le habia comunicado aquellos tristes rumores, le expuso la situacion en que se hallaban los habitantes del puerto de Palos, y el temor que tenia de que Colon fuese su victima.

Inmediatamente mandó Peñalosa un propio á Córdoba, pidiendo á los reyes alguna fuerza para sofocar la insurreccion de los descontentos.

Estos se apercibieron, y conociendo que era de todo punto imposible hallar el medio de que Colon

sólo pereciese con un tósigo, resolvieron jugar el todo por el todo, y confabulados los más rebeldes, se aprestaron para hacer una manifestacion pública de desobediencia al mando de Rascon y de Quintero, seguros de que el oficial del rey, el prior de la Rábida y Cristóbal Colon acudirian á serenarlos, con lo cual lograrian su deseo de poder matar en buena lucha al que consideraban como causa de su próxima perdicion.

XV.

Reunidos en el convento de la Rábida Colon, el oficial del rey y Pinzon, al notar que gran parte de habitantes de Palos se aprestaban á armar una asonada, deliberaron largamente acerca de lo que harian, no sólo para dominar el motin, sino para obligar á los rebeldes á obedecer las órdenes de los reyes.

—Yo me encargo, — dijo Colon, — de conseguir este objeto.

—¿De qué manera?

—Yendo sólo á buscarlos.

—Esa es una resolucion temeraria, — dijo Peñalosa.

—De ningun modo, —añadió Fray Juan Perez de Marchena;—eso sería ir á entregaros á vuestros enemigos.

—Mi corazon me dice que no se atreverán conmigo despues que me hayan oido hablar.

—No los conoceis bien, —dijo Pinzon;—esa cana-

lla no se conmueve tan fácilmente: solo el palo la ablanda, y lo más prudente es aguardar á que vengan tropas á castigarlos.

—Con el castigo,—dijo Colon,—no lograremos nada, porque, ó habrá que renunciar, despues de someterlos, á nuestra expedicion, ó sino renunciamos, los que vengan por fuerza con nosotros serán nuestros enemigos, y sino consiguen asesinarlos en tierra lo conseguirán en el mar. Los enemigos cuanto más formidables son, más francamente se debe ir hácia ellos. Yo estoy seguro de que la Providencia me protege: no intenten disuadirme de mi resolucion.

XIV.

Fué tan grande el empeño que manifestó Colon en ir al encuentro de sus adversarios, que sus amigos no consiguieron disuadirle, y resolvieron á su vez correr la misma suerte.

—Vámonos todos,—dijo Pinzon.

XVII.

Pusiéronse en camino, y llegaron á Palos al anochecer.

Por órden de Peñalosa fueron convocados los habitantes del puerto, y su asombro fué inmenso cuando supieron que se les convocaba, porque Colon queria hablarles.

Los más atrevidos buscaron con avidez por todas

partes á Rascon y á Quintero, para tomar su consejo y ver si estaban decididos, como todos, á aprovechar aquella coyuntura para deshacerse de Colon.

XVIII.

El pregonero habia citado á todos los vecinos delante del pórtico de la iglesia de San Jorge, y allí estaban Colon y sus amigos esperando á que llegaran los que tantos deseos tenian de aniquilarlos.

Bien veian que los más señalados por su descontento corrian de un lado á otro, sin atreverse á pasar por delante de la iglesia, y al preguntar cuál era la causa de sus idas y venidas, supieron que buscaban á los jefes de la conspiracion.

Pero ni Quintero ni Rascon parecian.

XIX.

Desesperados porque iba á malograrse aquella ocasion tan oportuna, fueron llegando al pórtico, aplazando por entónces su venganza, sin perjuicio de llevar á cabo sus infames propósitos al presentarse una nueva ocasion.

Cuando Colon vió reunidos delante de él á muchos de los vecinos de Palos, les dirigió la palabra, y no vió que precisamente en aquellos momentos se acercó á Peñalosa un hombre, el cual despues de hablarle algunas palabras al oido, se fué con él.

XX.

Colon, dirigiéndose á la muchedumbre :

—Sé que deseais mi muerte,—les dijo;—sé que conspirais contra mí, que me considerais como vuestro enemigo porque anhele eternizar en la memoria de los hombres el nombre de vuestra pátria, y llevaros conmigo á conquistar la gloria que nos espera cuando hayamos realizado la gran empresa que voy á acometer.

¿Es, por ventura, porque dudais de la posibilidad del triunfo?

Aunque así fuera, ¿la idea de vuestra grandeza no os basta para seguirme? Y si este sentimiento no os mueve, la grandeza de vuestros reyes, la obediencia que les debeis como vasallos suyos, no es un estímulo suficiente para que acateis sus órdenes? Yo os ofrezco una gloria imperecedera; quiero llevaros conmigo á descubrir un Nuevo-Mundo, á llevar á él la fé cristiana que late en vuestros pechos, á propagar en su vasta extension la grandeza de España, y en cambio voy á daros riquezas, honores, voy á conquistar para la corona de vuestros reyes, joyas que no tiene en la suya ninguno de los soberanos de la tierra.

¿Qué valen dos miserables embarcaciones que os pido al lado de los beneficios que os ofrezco?

XXI.

—¿Y la muerte que espera á los marineros que os acompañen?—dijeron algunos.

—Mi suerte es la suya. ¿Por ventura vais á atreveros á decir que los habitantes de Palos, que nacen todos marinos, que todos tienen gran corazon, son inferiores á mí? ¿No voy yo á arrostrar la misma suerte? Y si yo voy, si yo desafio las iras del mar, si yo tengo bastante fé en mi empresa y bastante valor para desafiar el peligro, ¿sereis ménos que yo?

—No, no,—gritaron todos.

—Ahora haced conmigo lo que querais,—dijo Colon;—estoy indefenso. Sé que habeis conspirado contra mi vida: aquí me teneis: matadme.

Y adelantándose hácia la muchedumbre que le escuchaba con asombro, temor y respeto, vieron Pinzon, el prior de la Rábida, el médico Fernandez y los que le acompañaban, que aquellos hombres se retiraban á medida que ellos avanzaban, y aunque armados casi todos, ninguno se atrevia á llevar la mano á la empuñadura de su daga.

—Pues bien,—dijo Colon,—ya no quiero que por la fuerza se os imponga el cumplimiento de un deber. Por vuestra propia voluntad habeis de darme las dos embarcaciones que os pido y necesito. Aquellos de vosotros que quieran compartir conmigo la gloria que sueño para España, venid á mí y demos el ejemplo al mundo de que el amor á la gloria, el cumplimiento del deber, nos hace á todos ser dignos del triunfo que nos espera, como vencedores ó como mártires.

El ódio que profesaban á Colon cuantos le oian, se trocó instantáneamente en admiracion y entusiasmo.

XXII.

Llegó en esto Peñalosa, y acercándose á su oído:

—Habeis triunfado de los revoltosos,—le dijo;—pero debeis vuestro triunfo á que os han escuchado. No era ese su propósito, y si hubieran hallado como querian á los dos jefes de la conspiracion, antes de oiros habriais caido cosido á puñaladas á sus piés.

—¿Pero sus jefes han huido?

—No; sus jefes deseaban á toda costa deshacerse de vos; pero un amigo vuestro les ha tendido un lazo: les ha encerrado cautelosamente en su propia casa, ha impedido que los conjurados se comuniquen con ellos, y á él principalmente debeis el éxito que habeis conseguido.

—¿Y quién es ese amigo?—preguntó Colon.

—¿Quién ha de ser?—exclamó un anciano presentándose á él y estrechándole en sus brazos;—yo, que no olvido nunca vuestras bondades, que os miro siempre como á mi Providencia, que daría mi vida por vos.

Colon estrechó cordialmente á aquel hombre, cuya voz reconoció instantáneamente.

Era Matías Sampayo.

XXIII.

En efecto; enterado de la conspiracion que se tramaba contra su buen amigo, habia llevado hasta su

casa, por medio de un pretesto, á Rascon y Quintero, y una vez allí los habia encerrado, corriendo inmediatamente á dar parte á Peñalosa, de que estaban en su poder los jefes de la conspiracion.

Los dos fueron presos, pero Colon intereedió por ellos.

Despues de hablarles, de convencerles y de entusiasmarles, obtuvo su perdon.

A partir de aquel instante, sus más encarnizados adversarios fueron sus mejores amigos.

Capítulo XLIV.

Un padre y un hijo.

I.

Vencidas todas las dificultades, gracias al ascendiente que habia cobrado Colon sobre los habitantes del puerto de Palos y á la influencia que en favor suyo habia ejercido el prior de la Rábida, y á la popularidad y aprecio de que gozaban los Pinzones, pudo al fin y al cabo contar con dos carabelas, una de ellas la *Pinta*, que debia ser mandada por Martin Alonso Pinzon, acompañándole como piloto su hermano Francisco Martin, y otra la *Niña*, con velas latinas, mandada por el tercer hermano de Martin Alonso, Vicente Yañez Pinzon.

El tercer buque fué expresamente preparado para el viaje.

Tenia cubierta, cosa rara en las embarcaciones de aquella época, y se le puso por nombre *Santa Maria*.

II.

En este último buque debía embarcarse el almirante, acompañado de los pilotos Sancho Ruiz, Pedro Alonso Niño y Bartolomé Roldan, un inspector general de lá armada nombrado al efecto, Rodrigo Sanchez de Segovia; un alguacil mayor, Diego de Arana, y un escribano real, Rodrigo de Escobar, funcionario encargado de tomar nota de los contratos y transacciones que hiciera el jefe de la expedicion.

III.

Un médico y un cirujano fueron designados para acompañarle y el total de los marinos llegó á ciento veinte, formado en parte por voluntarios, ávidos los unos de gloria, de mejorar de fortuna los otros, y los demás aventureros, hombres como Castillo el platero, los dos ingleses que le acompañaban y no pocos delincuentes que acogiéndose á la ordenanza que habian dado los reyes mandando suspender la ejecucion de la sentencia de los reos que se alistasen para la expedicion, habian preferido lo desconocido, á la seguridad de que el verdugo los estrangulase.

IV.

Si triunfaban, la alegría del triunfo podria inspirar su perdon, y si no, preferian á la muerte afrento-

sa, la que les ocurriera en aquella empresa que iban á acometer por una causa digna y gloriosa.

Preparado todo, dispuestas las raciones, y los pilotos y marineros resueltos á explorar las inmensidades del Océano, quiso Colon antes de partir para siempre tal vez, despedirse de su hijo, que debia salir de un momento á otro de la Rábida para encaminarse á la córte á tomar posesion del cargo de que le habian hecho merced los reyes; y cumplir el deber de todo padre al separarse de su hijo cuando este vá á llenar en la sociedad una mision cualquiera que sea.

V.

Era una noche del mes de Julio.

Todo estaba en silencio en el convento de la Rábida.

Los monges habian terminado sus oraciones, y se habian refugiado en sus celdas.

Diego, que á la sazón iba á cumplir diez y ocho años, debia partir al dia siguiente para Córdoba con el objeto de presentarse al arzobispo de Toledo, y que este le llevase á palacio á fin de que le diesen posesion del empleo de paje del príncipe D. Juan.

Aquella misma tarde le habia dicho Colon que en cuanto anocheciera fuese á la celda del superior del convento.

VI.

—Antes de abandonar esta hospitalaria nacion,

antes de despedirme de mi hijo,—habia dicho á Fray Juan Perez de Marchena,—deseo aconsejarle, y sobre todo hacerle importantes revelaciones.

Si me aguarda la muerte en esta expedicion que con tanto afan voy á emprender, quiero al ménos que sepa cuáles son mis propósitos, y que conozca algo de los misterios de mi vida, para que vea que no se queda solo en el mundo.

VII.

El prior aguardaba en su habitacion á sus dos huéspedes.

No bien llegaron, cerró la puerta de la celda.

La noche era muy calurosa, y no habia más luz en la celda que la que penetraba por una ventana que daba al espacioso huerto del monasterio.

Hacia una luna hermosísima.

VIII.

El paraje donde iba á tener lugar aquella esplicacion entre un padre y un hijo en presencia de un ministro de Dios, no podia ser más bello.

A lo léjos se oía el murmullo de una fuente.

Sobre la copa de los árboles se mecía la brisa.

Cantaban los tiernos ruiseñores, y solo estas voces de la naturaleza alteraban el silencio que reinaba en torno del monasterio.

La claridad que proyectaba la luna en la celda era

muy suficiente para que aquellos tres personajes pudieran ver respectivamente la expresion de su fisonomía, y contribuia á dar solemnidad á aquel acto.

IX.

—Eres ya un hombre, hijo mio,—dijo Colon á Diego;—te he dado el sér, y aunque es inmenso el afecto que siente hácia tí mi alma, no he podido hacer nada por tu felicidad. La santa mujer que te dió la vida, murió dejándote muy niño en el mundo.

Yo no tenia más compañera que la miseria, y en sus ateridos brazos han pasado acaso los más dichosos años de tu vida.

Pobres los dos, abandonados de los hombres, sin recurso alguno, pero con esperanzas, abandonamos la nacion en donde viste la luz, y despues de soportar las penalidades de un largo viaje, llegamos á esta santa casa, en donde la Providencia nos reservaba dias muy venturosos.

Aquí encontramos un verdadero padre en Fray Juan Perez de Marchena.

X.

—Hallasteis lo que merecíais,—dijo el prior.

—¡Cuán bueno sois! Cualquiera que sea la suerte que me reserve el porvenir, podeis estar seguro de que mi último pensamiento será para vos, de que mis últimas palabras serán el testimonio de mi gratitud por vuestras bondades.

Ello es, mi buen padre, que nos ofrecísteis un asilo, que nos amparasteis, y que, conservando á mi hijo en vuestro poder, no sólo mejorasteis su condicion, no sólo inculcasteis en su alma los principios de la sana moral y despertasteis su corazon á los generosos sentimientos, sino que, ofreciéndole vuestra proteccion, me permitisteis ir libremente á luchar contra mi destino, y si yo algo he sufrido en estos últimos tiempos, al ménos he tenido la satisfaccion de saber que no faltaba nada á mi adorado hijo.

Mis desventuras han tenido fin. Los reyes, que gracias á vuestra recomendacion, me han oido, no sólo me han colmado de mercedes, sino que han extendido sus bondades hasta mi hijo; y al partir en busca de lo desconocido, al ir á conquistar la inmarcesible gloria que deseo para mi nombre, al ir en busca de la fortuna que deseo para mi hijo, puedo dejarle en una posicion que ni aún me habia atrevido á soñar para él, y al lado de los reyes que, si yo muero, me reemplazarán cerca de él.

XI.

Diego escuchaba con recogimiento las palabras de su padre.

Como habia vivido léjos de él los años en que su inteligencia se habia despertado, en que se habian desarrollado las facultades de su alma; como en este tiempo, cuando le habian hablado del ilustre marino, no habia escuchado más que grandes elogios, se habia

acostumbrado á respetarle, á venerarle, y las palabras que pronunció en aquellos momentos, no podían ménos de impresionarle fuertemente.

XII.

—Ahora bien, hijo mio,—dijo Colon,—mañana vamos á separarnos. Tú vas á la córte; en ella vas á empezar á vivir; á cada instante hallarás emociones que irán formando tu carácter, tu corazón. Nunca vienen mal al jóven inesperto los cariñosos consejos del padre, que al legar á su hijo la triste experiencia que ha adquirido en la vida á fuerza de pesares, le lega también el tesoro mejor que tiene el hombre al llegar á la edad madura: su alma.

Oye, pues, hijo mio, los consejos que yo te doy para que puedas ser feliz.

La gratitud es el sentimiento que debe estar más arraigado en el corazón del hombre. Los que no saben agradecer siempre en las horas de la prosperidad los beneficios que han recibido en la desgracia, si no del mundo, que también el mundo castiga, reciben el castigo de su conciencia.

A cada instante les recuerda la ingratitud que han cometido, les rebaja á sus propios ojos, y cuando el hombre se siente rebajado ante su conciencia, es capaz de cometer toda clase de crímenes y de maldades.

Por el contrario el que es agradecido, llega á formar un culto de su propia honra, y el que empie-

za por honrarse á sí mismo, es incapaz de deshonrar á los demas; la perseverancia, el sufrimiento, la paciencia para soportar las adversidades son virtudes que necesita principalmente el que como tú sale de su pobreza y vá de pronto á vivir en un palacio.

Que no te dominen, hijo mio, los falsos halagos del mundo.

Antes de pronunciar una palabra, ó de ejecutar una accion, piensa si la pronunciarías ó la ejecutarías delante de tu padre, y si tu conciencia te dice que no, no la pronuncies ni la cometas.

Que la codicia no se apodere de tu corazon.

La codicia es una pasion que vá matando en el alma los buenos sentimientos y deja en su lugar el frio del escepticismo.

Sé sumiso y leal con tus señores; respeta á los ancianos; guia por el bien á los niños; sosten á los débiles; contraresta con la virtud y la honradez la energia de los fuertes; sacrifica tu vida, si es preciso, por salvar á tus reyes, por defender á tu patria, y cuando llegue el dia en que se despierte tu corazon al amor, piensa en la que fué tu madre, en aquel ángel de pureza y bondad que arrulló tus primeros sueños, que meció blandamente tu cuna. Su recuerdo alejará de tí las pasiones impuras, y Dios bendicirá los sentimientos que broten en tu alma.

XIII.

—Gracias, padre mio, gracias,—dijo Diego, cayen-

do de rodillas y besando su mano, —no olvidaré nunca los consejos que acabais de darme, y vuestras palabras quedarán grabadas para siempre en mi corazón. ¡Que sea grande la gloria de vuestro nombre! yo os juro respetarla siempre, no mancharla nunca y ser digno de vos!

—El cielo te bendiga, hijo mio, dijo Fray Juan Perez de Marchena enjugando las lágrimas que la emoción hacia asomar á sus ojos.

—Tengo que hacerte aún una revelación,—dijo Colon,—y quiera Dios preparar tu corazón para oirme con cariño.

—Hablad, padre mio, hablad.

—Cuando nos separamos, quedando tú en esta santa casa, partiendo yo á buscar protección en la corte de España, encontré en Córdoba una ilustre dama que se apiadó de mí, y alentando mis esperanzas, fué el único rayo de luz que ví en la oscuridad que la desventura habia formado en torno mio. Esa ilustre dama despertó en mi alma una veneración inmensa. Me parecia ver renacer en su alma la de mi buena esposa, y unidos nuestros corazones, recibimos en secreto la bendición nupcial.

XIV.

Diego escuchaba con sorpresa, pero al mismo tiempo con cariñosa benevolencia á su padre.

El prior de la Rábida, que comprendia cuán dolorosa era aquella revelación para su amigo, se identificaba con él.

XV.

—Dios bendijo nuestra union, y gracias á él, tienes un hermano, hijo mio.

—¿Un hermano?

—Sí, un hermano, á quien espero que amarás con toda tu alma. Tambien el pobre es huérfano como tú. La desgracia me ha perseguido siempre; mi segunda esposa murió tambien, pero antes de morir, queriéndote como si fueras su propio hijo, te legó parte de su fortuna, y gracias á ella, si yo muriera y tú perdieses la gracia de los reyes, aún podrias vivir en el mundo. Mi buen amigo, el superior del convento de mercenarios de Córdoba, Fray Pedro Antunez y Fray Juan Perez de Marchena, que nos oye, están enterados de este secreto.

¡Que la memoria de doña Beatriz Enriquez de Cordoba tenga un lugar en tu corazon!

— Os juro que lo tendrá, padre mio, — dijo Diego.

—Tu hermano es niño aún; deseo que le veas antes de ir á la córte á desempeñar tu destino.

Matias Sampayo, que te há de acompañar mañana, te llevará adonde está su hija.

Fernando, tu hermano, vive allí como hijo suyo. No le descubras mi secreto mientras no sepas la noticia de mi muerte. Pero estréchale en tus brazos; sé para él un hermano mayor, un amparo, una Providencia, y si yo logro saber que estais unidos, que os

amais, habré realizado el más vehemente deseo de mi vida.

—Yo os prometo, padre mio,—dijo Diego,—y no sólo os lo prometo, sino que os lo juro delante del ministro de Dios, ser para mi hermano lo que deseais que sea.

—Ahora ya he cumplido mi mision. ¡Dios te bendiga, hijo mio! Ven á mis brazos, ven y pidámosle al cielo que nuestra separacion de hoy no sea eterna.

XIV.

Diego cayó en los brazos de su padre, y Fray Juan Perez de Marchena, profundamente conmovido, dió á aquellos dos séres, que se arrodillaron ante él, su bendicion, pidiendo al mismo tiempo al cielo que colmase sus votos, porque eran merecedores de la proteccion divina.

XVII.

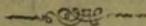
Al dia siguiente partió Diego muy de madrugada, despues de estrechar nuevamente á su padre en sus brazos, y se dirigió con Matias Sampayo á Baeza, en donde pudo ver por la vez primera á su hermano y cumplió los deseos de Colon.

Despues partió á la córte, y no tardaremos en seguirle allí, porque al poco tiempo de su llegada tuvo ocasion de prestar un inmenso servicio al rey don Fernando, pagándole de aquel modo los beneficios que

habia dispensado á su padre, y cumpliendo al mismo tiempo los preceptos que éste le habia dado en la celda del prior de la Rábida.

XVIII.

Tranquilo y satisfecho Colon por haber cumplido un deber de conciencia, confiando en Dios, y lleno de fé en su empresa, se dispuso á partir del puerto de Palos para llevar á cabo el pensamiento más glorioso del siglo XV.



Capítulo XLV.

Un nuevo personaje.

I.

El día 1.º de agosto de 1492 notábase gran animación en el puerto de Palos.

No sólo los Pinzones, que con tanto entusiasmo habían acogido el pensamiento de Colon, y que tan vivos deseos tenían de llevar á cabo con él tan arriesgada empresa, sino los que impresionados por el gran marino habían resuelto acompañarle, mostrábanse animados de un entusiasmo inconcebible entre personas que algunos días ántes habían llevado su indignación contra el proyecto que entónces aclamaban, hasta el extremo de conspirar contra la vida de Colon.

II.

Pero este había tenido ocasión de hablarles, no

solamente de sus proyectos, sino de sus esperanzas.

Les habia indicado las razones en que apoyaba la realizacion de sus planes, y su poderosa y elocuente voz habia conseguido despertar en el gastado corazon de aquellos hombres el sentimiento de la gloria, que es el que convierte á los hombres en héroes.

III.

Ya estaba todo dispuesto.

Las carabelas la *Santa María*, la *Pinta* y la *Niña* se balanceaban suavemente, mecidas por las ondas del mar y aguardaban á que los valerosos marinos se albergasen en ellas para emprender la marcha y llevarlos al triunfo.

Si para los que debian tomar parte en la expedicion, era aquel dia de júbilo y entusiasmo, para las esposas de los marinos, para los habitantes del pueblo que debian quedarse allí, era de tristeza y de luto.

IV.

Admirable era la fé que animaba á los marinos, pero ¿realizarian sus esperanzas?

¿No irian á entregarse á una muerte segura en medio de la soledad del Océano, en donde no pudieran escuchar en los momentos de la agonía las consoladoras palabras de la religion?

¿No podrian al cabo de algun tiempo las amantes

esposas convertirse en desgraciadas viudas, en tristes huérfanos, los adorados hijos?

V.

No habia más remedio.

El tiempo volaba, y se acercaba uno de los más gloriosos momentos de la historia del mundo.

Colon no habia ocultado, sin embargo, á los que debian acompañarle, los peligros que iban á correr.

Podian muy bien ser infundadas sus conjeturas, y de no serlo, era tambien posible que, al encontrar los países que buscaba, hallasen en su seno poderosos enemigos con los que tendrian que luchar brazo á brazo, y acaso perecer.

VI.

Pero cuanto más difícil presentaba su empresa, cuanto más arriesgada parecia á los ojos de aquellos hombres la aventurera expedicion que iban á emprender, mayor era el denuedo y el entusiasmo de su alma, porque en los pechos españoles, las dificultades, los obstáculos, soñ un poderoso incentivo, y desafiar el peligro es uno de los mayores goces de los que han nacido bajo el hermoso cielo de nuestra pátria.

Colon no habia ocultado á sus compañeros el generoso sentimiento que le impulsaba á llevar á cabo su empresa: la propagacion de la fé cristiana.

VII.

—Es necesario,—dijo á sus amigos,—que al confiar nuestra vida al proceloso mar, seguros del amparo de la Providencia, llevemos nuestras almas limpias de todo pecado.

Antes de partir oiremos todos una misa, y para oirla, habremos confesado y comulgado.

Para dar el ejemplo, al dia siguiente confesó con el prior de la Rábida.

VIII.

Aunque hacia mucho tiempo que no tenia noticias de su familia, sabia, sin embargo, que vivian dos hermanos suyos, Bartolomé y Diego, y á pesar de las vicisitudes porque habia pasado, no se habia borrado su recuerdo de su memoria.

Podia muy bien suceder que después de realizar sus propósitos, ó en lucha, ó por efecto de una enfermedad perdiese la vida, quedando á sus hijos, y sobre todo á Diego que era el mayor, el derecho que correspondia á su padre de los descubrimientos.

IX.

—Si la fortuna me favorece en mis deseos,—dijo á Fray Juan Perez de Marchena,—y al mismo tiempo la desgracia me priva de disfrutar el premio de mi

empresa, sed siempre un buen consejero para mi hijo; fomentad en su alma el cariño que yo he sembrado para su hermano, y sobre todo haced que no se olvide de sus tios, que no han de estar en buena posicion y necesitarán de su auxilio.

X.

Hechas estas recomendaciones, escribió varias cartas.

Una á Fray Pedro Antunez, otra al arzobispo de Toledo y otra á Santangel.

Terminada esta tarea, pasó la noche del dia 1.º de Agosto, conversando con el prior, con Martin Alonso Pinzon, y con el médico Fernandez.

XI.

—Bien sé,—les dijo,—cuál es el rumbo que debo tomar, y aunque de poca consistencia las embarcaciones de que puedo disponer, me agradan en extremo, porque la pequeñez de sus cascos es ventajosa en los viajes de exploracion, toda vez que, gracias á esta circunstancia, puedo con ellas acercarme á los rios y calar en los puertos más pequeños. Pero de cualquier modo, el viaje que voy á emprender está lleno de aventuras, y yo deseo no olvidar ningun dato, no desperdiciar ningun descubrimiento, para que los reyes, mis señores, puedan saber detalladamente todo lo que nos ha pasado.

—La idea es excelente,—dijo el superior del convento.

—Yo haria una memoria; pero aglomerando en ella los sucesos, no será tan fácil comprender las peripecias de nuestro viaje.

—¿Por qué no haceis un diario de vuestras impresiones?—dijo el médico Fernandez á Colon.

—Esa proposicion me parece oportuna.

—Apuntando todas las noches lo que veais durante el dia, lo que os suceda en el viaje, conseguis vuestro objeto.

—Repito que es una idea excelente, y he de ponerla en práctica.

XII.

Gracias á esta idea, aceptada de buen grado por Cristóbal Colon, conservamos hoy un diario detalladísimo de todas las impresiones del ilustre marino en su primero y célebre viaje, dándonos á conocer, no sólo los caracteres y los datos de los hombres que le acompañaban, sino los sentimientos y las ideas de Colon, y la descripcion completa de todo cuanto vieron sus ojos en aquella epopeya en la que verdaderamente desempeñó el papel de héroe.

XIII.

Serian las nueve de la noche.

Ya se habian retirado los amigos de Colon que ha-

bitaban en Palos y los monges se habían recogido, cuando un jóven, cubierto con un tabardo, llamó á las puertas del convento, y manifestó vivos deseos de ver á Colón.

XIV.

—¿Quién sois, hermano?—le dijo el lego portero del convento.

—Uno de los que deben acompañar á Colón en su viaje, y necesito verle porque tengo que comunicarle órdenes secretas.

El lego entró en la celda que ocupaba el marino, y le sorprendió porque estaba sentado sobre un sillón con la cabeza apoyada en las manos, meditando en la empresa que al día siguiente iba á empezar á acometer.

XV.

—¿Qué quereis, hermano portero?—dijo al lego.

—Acaba de llegar un jóven que desea hablaros.

—¿Quién es?

—No ha dicho su nombre.

—¿Y qué objeto le guía hasta aquí?

—Me ha indicado que es uno de los que deben acompañaros en la expedición, y que desea comunicaros órdenes secretas.

—¿Órdenes secretas? ¿De dónde? ¿Vos no le conocéis?

—No, y eso que conozco á casi todos los que deben acompañaros, porque son muy señalados todos, y yo soy buen fisonomista.

—Haced que pase.

El portero se retiró, y volvió á poco con el jóven que deseaba ver al ilustre marino.

XVI.

—¿Puedo saber,—dijo Colon al recien llegado,—cuál es el objeto de vuestra venida?

—Tengo que hablaros á solas,—dijo el jóven.

Y se desembozó, mostrando un rostro que á lo sumo representaba de diez y seis á diez y siete años.

Todavía no apuntaba el bozo sobre su lábio superior.

XVII.

Colon hizo una seña al portero para que le dejase solo con el recien llegado, y mostrando un taburete al jóven:

—Hablad,—le dijo.

—Vais á partir á un viaje muy largo. O un triunfo glorioso ó una muerte horrible, han de ser, por fuerza, el resultado de tan arriesgada empresa.

Yo soy jóven, huérfano; vivo desesperado, y he tomado un pretesto para acercarme á vos; he dicho que era uno de los que estaban alistados para seguirnos y que traia órdenes secretas que comunicaros.

Esto no ha sido más que un ardid para llegar á vuestra presencia, y una vez en ella os pido mil perdones por mi atrevimiento, y os suplico encarecidamente que me lleveis á vuestro lado.

—¿Sabeis lo que deseais, jóven,—dijo Colon, mirando con asombro á aquel niño que demostraba en su voz y en sus maneras la mayor sinceridad.

—Sí; sé que puedo á vuestro lado conquistar inmarcesible gloria para mi oscuro nombre, ó perecer con vos.

Sin recursos, sin amparo, con un corazón que comprende todo lo grande, todo lo generoso, he creído que hallaría compasión en vuestra alma, y por eso he venido.

—Yo admiro tanto ardimiento y una energía de carácter tan grande en un jóven como vos; pero no puedo aceptar vuestros servicios: es de todo punto imposible que me acompañeis.

—¡Oh! ¡por piedad! no me arrebatéis esta esperanza que me sostiene. Yo necesito á toda costa acompañaros.

—Reflexionad un instante acerca de los peligros que os exponéis á correr, y contentaos con que yo estreche vuestra mano, y despues de felicitaros por las nobles cualidades que revelan vuestras palabras, os despida, deseando hallaros á mi vuelta, para poder seros útil en algo.

XVIII.

Cuantos ruegos empleó el jóven para obtener

de Colon la gracia que esperaba, fueron inútiles.

—Pues bien,—dijo sin perder la esperanza,—yo confío en que cuando sepais el secreto que aquí me trae os apiadareis de mí. Miradme bien: no soy lo que parezco; soy una mujer desdichada que implora vuestra proteccion para que le ayudeis con ella á castigar al hombre infame que ha labrado mi eterna desventura.

XIX.

Inmenso fué el asombro de Colon al oír la inesperada declaracion de aquella mujer que con aquel disfraz se habia presentado á su vista.

—Explicaos,—dijo.

—Sí; yo estoy dispuesta á abrir mi corazon, á confiaros mi secreto, á revelaros mis desventuras. Oid: hace poco llegó al puerto de Palos un caballero de Sevilla, llamado D. Alonso Velez de Mendoza.

—En efecto, es uno de los que voluntariamente se prestan á seguirme.

—Ese hombre es un infame.

—¿Qué decís?

—Sí; un infame, porque infame es el hombre que abusando de la inocencia de una mujer que abre su corazon á la vida, arroja en su alma el veneno del desengaño y del olvido.

XX.

Mi padre era un honrado mercader de Sevilla. A

los pocos años de nacer yo murió mi madre, y el autor de mis dias se consagró á hacer mi felicidad. Nada me faltaba á su lado; todo me sonreía; podia considerarme como una de las mujeres más dichosas del mundo. Pero, ¡ay! conocí á ese hombre, tendióme una red con sus halagos, se apoderó por completo de mi corazon, yo fui débil, culpable. Faltando á mi deber y á la lealtad que debia á mi padre, le abrí una noche las puertas de mi casa, y en ella estaba, cuando sorprendido por el autor de mis dias, apagó la luz de la habitacion en que estábamos, y sacando su espada para defenderse, luchó con él y le mató en la lucha.

Todavía me parece escuchar la voz de mi anciano padre, maldiciéndome en su agonía.

—¿Y vuestro amante qué hizo?

XXI.

—Cogiéndome de una mano, me sacó de la habitacion en donde estábamos, me llevó á la calle y me condujo á una casa en donde habia una mujer ya vieja, que me recibió con una sonrisa diabólica.

—«Aquí estamos en salvo,—me dijo mi amante.— Te he robado la existencia de tu padre: yo te juro consagrarte la mia. La desgracia ha clavado mi acero en su corazon: yo seré para tí, á un mismo tiempo, padre y esposo. Quédate aquí; yo voy á huir, porque la justicia no tardará en averiguar que he sido el autor de ese crimen, y me perseguirá. Espérame: yo te ofrezco que dentro de un año vendré á buscarte, para

enlazarnos y cumplir la promesa que acabo de hacerte.»

Como si esto no fuera bastante, prestó un solemne juramento, y le vi partir con lágrimas en los ojos, pero consolé mi desventura con la esperanza de su vuelta.

XXII.

—¿Y volvió?

—¡Ah, si supiérais! Aquel miserable no solamente habia muerto á mi padre, no solamente me habia hecho desgraciada para toda la vida, sino que habia realizado un plan que sus interesadas miras le habian inspirado, y se proponia llevar á cabo algun tiempo despues de la desgraciada muerte del autor de mis dias.

La casa donde me habia llevado era de una mujer que comerciaba con el vicio.

En ella se daban cita los señores para encontrar mancebas, y aquella infame mujer tenia trato con los jóvenes más pervertidos de la ciudad, con el objeto de que les llevara á sus amadas, tanto para librarse de ellas despues de seducirlas, como para conseguir, por el precio que por aquella miserable accion la daban á aquella inicua mujer, el medio de sostener sus vicios.

—¡Qué horror! — exclamó Colon, — escuchando con interés y al mismo tiempo con indignacion, el relato de aquella pobre joven.

Hubo una breve pausa.

XXIII.

La jóven prosiguió despues de enjugar las lágrimas que asomaban á sus ojos.

—Cuando me dí cuenta del sitio donde estaba quise huir.

—«Es inútil que te resistas á mis deseos,—dijo la infame bruja;—has huido de la casa de tu padre en el momento en que acababa de morir asesinado.

»Eres cómplice de su muerte, y si sales de aquí, irás á parar á manos de la justicia, la cual, antes de hacerte pagar con tu vida la de tu padre, te sacará á la vergüenza, y serás el escarnio y el ludibrio de las gentes.»

XXIV.

Nada más cierto que lo que me auguraba la inicua cómplice de mi amante.

Y, sin embargo, yo estaba resuelta á morir antes que ceder á las infames proposiciones que me hacia.

Me sentí enferma, muy enferma, porque comprendí la realidad de mi posición.

No tuve valor para atentar á mi vida, pero sí para huir de aquella horrible guarida.

Aproveché un momento oportuno, y despues de averiguar que la puerta falsa de la casa daba al campo, burlando la vigilancia de mi guardadora, me es-

capé de su casa y pedí auxilio á unas gitanas que se albergaban en una cueva próxima.

Estas comprendieron la infame accion de que habia sido víctima, se interesaron por mí y prometieron ayudarme á realizar mi venganza.

XXV.

Ocupada con ellas en las labores del campo, no tardó en tostarse mi rostro, vestí su trage, procuré asimilarme en todo á ellas, y me atreví á ir en su compañía á la ciudad, para saber donde podria encontrar al infame seductor y tomar venganza de él.

Temeroso éste de que la justicia se apoderase de él, por haber dado muerte á mi padre, habia huido, y las gentes murmuraban que yo le habia acompañado.

—¿De modo que no pudisteis verle?

—No; era de todo punto imposible averiguar su paradero; pero necesitaba hallarle á toda costa, y cuando emprendieron unas gitanas un viaje por algunas de las poblaciones más importantes de España, les acompañé, encaminándome desde luego á la corte, que estaba en Valladolid.

Allí, una piadosa señora se compadeció de mi desgracia, comprendió que mi existencia ocultaba un poderoso secreto, y quiso protegerme.

Yo pagué sus bondades con una completa revelacion de mi historia, y separándome de los gitanos, á quienes acompañaba, me ofreció un asilo ignorado en su casa.

Allí he vivido algun tiempo; allí he devorado en silencio las lágrimas ardientes de mi corazón; allí, perdonad que os lo diga, he jurado vengarme de ese hombre que ha causado mi desventura para siempre.

XXVI.

—¿Y habeis sabido que estaba en Palos?

—Sí.

—¿De qué manera?

—Escuchando una conversacion en Córdoba, adonde llegué con mis protectores, un caballero sevillano pronunció los nombres de todos los que de aquella ciudad debian acompañaros en la expedicion; escuché el de mi verdugo, y disfrazándome con este traje, vine resuelta á pedir os que me lleváseis á vuestro lado, más que por otra cosa, por hallarme en su presencia, por expiarle, por aguardar el momento oportuno de hacerle sufrir todo lo que por él he padecido.

—¿Y os parece bien abrigar semejante pensamiento?

—¡Ah! soy muy desgraciada.

—La misma desgracia que sufrís debe inspiraros la piedad.

XXVII.

—¿Sabeis lo que es hacer creer á una mujer que se la adora, y abandonarla tan inicualemente como yo fui abandonada?

¿Sabeis lo que es recibir del hombre en quien se ha depositado toda la confianza, á quien se ha entregado todo el corazon recibir en pago el escarnio, el ludibrio?

¡Ah! no; esto no puede perdonarse nunca.

Ya veis que he tenido confianza en vos, que os he revelado mi secreto. Sed justo, ayudadme á castigar al inicuo que ni con la vida puede pagar la ofensa que me ha hecho.

El no me reconocerá: el tiempo y las lágrimas que han surcado por mis mejillas han cambiado mi fisonomía.

XXVIII.

—Pues bien, despues de haberos oido, — dijo Cclon,—con más motivo que nunca, os niego la gracia que me pedís, y me atrevo á suplicaros que desistais de vuestro empeño.

Es cierto que sois digna de compasion, que habeis sufrido mucho, que vuestro infame seductor merece ser castigado. Confiad su castigo á la Providencia: no sois vos quien debe hacérsele sufrir. Volveos al lado de vuestros protectores y aguardad en el retiro, en la soledad, en la espiacion, porque tambien vos habeis pecado, á que se cumplan los designios de la Providencia.

—¿Es decir que no teneis piedad de mí?

—Porque me inspirais lástima os doy este consejo.

—Bien está; adios para siempre.

XXIX.

—¿Vais resuelta á seguir mi consejo?

—Sí;—dijo la jóven distraida,—porque llenaba toda su mente un pensamiento que acababa de concebir.

—Tened presente,—dijo Colon,—que si hiciéseis algo para vengaros, sería inútil. Ese hombre á quien perseguís, por criminal que sea, se halla hoy bajo mi amparo, bajo mi proteccion, y sabré defenderle.

—No temais,—dijo la jóven,—con una calma siniestra.

—Aún haré más por vos,—dijo Colon;—no olvidaré el secreto que me habeis revelado, y yo os juro que si ese hombre tiene algun sentimiento generoso, os pagará algun dia la deuda que ha contraido con vos.

XXX.

La jóven quiso retirarse, pero Colon temeroso de que cometiese algun atentado, pidió al portero del convento que la aposentase en una de las celdas que habia siempre preparadas para los viajeros que tenian que hacer noche en el monasterio.

La jóven, sin descubrirse ante el lego portero, manifestó su gratitud á Colon, estrechando su mano, y partió.

XXXI.

—No le dejéis sólo,—dijo Colon al lego.

—No tenga cuidado vuestra merced. No partirá hasta que me deis orden para que le deje salir.

Y abriendo una de las celdas del piso bajo, dejó allí viajero.

XXXII.

Colon se había compadecido de aquella infeliz, y se había propuesto llamar al día siguiente muy temprano á D. Alonso Velez de Mendoza, para saber hasta qué punto era cierta la ofensa que le había inferido, y evocar en su alma los buenos sentimientos.

XXXIII.

Hízolo así en efecto, y D. Alonso Velez no tardó en hallarse en su presencia.

Sin decir nada á Fray Juan Perez de Marchena, preguntó Colon al lego portero si había salido el jóven del monasterio.

—Aún no; duerme en su celda, — contestó el lego.

XXXIV.

Y Colon quedó sólo en su aposento con el amante de Isabel Monteagudo, que así se llamaba la jóven que disfrazada había llegado á su presencia y le había revelado tan doloroso secreto.

Capítulo XLVI.

Perfidia y generosidad.

I.

Alonso Velez de Mendoza era un hombre de treinta y cuatro á treinta y seis años, y había llamado la atención de Colon, porque era uno de los que con más entusiasmo se habían prestado á seguirle.

Como había mucha gente de quien echar mano, al hacer el alistamiento no se habían preguntado antecedentes.

Así es que al lado de un hombre de bien iban á cruzar la inmensidad de los mares muchos, que sin aquella circunstancia, hubieran pasado su vida remando en las galeras, ó hubieran tenido que perecer de una manera afrentosa.

II.

Sin embargo, Alonso Velez de Mendoza habia parecido, desde el principio á Colon y á los Pinzones, un hombre superior á sus demas compañeros.

Su porte demostraba que habia nacido en el seno de una buena familia, y la amabilidad de su trato, la experiencia de las cosas de la vida que demostraba en sus palabras, los conocimientos generales que poseia, habian conseguido que los jefes de la expedicion le distinguieran desde el primer momento.

III.

Colon se habia fijado en él, pero no sabia su nombre.

Grande fué su asombro por lo tanto, al ver que despues de mandar buscar á Alonso Velez de Mendoza, se presentó á su vista aquel hombre que bajo tan favorables auspicios habia sido alistado.

—Razon de más para que yo logre mi objeto,— se dijo Colon.

Y haciéndole sentar:

IV.

—Van á sorprenderos mis palabras,— añadió;— pero la Providencia ha querido que yo conozca un doloroso secreto de vuestra vida, y como creo no ha-

berme equivocado al juzgaros, si antes de empezar el largo viaje puedo contribuir á que descargueis vuestra conciencia de un enorme peso, tendré una satisfaccion más que agradecer á Dios.

Este lenguaje sorprendió grandemente á Velez de Mendoza, pero ya era hombre ducho.

V.

Tenia bastante serenidad, y como su vida estaba llena de secretos, todos dolorosos, no pudo imaginar á qué aludia su jefe, y mostrando extrañeza:

—No sé qué quereis decir,—exclamó.

—¿Vuestra conciencia está tranquila?

—Si he de deciros la verdad, no mucho. Desgracias de mi vida me han obligado á no portarme siempre como hubiera querido.

—Pláceme esa franqueza, porque me prueba que no es exajerada la opinion que he formado de vos. Esto me anima á deciros el secreto á que me refiero, para pedir os despues que cumplais un deber.

—Hablad, señor, hablad,—dijo Mendoza.

Apenas pronunció Colon el nombre de la jóven:

VI.

—No prosigais,—interrumpió el taimado Alonso Velez,—esa es una de las páginas más tristes de mi vida.

Si habeis conocido á esa mujer, si os ha hablado

de mi, me habrá presentado á vuestros ojos como el hombre más infame del mundo. Las apariencias me condenan; las apariencias justifican su rencor; pero no me juzgueis sin oirme.

Yo amaba á esa mujer; la amo aún, y creedme, que si he tomado la resolución de embarcarme con vos, dispuesto á sucumbir el primero, es porque su recuerdo me persigue, porque va á volverme loco, porque estoy seguro que si llegamos á encontrarnos en el mundo, tendría más valor para atentar á mi vida, que para oír sus quejas.

VII.

—¿Cómo podeis explicar entónces vuestra conducta?

—La fatalidad es la causa de todo.

Resuelto á ser su esposo, aguardaba á ganar un pleito que tenia pendiente mi familia para darla mi mano, cuando una noche entré en su casa.

A poco nos sorprendió su padre. Creyó mancillada su honra, y sacó su espada.

Yo, para defenderme, saqué la mia; quise parar los golpes de su airado enojo, y la fatalidad quiso que con mi espada le atravesase.

VIII.

Necesitando huir de Sevilla para que la justicia no se apoderase de mí, la deposité en una casa con ánimo

de volver inmediatamente por ella, después de haberme proporcionado los recursos necesarios para emprender un largo viaje.

Pero no bien llegué á mi casa, la justicia, que me espiaba, quiso prenderme, saqué de nuevo la espada para defenderme, é hice frente al Santo Oficio.

La noche estaba oscura y pude evadirme; pero me ví obligado á partir inmediatamente, y cuando dos dias después volví á buscarla, á su vez había huido.

IX.

Entonces fué cuando supe que la infame mujer á quien la había confiado, había tratado de abusar de su triste posición.

¿Qué hacer entonces? Perseguido, sin recursos, sin saber donde hallarla, no tuve más remedio que pasarme al campo de los moros, en donde fui aprisionado, cargado de cadenas y considerado como cautivo.

En un calabozo de la ciudad de Málaga estuve, hasta que los reyes, mis augustos amos, apoderándose de la ciudad, libertaron á los cautivos.

Desde entonces, indultado por la real munificencia, no he hecho mas que buscar á Isabel para reparar mi falta.

No la he hallado; pero cuantas personas la conocen y la han visto, saben que me odia á muerte, y sólo anhela mi esterminio.

Yo hubiera arrostrado su furor; pero en la seguridad de que no ha de perdonarme, he preferido ve-

nir aquí, partir en vuestra compañía, ganar honra y provecho á vuestro lado, para volver á buscarla, implorar su perdon, y hacerla la más feliz de las mujeres, ó perécer en vuestra compañía, y llevar á la tumba este recuerdo doloroso que me mortifica.

X.

—¿Es sincero vuestro arrepentimiento?

—Podeis creerlo, porque os hablo como si estuviera en el último instante de mi vida.

Soy pobre, muy pobre; he perdido toda mi fortuna; no podria ofrecer hoy á esa desventurada mujer mas que una existencia trabajosa, llena de penalidades. Por eso quiero ir con vos, por eso os pido, que si algo os interesan mis desdichas, no me abandoneis en la hora del triunfo, ni me impidais ser el primero en el combate, si fuere necesario pelear, para borrar con mi muerte el ódio que inspiro, ó para obtener con mis merecimientos los medios de enjugar lágrimas, que aunque se vierten por causa mia, me duelen más que si salieran de mis propios ojos.

XI.

Hablaba Alonso Velez con tal contricion, con tal acento de sinceridad, que Colon le creyó de buena fé, y revelándole que se hallaba en el monasterio disfrazada Isabel Monteagudo, le exhortó á que se reconciliaran.

Alonso Velez manifestó una inmensa gratitud hácia Colon por la proposicion que acababa de hacerle, y poniéndose bajo su amparo, ofreció seguir al pié de la letra todos sus consejos.

XII.

Colon llamó al superior del convento, le informó de lo que pasaba, y resuelto como él á llevar á cabo aquella reconciliacion, en tanto que Alonso Velez, á instancia suya, confesaba y comulgaba en el monasterio, Fray Juan Perez de Marchena y Colon buscaron á Isabel y la refirieron lo que acababa de decirles Alonso Velez, y lograron calmar su indignacion, predisponiéndola á la piedad.

XIII.

Cerca del monasterio habia una casa de labor donde vivia una anciana.

En aquella casa, por recomendacion del prior, fué recibida Isabel, cambió el traje que llevaba por el de su propio sexo, y aquella misma mañana, en una capilla del monasterio, con el mayor secreto, se verificó la reconciliacion y el casamiento de Alonso Velez é Isabel Monteagudo.

XIV.

Después de oír con benevolencia las explicaciones

de su antiguo amante, se despidieron, é Isabel volvió al lado de la señora que la protejia, para aguardar la vuelta del que ya era su esposo.

La despedida fué tierna, cariñosa.

Isabel creia en la lealtad de Alonso.

XV.

Alonso, sin embargo, no habia hecho más que doblegarse á las circunstancias, pronunciando un juramento que no pensaba acatar, y aprovechar aquella coyuntura para alcanzar el favor de Colon y obtener á su lado las ventajas que le prometia su privanza con el almirante.

Pero se guardó muy bien de dejar traslucir estos malvados propósitos, y fingió hasta el último momento una contricion que contribuyó á aumentar el aprecio que ya le tenia Colon, porque consideraba su resolucion como el primer paso que daba por la senda que se habia propuesto emprender, animado por la más pura fé cristiana.

XII.

Antes de despedirse de Colon, Isabel le ofreció pagarle aquella deuda de gratitud, y partió al lado de su ama, que era la marquesa de Moya, á quien ya conocemos, y á quien más tarde volveremos á ver en escena.

XVII.

El tiempo volaba con rapidez para los habitantes de Palos, que se veían próximos á separarse de sus deudos y amigos.

Pero con lentitud para Colon que anhelaba darse á la vela y realizar el propósito de toda su vida.

XVIII.

Al fin amaneció el día 3 de Agosto.

Las carabelas estaban armadas y pertrechadas, y aguardaban en el puerto el momento de recibir á los que debían albergar para cruzar las inmensidades del Océano.

XIX.

Aquel día era al mismo tiempo un día de luto y de alegría para el puerto de Palos.

Formados en la playa los ciento veinte hombres que debían tomar parte en la expedición, se despedían de sus amigos y parientes, y las lágrimas y las frases de dolor se confundían con las carcajadas y los chistes de los que, no teniendo nadie que se interesase por ellos y nada que perder, encontraban en la expedición algo que iba á alterar la monotonía de su vida ociosa.

XX.

Las campanas de la iglesia de San Jorge resonaron en el espacio.

El prior de la Rábida iba á decir la misa para los viajeros, y á bendecirles ántes de partir.

Colon, con todo su Estado Mayor, compuesto de los Pinzones, de los pilotos y de los funcionarios que debian acompañarle, llegó hasta el átrio de la iglesia por medio de dos filas de personas que le miraban con admiracion, pero con tristeza.

XXI.

Los marineros, sus familias y los demás habitantes del pueblo penetraron en el templo, asistiendo con el mayor recogimiento á la ceremonia religiosa.

Terminada la misa, el prior de la Rábida, con todo el clero, se dirigió á la playa, y seguido de los navegantes y de la muchedumbre, bendijo solemnemente las carabelas.

XXII.

Comenzó, pues, el embarque, dirigiéndose Martin Alonso Pinzon á la *Pinta*, su hermano Francisco Martin á la *Niña*, y Colon, después de estrechar en sus brazos al prior de la Rábida y á los monges, á quienes tantas pruebas de adhesion y cariño debia, se embarcó en la *Santa María*, con el alguacil Diego de

Arana, el notario real Rodrigo de Escobar, y Alonso Velez de Mendoza que, desempeñando su papel, manifestó deseos de estar siempre á su lado para ser su más leal y adicto servidor.

XXIII.

Las campanas tocaron á vuelo.

Las carabelas, siguiendo á la embarcacion del almirante, tomaron rumbo y fueron perdiéndose poco á poco de la vista de los habitantes de Palos, que entre admirados y afligidos, pronunciaban una oracion por el alma de aquellos hombres que en su concepto, iban á buscar una muerte segura.

XXIV.

El prior de la Rábida, profundamente conmovido porque sentia separarse de aquel hombre á quien tanto estimaba, volvió silenciosamente al convento acompañado de sus monges.

Poco después de su llegada resonó bajo las bóvedas del templo el cántico que, acompañado del órgano, elevaban á Dios aquellos santos varones, pidiéndole que se apiadara de los navegantes, y los condujese á la realizacion de sus proyectos.

XXV.

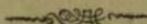
No tardaremos en hallar al ilustre Colon y á sus



CRISTÓBAL COLON—... se despide de su noble amigo
antes de ir á embarcarse á Palos.

compañeros de viaje para asistir día por día y hora por hora á todos los acontecimientos de aquella gran epopeya

Pero ántes es preciso que volvamos nuestros ojos á la córte de España, y veamos cómo quedaba y cuál era la suerte que en ella esperaba á Diego Colon, en los momentos en que su padre partía para conquistar el Nuevo-Mundo.



Capítulo XLVII.

El page del infante.

I.

Los reyes, despues de haber vivido hasta fines de mayo en Granada y en Santa Fé, se trasladaron á Castilla y desde allí á Aragon, precisamente en los momentos en que Colon se daba á la vela.

Su ánimo al ir allí, era arreglar el gobierno interior de aquel reino y concluir las negociaciones pendientes con Francia para que les devolviesen el Rosellon y la Cerdeña, cuyas provincias habia empeñado á aquella nacion el padre de D. Fernando.

II.

Diego Colon no llegó á ver á los reyes hasta Zaragoza, porque habia cumplido las órdenes de su pa-

dre, y acompañado de Matías Sampayo, habia permanecido algunos dias en Baeza.

Fernando tenia entónces cuatro años, y Diego, despues de estrecharle entre sus brazos con verdadera efusion, se prometió ser para él un cariñoso hermano.

III.

Inés y Beltran le pidieron nuevas de su padre, y Diego les contó todo lo que habia sido de él desde el momento en que se habia separado de ellos.

Pasó en Baeza cuatro dias, y antes de separarse de Beltran le suplicó que le enviase á la córte nuevas de su hermano.

IV.

—¿Luego sabeis ese secreto?—le preguntó el marido de Inés.

—Lo sé todo; mi buen padre ha creído que podia confiármele, y ha hecho muy bien. ¡Dios conserve su vida muchos años! Pero si, como Dios no permita, nos hubiéramos despedido para siempre, Fernando, que pasa á los ojos de todo el mundo como hijo vuestro, tendrá siempre en mí un hermano.

V.

En Córdoba visitó á Fray Pedro Antunez, y allí se despidió del bueno de Matías, porque le aguardaba el arzobispo de Toledo para llevarle en su compañía

á Zaragoza, en donde á la sazón se hallaban los reyes.

Diego, que amaba á su padre, se mostró agradecido con Fray Pedro Antunez, que tantos favores habia dispensado al autor de sus dias.

VI.

Su franca fisonomía, su bizarro porte, las bellas prendas que revelaba en su persona, eran augurio de que encontraria en el porvenir menos desengaños de los que habia recibido su padre.

Naturalmente despejado, habia aprovechado las lecciones que le habian dado en el convento de la Rábida los monges; estaba muy arraigado en su alma el sentimiento religioso, y en la primera conversacion se captó las simpatías del arzobispo de Toledo.

VII.

Pocos dias despues de su llegada á Córdoba, emprendió en su compañía el viaje, y llegó á mediados de agosto á Zaragoza.

El dia 8 del mismo mes habian entrado los reyes Fernando y doña Isabel en la ciudad, acompañados del príncipe, de los infantes y de una brillante comitiva de nobles castellanos.

VIII.

Era tal el ascendiente que tenian sobre sus vasa-

llos aquellos personajes, que fueron recibidos con el más vehemente entusiasmo.

Era natural que así sucediese, porque la nacion entera veia en sus ilustres monarcas un término de la heroica constancia con que habian librado á España del ominoso imperio de los árabes, y la piedad estaba tan arraigada en las almas, que era muy lógica la alegría que todo el mundo experimentaba al verlos.

IX.

Diego Colon fué presentado á los reyes por el arzobispo de Toledo, y á pesar de su natural timidez, contestó á las benévolas frases de los monarcas, manifestando su gratitud por los favores que habian dispensado á su padre, por la merced que le habian otorgado concediéndole la alta honra de ser uno de los servidores del príncipe D. Juan.

X.

—Sois digno hijo de vuestro padre,—exclamó la reina,—y al nombraros page de mi muy amado hijo, he tenido presente la lealtad del autor de vuestros dias. Si sois leal como él, vuestro porvenir está asegurado y mi mayor satisfaccion será contribuir á colmar de ventura vuestra vida.

XI.

Diego manifestó de nuevo la gratitud que experi-

mentaba su alma por tantas bondades, y pronunció un solmemne juramento.

—Juro consagrar mi vida á vuestras majestades y á sus augustos hijos,—exclamó.

No debia tardar en cumplir su promesa.

XII.

Inmediatamente tomó posesion del cargo con que le habian honrado sus majestades.

La córte no tardó en trasladarse á Cataluña, y allí ocurrió un suceso digno de mencionarse, no sólo por desempeñar en él uno de los principales papeles el rey D. Fernando, sino porque dió ocasion á que el hijo del ilustre marino pudiera acreditar á los reyes su lealtad y su deseo de mostrarles su gratitud.

XIII.

El dia 7 de Octubre de 1592, acatando una antigua costumbre del principado de Cataluña, se dispuso el rey á presidir los tribunales de justicia, para ver y fallar los pleitos de los pobres.

El rey salió temprano de Palacio, y se encaminó al salon de audiencia en donde tomó asiento, y permanecié más de una hora oyendo á unos y á otros, y haciendo á todos justicia.

XIV.

Miéntas esto pasaba, un hombre como de sesenta

años, alto, delgado, con todo el aspecto de un campesino ó *payés*, como los llaman en Cataluña, después de haber dado algunos paseos por delante del edificio en donde estaba el rey, aprovechó un momento en el que no le observaban, y subiendo las escaleras de mármol que conducian á una meseta, empujó una puerta, y se internó en una habitacion completamente solitaria.

XV.

Muchos de los curiosos que ocupaban la plaza, habian reparado en él, y le habian hecho objeto de su conversacion.

—¿Qué vendrá á buscar ese tagarote?

—Parece un montañés; no le habrán hecho justicia en su pueblo, y viene aquí, sin duda, á ver si es más afortunado.

—Miradle, miradle, como mueve los ojos.

—Si es vizco.

—No siempre; ved ahora como mira derecho.

—Y ya debe pasar de los sesenta.

—¿Para qué pleiteará? A esa edad más le valdria ponerse bien con Dios.

—Por lo visto le tiene en su poder el diablo.

—¿Qué á prisa se pasea ahora!

—¿Cómo mueve los brazos!

—¿Si está hablando sólo!

—Por eso no debe tener el juicio sano.

XVI.

Estas y otras exclamaciones parecidas salían de los grupos que formaban los curiosos en la plaza del palacio de las audiencias.

Tal vez cansados de mirarle, fijaron su vista en otros objetos, y cuando quisieron recordar, había desaparecido el anciano.

XVII.

La plaza continuaba llenándose de gente, porque había corrido la voz de que el monarca estaba fallando pleitos, y querían al salir tener ocasión de verle.

D. Fernando había ido acompañado de algunos personajes de la corte, y Diego, que experimentaba el deseo de recibir impresiones nuevas, pidió permiso para formar parte de la comitiva, y obtuvo esta gracia.

Era, pues, uno de los que formaban parte del séquito del rey.

XVIII.

D. Fernando dió por terminadas las audiencias al sonar las Ave Marías, y antes de partir, quiso entrar en la capilla para rezar, como era costumbre en aquellos tiempos, cuando las campanas de la iglesia recordaban á los fieles que era la hora de rezar la plegaria.

XIX.

Seguido de los cortesanos, de Diego y de algunos pajes, penetró en la capilla sin reparar que en uno de los rincones más oscuros del templo habia un hombre oculto, que desde el momento que llegó el rey, no le perdió de vista un sólo instante.

Oró el rey con los suyos, despues se levantó, y satisfecho porque habia tenido ocasion de ejercitar aquel dia la más preciosa prerogativa de los reyes, se dispuso á partir.

XX.

El anciano que estaba en el rincon del templo, que no era otro que el que habia llamado la atención de los curiosos en la plaza, salió antes que la comitiva y se colocó á la puerta, mirando á todas partes, con el temor de ser sorprendido.

El rey salió el primero, y no habia dado dos pasos, cuando el anciano, sacando de debajo del capotillo un afilado puñal, asestó á D. Fernando una puñalada en las espaldas.

XXI.

—¡Virgen María, amparadme! ¡Traicion, traicion!—exclamó el rey.

Una segunda puñalada hubiera puesto termino á

sus dias si la vigorosa mano de un jóven no hubiera sujetado el brazo del asesino.

Aquel jóven era Diego Colon.

XXII.

El primer golpe del malvado produjo al rey una herida profunda y de consideracion; y de seguro le hubiera causado la muerte sino hubiera tropezado la punta del puñal en una cadena ó collar de oro que llevaba el rey al cuello.

Inmediatamente los que le acompañaban, desvainando las dagas, se lanzaron sobre el asesino.

XXIII.

Pero el rey, que no tardó en recuperar su sangre fria, ordenó que se limitaran á prenderle, para averiguar quiénes eran los verdaderos autores de la conspiracion que contra él acababa de estallar.

Así se hizo, en efecto, y Diego, que habia sido el que se habia apoderado de su brazo, fué el encargado de entregarle á los guardias que debian llevarle á la prision.

XXIV.

Los cortesanos acudieron en auxilio del rey, y como la pérdida de la sangre le habia debilitado, fué conducido á su real aposento.

Pero la noticia de este acontecimiento cundió rá-

pidamente por la ciudad, y todos los habitantes en masa, llenos de consternacion al informarse de la inicua emboscada de que habia sido víctima el rey, indignados porque aquello parecia un borron que querian arrojar sobre el honor y la buena fé de los catalanes, se agruparon en torno del palacio, y como ya hacia tiempo que se habian extinguido antiguas animosidades, cercaron el palacio con las más vivas muestras de su afecto, lamentaron el horrible atentado, y pidieron desahogadamente que se les entregase el asesino para desahogar sobre él su indignacion.

XXV.

Lo más extraño fué, que en el momento en que el rey cayó herido, resonó en la ciudad la famosa campana de la Velilla, campana cuyos milagrosos toques anunciaban siempre á la monarquía algun desastre.

Esto probaba que el atentado contra el rey era el resultado de una conspiracion que podia tener grandes ramificaciones, y la reina, que á pesar de su dolor cobró bastante serenidad, dió orden inmediatamente para que se tuviese pronta en el puerto una galera, con el fin de libertar á sus hijos, si, como temia, se habian propuesto los conspiradores hacer nuevas víctimas en la real familia.

XXVI.

Pero no tardó en convencerse de que el pueblo catalán era leal y adicto á su persona.

El entusiasmo con que aclamaban á sus monarcas, la indignacion de que se hallaban poseidos aquellos vasallos, los vítores que resonaban, confundíendose con los ayes de tristeza que exhalaban los pechos por tan honda desgracia, tranquilizaron á la reina.

XXVII.

El rey, herido y todo como estaba, quiso que le llevasen á uno de los balcones de palacio para que le viera el pueblo, para que se convenciera de que no habia muerto; pero sus médicos se lo impidieron, y la reina tuvo que presentarse á manifestar á la muchedumbre que la Providencia habia velado por su esposo.

XXVIII.

Enterada de lo que habia sucedido, cuando supo lo que Diego Colon habia hecho, le dió á besar su real mano, expresándole su gratitud, y le prometió no olvidar nunca aquella prueba de su adhesion, que no habia sido mas que el cumplimiento de su promesa.

XXIX.

Al pronto no se juzgó peligrosa la herida del rey.

Pero fueron presentándose síntomas alarmantes.

Se vió que estaba fracturado un hueso, parte del cual fué necesario que le extrajeran los cirujanos, y la situacion en que se halló el monarca al sétimo dia, fué en extremo crítica.

La reina, durante este tiempo, no se apartó un instante del lecho de su esposo, y por su propia mano le dió las medicinas que recetaron los médicos.

XXX.

La consternacion, no sólo de los servidores de los reyes, sino de todos los habitantes de la ciudad, era inmensa.

Diego no salia de la antecámara del rey, y en ella tuvo ocasion de hablar á una jóven enlutada, que acompañada de una dueña, con las lágrimas en los ojos, iba todos los dias á informarse de la situacion del monarca.

XXXI.

Aquella jóven, segun dió á entender la dueña, debia un gran beneficio al rey, y era en extremo desgraciada.

Podria tener entónces unos diez y ocho años, y sus negros y radiantes ojos resplandecian sobre el blanco mate de su rostro.

Larga era su cabellera, y sus finas, correctas y distinguidas maneras, revelaban que aunque vivia en

una posición modesta—á juzgar por su traje—pertenecía á una ilustre familia.

XXXII.

Impresionado por su belleza Diego, guardaba la imágen de la jóven en su corazón, y comenzó á consagrarla en su alma un asiduo y fervoroso culto.

Desde luego adivinó en su rostro que ocultaba en su corazón un secreto doloroso, y creyó que sólo era interés el sentimiento que le inspiraba.

Era algo más, porque era amor.

El primer amor de Diego.

XXXIII.

Llamábase la jóven María de Alvarado.

Esto fué lo único que pudo saber, y sirvió mucho á su afán, porque cuando el rey comenzó á mejorar; la jóven desapareció, y en algún tiempo no volvió Diego á verla.

XXXIV.

En efecto; la mejoría del rey no tardó en dejarse sentir, su excelente complexión le ayudó en su convalecencia, y al cabo de tres semanas pudo presentarse á sus leales vasallos, los cuales le acogieron con el mayor júbilo, dando gracias á Dios en los templos por haberle salvado la vida, y cumpliendo los votos que habían hecho.

XXXV.

Grandioso era ver á muchos catalanes trepar con los piés desnudos y hasta de rodillas por las ásperas sierras que rodean la ciudad.

Al hacer esto cumplian los votos que habian prometido, y mostraban cuán grande, cuán sublime era á sus ojos la vida del monarca.

XXXVI.

Aunque fué grande tambien la felicidad que experimentó Diego al ver restablecido al rey, no pudo ménos de notarse en su rostro una profunda tristeza.

Cuando no estaba de servicio, salia á pasear por la campiña, frecuentaba la playa, y permanecia horas enteras contemplando la inmensidad de los mares.

En una palabra, todo cuanto hacia demostraba que tenia herido su corazon.

XXXVII.

La verdadera causa de su estado no era otra que haber perdido de vista para siempre, segun pensaba, aquella jóven que tan profunda impresion habia causado en su alma.

Mientras que el jóven sufría de este modo y los nobles catalanes se entregaban al júbilo, los tribunales juzgaron al asesino, y pudieron convencerse de

que no sólo no habia sido su acto consecuencia de una conspiracion, sino de que no era más que un pobre loco, puesto que á las preguntas que se le habian dirigido, habia contestado siempre diciendo:

XXXVIII.

—Soy el legítimo propietario de la corona. Hace ya muchos años que la estoy esperando. D. Fernando no acababa de morir nunca para que viniese á mis manos: por eso he querido matarle.

El demente añadió, sin duda porque comprendia el castigo que le aguardaba:

—Si me ponen en libertad, juro renunciar á todos mis derechos.

XXXIX.

Los reyes, convencidos de su lamentable estado, quisieron perdonarle.

Pero los catalanes, indignados por el padron de infamia que semejante crimen parecia arrojar sobre su buen nombre, creyeron que el reo debia expiar su delito, y considerado como traidor, fué condenado á la pena con que se castigaba este crimen.

XL.

El castigo era atroz.

A la muerte debian preceder atroces martirios, y

ya que no el perdon porque los vasallos sofocaban la piedad de los reyes, le dispensaron los tormentos preliminares, limitándose á ahorcarle.

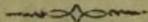
XLI.

Algun tiempo después se olvidó por completo este suceso, y los reyes, sus vasallos y toda España se entregaron al júbilo al tener noticias del éxito que habia alcanzado la expedicion de Colon.

Pero no nos anticipemos á los sucesos.

XLII.

Vamos á conocer la vida íntima de Diego Colon, mientras su padre viajaba á la conquista del Nuevo-Mundo, para acompañar después al intrépido marino y sus compañeros, y seguirles á través de la inmensidad del Océano.



Capítulo XLVIII.

La pobre huérfana.

I.

María de Alvarado habia sentido hácia Diego el mismo afecto, el mismo interés que le habia inspirado.

¡Misterios de la Providencia!

Aquella pobre niña que sentia despertarse en su alma el primer latido del amor, un vehemente deseo de consagrarse á hacer la felicidad de aquel jóven que hallaba en su camino y á quien no conocia, era precisamente hija bastarda de un noble y de una mujer que, elevada por su amante á una posicion importante en la córte, habia con ella contribuido en los primeros tiempos de la estancia de Colon en Córdoba, á destruir sus planes y desvanecer sus esperanzas.

II.

Mis lectores no han olvidado que al presentarse Colon por la primera vez á Fray Fernando de Talavera, por recomendacion del prior de la Rábida, se hallaban en su mesa varios hidalgos, entre los cuales, por su insolente lenguaje, se distinguió á sus ojos el conde de Almagros.

Más tarde, queriendo llevar á cabo una intriga palaciega, procuró alejar del lado de la reina á Beatriz Enriquez de Córdoba, y lo consiguió, en efecto, sucediéndole allí doña Catalina de Alvarado.

III.

Esta mujer, cuyos lazos secretos con el conde se ignoraban en la córte, habia nacido en una familia de pecheros en la ciudad de Marchena.

Allí la habia conocido el conde de Almagros, se habia prendado de su hermosura, la habia seducido, y en su compañía, aunque secretamente, se la llevó á Córdoba, porque aquella mujer, dotada de una gran penetracion y de una habilidad y un talento sobrenaturales para fascinar, se habia apoderado por completo de él hasta el punto de subyugarle.

IV.

De sus amores habia nacido una niña que, á es-

pensas del conde de Almagros, se habia criado en la soledad en compañía de una dueña, que era la que todavía estaba á su cuidado, é iba con ella á la córte á informarse de la salud del rey.

V.

María se crió en una humilde y apartada casa de Sevilla, y doña Catalina, protegida ocultamente por el conde de Almagros, logró una buena acogida entre la nobleza de Córdoba, gracias á lo cual, con la habilidad de ella y la influencia de su amante, pudo llegar hasta el puesto de camarista de la reina.

VI.

Pero como quien á hierro mata á hierro muere, al verla en el apogeo fué envidiada, y sufrió los golpes de la envidia, cuyas armas poderosas habia ella á su vez esgrimido contra Beatriz Enriquez de Córdoba.

Los ociosos comenzaron á preguntarse su origen; no faltaron indiscretos que averiguaron la verdad, y doña Catalina, que no podia luchar contra la enemistad que se habia adquirido, prefirió abandonar, no sólo á su hija, sino á su amante, y dejándose hacer la córte por el hidalgo portugués que habia traído á España la mision secreta de hacer proposiciones á Colon, al retirarse, desahuciado, el enviado de D: Juan II, fué con él á Lisboa.

VII.
X

Esta determinacion causó mucha pena al conde de Almagros, que amaba de veras á doña Catalina, y profundamente desengañado y herido; no sólo en su amor propio, sino en sus sentimientos más íntimos, aquel hombre que parte tan activa tomaba en las intrigas de la corte, celebró una entrevista con el rey, le hizo una misteriosa confianza, y desapareció de la corte.

VIII.

Su hija, su pobre Maria, acababa de cumplir quince años, y fué á su lado á buscar en su amor el consuelo á la desdicha que habia causado en él la desaparicion de su amada.

La pobre niña, que sólo usaba el nombre de su madre, oyó de los labios del autor de sus dias la triste revelacion de su origen, y agradeció con todo su corazon aquella confianza á su padre.

IX.

Una pena intensa se apoderó de su alma.

¿Cómo su madre habia tenido valor para abandonarla?

A pesar de su escasa edad, y del poco conocimiento del mundo, no podia acostumbrarse á aquella vida.

Su madre no la amaba; por el contrario, la aborrecia.

Solo aborreciéndola podia dejarla en tan completo abandono.

XIV
X.

Un dia recibió el conde de Almagros una orden.

Era del rey.

Al dia siguiente se despidió de su hija y partió al cerco de Granada, adonde le llamaba su soberano.

Llegó en uno de los momentos más culminantes de la pelea.

XI.

Tenia grandes deberes que cumplir, y á la cabeza de un puñado de valientes acometió á los árabes.

Poco despues le llevaron mortalmente herido á la presencia del rey.

—Muero, señor, por vos, por mi patria, por la religion de mis mayores, dijo el conde de Almagros con voz desfallecida; no olvidéis mi secreto.

XII.

El rey no lo olvidó.

En medio de la alegría que proporcionó el triunfo á su alma al clavar en las murallas de Granada la Santa Cruz, no olvidó que uno de sus valientes servidores le habia recordado una deuda en los momentos en que espiraba.

Cuando la córte fué á S. villa, una noche un caballero embozado con un tabardo hasta los ojos, y se-

guido de un escudero, llamó á la puerta de una casa de pobre aspecto, situada en uno de los extremos de Sevilla.

XIII.

—Cuando una anciana se asomó á una reja para preguntar quien era:

—Vengo á daros noticias del conde de Almagros,— contestó el desconocido.

Inmediatamente se abrió la puerta, el caballero entró, y el page se quedó esperando en el dintel.

XIV.

Sus ojos admiraron la belleza de una jóven que, con la mayor ansiedad, se aprestaba á saber las noticias que le traían de su padre.

El desconocido se desembozó, y no tardó en dejar adivinar las tristes nuevas que llevaba.

XV.

—Buen caballero, hablad,—dijo la jóven;—decidme que no es verdad el presagio de mi alma.

—Desgraciadamente lo es,—contestó el caballero.

—¿Ha muerto el conde de Almagros?

—Ha muerto, luchando como bueno, por la religion y por su rey.

La pobre niña sintió que sus ojos se inundaron de lágrimas, y no pudiendo sostenerse, se apoyó sobre los brazos que le tendió la dueña.

Después de una breve pausa:

—El conde de Almagros,—dijo el desconocido,—era mi mejor amigo, no tenía ningún secreto para mí: sé que sois su hija.

Desgraciadamente no ha bendecido el cielo su union con vuestra madre; la muerte le ha cogido de improviso y nada ha podido hacer por vuestro porvenir.

Pero, tranquilizaos, nada os faltará: si quereis ocupar un puesto en la corte, venid á ella; si preferis permanecer en la soledad para llorar á vuestro padre, para devorar en secreto vuestras amarguras, la Providencia se apiadará de vos, porque ella, desde luégo, me enviará aquí á ofrecer os toda mi proteccion, que es mucha.

—Gracias, caballero, gracias,—dijo la jóven sollozando aún.—Poco me importa la pobreza.

Si algo siento en el mundo, es haber perdido á mi bondadoso padre que me habia hecho tan feliz al venir á buscarme, como desgraciada habia sido ántes léjos de él.

Pero vos que os interesais tanto por mí, no me direis vuestro nombre para poder agradecer os eternamente tanta bondad?

—Solo si me haceis una promesa os complaceré. Es necesario que nadie sepa nunca que yo he venido á veros.

— ¡Oh! nadie lo sabrá.

— Lo mismo os digo á vos, dueña, —exclamó dirigiéndose á la dueña que cuidaba de Maria;— si estimais vuestra vida, si aspirais á que os alcancen mis favores, os exijo el mayor secreto.

Yo soy el rey, —añadió al mismo tiempo que se postraban las dos mujeres para besar su mano.

— Levantad, levantad, y vos, Maria, tomad este anillo que yo regalé á vuestro padre. No os faltará nada, porque yo daré las órdenes á mi tesorero particular para que os suministre lo que necesiteis.

Sois huérfana: yo seré para vos un padre. Seguidme siempre para que yo pueda estar cerca de vos en los momentos en que necesiteis de mi auxilio. Sólo volveremos á vernos cuando lo deseéis, y para ello bastará que me presenteis el anillo que os acabo de dar.

No habló más D. Fernando.

Volvió á embozarse en su tabardo, y sin decir una palabra al escudero que aguardaba á la puerta, partió con él, y entró en el alcázar por una puerta secreta.

XVII.

Desde aquella noche juró Maria agradecer eternamente aquella muestra de la bondad del soberano, y vestir luto hasta que la felicidad volviera á su corazón.

Obedeciéndolas órdenes del rey, cuando la corte partió de Sevilla, con los recursos que á doña Irene,

que este era el nombre de la dueña, había proporcionado misteriosamente Luis de Santangel, la siguieron y gracias á esto, pudo Maria hallarse en Barcelona, cuando fué víctima del atentado del loco, el rey.

XVIII.

El sentimiento que le inspiraba su triste estado, la llevó á palacio á informarse de la salud del monarca.

Aquella noble acción debía ser premiada, y sin duda por eso despertó un amor tan vehemente en el corazón de aquel hombre que por sus cualidades, era digno de ella.

XIX.

Pasaron muchos dias sin que los dos se vieran, pero no sin que dejasen de pensar el uno en el otro.

Ella habia perdido ya la esperanza de hallarle.

El tenia más fé.

Cuando el rey estuvo bueno se dispuso una solemne fiesta en accion de gracias al Altísimo, que debía celebrarse en la catedral.

XX.

Diego presintió que hallaria en el templo á la jóven. Ella tambien tuvo el mismo presentimiento; pero no sólo impulsada por él, sino por el deseo de dar gracias á Dios por haber salvado la vida á su protector, acudió á la catedral.

~~con sentimiento en la breve que renunció por el~~
 ces á saber dónde podían encontrar á la jóven,
 Sin embargo, la esperanza renació en su alma.
 —Y o la hallaré, se dijo.

Trasláronse los reyes con la comitiva á palacio,
 y aquel día se celebró con grandes fiestas el completo
 restablecimiento del rey.

Capítulo XLIX.

Las murmuraciones.

I.

Las miradas de los dos jóvenes se encontraron, y los dos experimentaron una inmensa emoción al hallarse.

Algunos pajes que iban al lado de Diego, al ver á la jóven, cuchichearon entre sí, y oyó decir á uno de ellos:

—Ved á la hija del rey.

Aquella frase la recogió, proponiéndose pedir explicaciones al que la había proferido.

II.

Diego no pudo separarse de la comitiva, y aunque

con sentimiento suyo, tuvo que renunciar por entonces á saber dónde podria encontrar á la jóven,

Sin embargo, la esperanza renació en su alma.

—Yo la hallaré, se dijo.

Trasladáronse los reyes con la comitiva á palacio, y aquel dia se celebró con grandes fiestas el completo restablecimiento del rey.

III.

Diego no habia olvidado quién era el page que habia pronunciado al salir de la iglesia la frase que tanto efecto le habia producido.

Era un jóven de muy buena familia, llamado Mendo de Algora, tambien al servicio del infante D. Juan, pero muy calavera y gran amigo de los más perversos escuderos de palacio.

En vez de salir de su habitacion y tomar parte en los regocijos, permaneció solitario, proponiéndose al anochecer buscar á Mendo para interrogarle.

IV.

Entretanto no cesaba de recordar lo que habia oido: ¡La hija del rey! exclamaba á cada instante.

Las apariencias demostraban que aquella aseveracion era cierta.

En efecto; una jóven enlutada ir á la antecámara de palacio á informarse con la mayor ansiedad de la salud del rey, y sin más compañía que la de una dueña....

— No habia duda; Maria era el fruto legitimo del amor del monarca.

V.

A pesar de la poca experiencia que tenia del mundo el jóven paje, dos sentimientos se despertaron en su alma.

Si era, en efecto, aquella jóven la hija bastarda del rey, debia haber sufrido mucho.

Le habian faltado los cariños de un padre, acaso habia vivido separada de la autora de sus dias, y en este caso al amor se unia la piedad, para desear la ventura de Maria.

Pero por otra parte pensaba, que siendo la hija del rey, grandes debian ser las dificultades que se opusieran á su amor.

VI.

Estas consideraciones las destruia con una reflexion.

— Bien puede ser una calumnia, — se decia; — el rey es incapaz de labrar la desdicha de nadie, y por otra parte, si ella fuera su hija, en vez de tenerla al lado suyo, la alejaria, y ella, en vez de buscarle, en vez de informarse con tanto interés por el estado de su salud, para evitar toda clase de sospechas, preferiria la duda misteriosa á la certeza acusadora.

Al terminar la cena:

Isb —Amigo Mendo, — dijo Diego: á su camarada, — estamos libres de servir, y si quisierais me hariais mucho honor acompañarme á pasear.

—Con mucho gusto, — contestó el jóven.

Y descendiendo al patio de palacio, pasearon bajo las arcadas de un pórtico.

—¿Puedo saber la honra que me haceis, — dijo Mendo, — más juicioso de los pajes del infante, en reunir que gozo fama de ser el más travieso de todos.

—Porque os conozco á fondo, porque sé que bajo esa aparente ligereza caracteriza poseeis un buen corazón, deseando ser vuestro amigo.

—Apuesto ciento contra uno á que estais enamorado.

—No os equivocais.

—Pláceme que seáis franco; otro cualquiera hubiera negado.

—Cuando busco un amigo, debo, para adquirirle, darle antes pruebas de amistad.

—Vengan esos ejemplos.

—Con el alma.

—Ahora soy vuestro amigo.

—Pues bien, — dijo Diego, — al salir esta mañana del

templo, ¿no habeis visto á la puerta una jóven enlutada?

—¡Pues no he de verla! Si es la mujer más hermosa que hay hoy en Barcelona, ¿cómo no quereis que me haya fijado en ella?

—Yo tambien me he fijado.

—Pues qué, ¿no la habeis visto cuando estaba el rey enfermo, venir todos los dias á preguntar por él?

—Sí, pero entónces no reparé en ella, —dijo Diego; — para no entregarse por completo á su camarada.

—Pues, amigo mio, habeis estado ciego; no hay uno sólo de los pajes que no se haya enamorado perdidamente de esa jóven y que no haya renunciado á hacerla la córte, desde que han sabido....

—¿Lo que vos habeis dicho al salir de la iglesia?

—Precisamente: que es hija bastarda del rey.

—¿Y estais seguro de ello?

—Segurísimo; á todas partés ha seguido á la córte desde que salimos de Santa Fé: siempre vive en los alrededores de palacio, y los más curiosos aseguran que han visto al rey ir alguna que otra vez á visitarla; se conoce que la quiere mucho, que la vigila, y como si cualquiera de ellos se hubiera acercado á ella, lo habria sabido, ninguno se ha atrevido, y os aconsejo que hagais lo mismo: adórarla de léjos, porque de cerca correis peligro de caer en la desgracia del rey.

—Pero ¿cómo sabéis que es su hija?— insistió Diego.

—Así nos lo ha contado uno de los escuderos más viejos. ¿No conocéis á Pero Perote?

—Sí.

—Pues él, que sabe todos los misterios de palacio, puede informaros mejor que yo, porque aunque tiene fama de embustero, siempre dice alguna verdad entre sus mentiras. Por lo demás, yo vuelvo á aconsejaros que desistáis de ese amor que ha nacido de una mirada, porque os costaría caro. Contentémonos con verla de léjos, porque su hermosura no se ha hecho para nosotros.

—No olvidaré el consejo,—dijo Diego,—y si algo siento perder una esperanza, me complace la idea de que al perderla, he ganado un amigo.

—Un amigo de todo corazón; sois quizá el único que me ha llegado á comprender. Contad conmigo para todo.

X

Mendo hablaba con sinceridad, pero no había podido dominar la duda en el corazón de Diego.

Necesitaba no sólo averiguar la verdad de aquel enigma, sino conocer á fondo la historia de María, saber donde podría encontrarla, y consagrarla toda su vida, porque sentía que sin ella no podría haber felicidad para él.

XI.

Apenas se separó de Mendo, se dirigió maquinalmente hácia uno de los zaguanes de palacio, donde sabia que se reunían los escuderos, y por fortuna suya—porque no llevaba otro objeto—halló á Pero Perote conversando con un paje del duque de Medinaceli, que á la sazón aguardaba á su amo, que se hallaba en la régia cámara.

—¿A dónde va á estas horas por aquí el paje Diego Colon?—dijo Perote,—tendiendo la mano al hijo del ilustre marino.

—Estoy libre de servicio, é iba á salir un poco hácia la playa.

—Ya he notado yo estos dias que necesitais aire para respirar, y eso, á mí, que soy viejo y conocedor de los jóvenes, me demuestra que estais enamorado.

—No lo creais.

—Soy perro viejo ya.

—Os aseguro que no lo estoy.

—Eso lo asegurais porque creéis que no os observan los que os quieren, pero hoy, sin ir más lejos, os he sorprendido suspirando en los momentos en que fijábais vuestros ojos en una jóven que merecia el suspiro, porque es sin duda alguna la obra más perfecta de Dios.

XII.

Y como las mejillas de Diego se encendieran al oír estas palabras:

—¡Eh! ¿Qué tal? ¿veis como no me equivoco? Ya os habeis puesto colorado. No es para tanto la cosa; no hay quien vea á esa jóven que no se prende de ella.

—No sé á quién aludís,—dijo Diego.

—A la hija del rey.

—¿A quién? ¿á esa jóven enlutada que cuando el rey estaba enfermo venia á preguntar todos los dias por él?—dijo el paje del duque de Medinaceli,—terciando en la conversacion.

—La misma.

—¿Y decís que es hija del rey?

—Pues es claro; esto no lo decimos en alta voz, pero no hay un sólo servidor en palacio que no lo sepa.

—Pues estais atrasado de noticias.

Diego, con ardiente interés, se acercó más al grupo de los dos hombres y oyó con avidez su conversacion.

—Os digo que no es la hija del rey.

—Y yo afirmo que sí.

—¿Cuáles son vuestros antecedentes para creerlo?

—Los de que cuando llegó á Sevilla salió el rey una noche con su montero mayor, que era gran amigo mio, le llevó hasta una casa de pobre aspecto, le hizo aguardar á la puerta, y despues de un gran rato salió muy conmovido de allí.

El montero, que queria averiguar quién vivia en la casa, pasó dos ó tres dias despues por delante de ella, vió salir á una jóven, y preguntando quién era,

le dijeron: «Es la hija del señor de...» ¿Qué duda había? la hija del rey.

—¿Y qué más? — La noticia corrió por la ciudad.

—Después ha seguido por todas partes.

—¿Y qué más? — Y se lo contó a los oídos del rey.

—Nada más; me parece que está basta.

—Sois un pobre hombre, señor Pero Perote; ¿quién os ha dicho que la que parece ser su hija no puede ser su amante?

—¡Mentís como un villano! — exclamó Diego sin poder contenerse.

Los días que no estaba en servicio salía al campo a hacer la playa, se pasaba solitario y volvía pensando en María.

Pronunciando estas palabras, lanzó en el aire dos dagas todo fué uno.

El escudero se interpuso entre los dos pajes.

Pero ya era tarde.

Diego acababa de recibir una herida en el brazo derecho.

Temeroso de lo que podía sucederle, había huido el paje del duque de... y le había traído... y le había traído... y le había traído...

La herida de Diego... y el escudero, llevándole á su aposento, le curó del mejor modo posible.

Y ofreciéndole una rosa...

—Tomad, — añadió, — esto me ha dado para vos...

Nada se hubiera sabido de aquel suceso, si la comen-

zaron de hablar de Pero Perote no le hubiera im-

...

...

...

...

...

...

...

pulsado á referir á todos los servidores de palacio lo que habia sucedido.

La noticia circuló por la ciudad, pero afortunadamente para Diego y para el paje del duque de Medinaceli, no llegó ni á los oídos del rey ni á los del duque.

XV.

Diego no tuvo que guardar cama.

Pero estaba muy triste.

Mayor era la herida que habia recibido en su corazón que la que habia recibido en el brazo.

Los dias que no estaba de servicio salia al anochecer hácia la playa, se paseaba solitario, y volvía, no á dormir, sino á pasar la noche en el insomnio, pensando en Maria.

XVI.

Una tarde empezaba á anochecer.

Se acercó á él una niña de ocho á nueve años, vestida pobremente, y le pidió una limosna.

Diego sacó de la escarcela un maravedí de plata y se lo dió.

— Dios se lo pague, buen caballero, — dijo la niña.

Y ofreciéndole una rosa:

— Tomad, — añadió, — esto me ha dado para vos quien no os olvida nunca.

XVII.

Sorprendido Diego, quiso interrogar á la niña, pero desapareció instantáneamente.

Su corazón le dijo en seguida quién era quien le enviaba aquella flor.

Dos días despues volvió á la playa á la misma hora que vió á la niña.

—¿Me conocéis?—la preguntó.

—Sí; habeis sido muy bueno para mí.

—¿Cómo llegó á tus manos aquella rosa?

—No puedo decíroslo.

—Y si yo te prometiese guardar siempre el secreto, ¿me lo dirías?

—¡Oh, no!

—¿Y si sufriese mucho y pudieras calmar mi sufrimiento con esa confesion?

—Entonces...

—Pues bien; habla, habla por Dios, niña, dime quién te ha dado aquella rosa para mí.

—Mi protectora, el ángel de mi guarda.

—¿Sabes su nombre?

—María.

—Sí, es ella; pensó Diego. ¿Dónde vive?

—Lo ignoro.

—No me engañes.

—Os juro que no lo sé.

—¿Pues cómo la conocéis?

—Yo soy huérfana, señor, huérfana como ella.

Mi pobre abuela es muy anciana, está postrada en el lecho, y todos los días me envía á pedir limosna á la puerta de la catedral.

Una mañana pasó mi protectora y fijó sus ojos en mí; se informó de mi situación, y desde entónces todos los días me reconoce, todos los días me acaricia; pero no sé quién es ni dónde vive.

XVIII.

Diego se informó de la hora en que iba á la iglesia María, y desde el día siguiente fué á la catedral.

Pero no la vió.

—La niña estaba á la puerta.

—Hoy no ha venido,—le dijo con tristeza al reconocerle.

XIX.

Al día siguiente fué al templo, y tampoco pareció María.

Trascurrió una semana, y María no fué en toda ella.

La pobre niña lloraba amargamente.

Diego volvía todos los días á palacio en el mayor desaliento.

XX.

Un día que volvía completamente desesperado, salió á su encuentro el paje Mendo.

—Tengo que daros una mala noticia,—le dijo.

—¿Una mala noticia?

—Sí; he sorprendido esta mañana un secreto, y para daros pruebas de amistad, voy á confiárosle.

—Hablad.

—Recordais aquella jóven de quien me hablasteis hace poco, aquella de quien estabais enamorado?

—Sí; ¿qué le pasa?

—Está enferma, muy enferma.

—¡Oh!—exclamó Diego no pudiendo contenerse, y comprendiendo entónces la falta de asistencia de la jóven á la catedral,—decidme, por piedad, dónde se halla esa jóven, yo necesito saber de ella.

—Sólo puedo deciros una cosa: no perdais esta noche de vista la puerta de la capilla que dá á los claústros del Norte. Es muy posible que veáis salir por ella dos hombres embozados. Seguidlos á corta distancia, y acaso lográreis vuestro deseo.

XXI.

Diego siguió al rey á la iglesia, y al dar las ánimas se ocultó en un ángulo del claústro, y vió salir á dos hombres embozados, los cuales se dirigieron por una puerta del palacio, que siempre estaba cerrada, á una de las calles contiguas á la de Escudillers.

Diego los siguió á corta distancia, y vió entrar á uno de ellos en una casa, en tanto que el otro se quedaba aguardando á la puerta.

No habia duda.

—El embozado que habia entrado en la casa, era el rey.

Allí debia vivir María.

XXII.

Al día siguiente temprano, llamó á la puerta de la misma casa, y no tardó en hallarse en presencia de la dueña.

Doña Irene reconoció á Diego, y le acogió con la mayor bondad.

—Señora, en vano sería ocultaros el sentimiento que me ha traído aquí,—le dijo Diego á la dueña. Cualquier pretesto que tomase, descubriría mi engaño: prefiero revelaros la verdad.

—Os esperaba,—le dijo doña Irene,—así es que no me causa sorpresa vuestra venida.

—¿Me esperabais vos?

—Sí, por cierto.

—¿Sabeis entónces cuál es el objeto de mi venida?

—Sí; venís á informaros del estado de la salud de una persona que ha logrado interesaros algo.

XXIII.

—Pues bien; entónces es inútil el fingimiento, señora,—dijo Diego.—No sé por qué desde el primer instante en que contemplaron mis ojos á María, se despertó en mi alma un vivo afecto hácia ella. ¿Cuál es la causa de esta simpatía? Lo único que sé es que pienso á todas horas en ella, y anhelo su felicidad más que la mia propia; que desde que he sabido qué está enferma no vivo ni sosiego, y que os pido permiso para

venir todos los días á saber cómo se halla, y unir con vos mis oraciones para que el cielo se apiade de su desdicha, y la devuelva la salud.

—Pláceme en el alma que penseis de ese modo, y puedo aseguraros que Maria siente hácia vos un afecto muy parecido al vuestro. Afortunadamente hoy ha empezado á mejorar mucho, y Dios mediante, volveremos á verla como anhelais.

Pero ¿cómo habeis sabido dónde vivimos? ¿Cómo habeis llegado hasta aquí?

—Hace ya muchos días que os buscaba; pero hasta anoche no logré averiguar vuestro paradero.

—¿Anoche?

—Sí; anoche vinieron dos hombres á esta casa.

—¿Cómo? ¿Vos sabeis?...

—Lo sé todo; el rey estuvo aquí, ¿no es cierto?

—Si lo sabeis, ¿para qué ocultároslo?

—Y ya que sois tan buena para conmigo, ¿no calmareis la ansiedad que experimenta mi alma ante la duda?... ¿con qué motivo viene el rey á esta casa?

—Vos que le habeis visto venir, habreis sabido cuáles son los motivos que tiene para proteger á mi señora.

—Eso es precisamente lo que ignoro.

—¡Ah! pues si lo ignorais, por mi parte no puedo revelaros un secreto que no me pertenece.

—¡Ah!—exclamó Diego,—esa obstinacion en negar, me prueba que los motivos que traen aquí al rey son ménos dignos de lo que yo creia.

—Ved que insultais á mi señora.

—¿Por qué no la defendéis vos con una revelación cumplida?

—Porque soy su leal servidora, y he empeñado mi palabra de no revelar el secreto. Pero puedo hacer algo para que aparezca á vuestros ojos tan pura como es.

—Hablad, hablad, por piedad.

XXIV.

—El rey debe volver esta noche á saber cómo se halla mi señora.

—¿Y bien!

—No vendrá hasta las ánimas. Venid vos antes, y sin faltar á mi promesa, porque yo no he ofrecido más que no hablar; podéis, desde una habitacion contigua, convenceros de que vuestras sospechas son injustas, y de que Dios bendice al rey cuando viene á esta casa.

—¡Ah! gracias, gracias,—exclamó Diego estrechando la mano de la dueña.—Me dais la vida, y al despedirme de vos, me place haceros una promesa. Amais á Maria, ¿no es verdad?

—Como si fuera mi propia hija.

—Pues bien: yo os juro que labraré su felicidad aun á costa de mi propia existencia.

Y al decir esto, partió Diego dispuesto á apurar aquella noche las dudas que le atormentaban.

XXV.

María no tardó en saber que Diego había estado á informarse de su salud, y las palabras de la dueña produjeron en su alma más efecto que las más eficaces medicinas.

Sus ojos se iluminaron.

Su pulso latió con más violencia, y todo demostraba que deseaba vivir para pagar la deuda de gratitud que había contraído.

XXVI.

Pero doña Irene se guardó muy bien de decir á la jóven que aquella noche iba á tener su entrevista con el rey un testigo oculto.

Poco antes de las ánimas llegó Diego, y con el mayor sigilo le condujo doña Irene á una habitacion próxima á la que ocupaba María, desde la cual podia oír todo lo que hablara la jóven.

No había pasado un cuarto de hora, cuando sonó un aldabonazo en la puerta:

Diego oyó decir á María:

—El es, mi protector.

Doña Irene fué á abrir la puerta, y pasados algunos instantes, penetró el rey en la habitacion. Y

XXVII.

María estaba más aliviada, y la alegría se pintó

en su rostro al ver á su lado á su bondadoso protector.

—¿Cómo estás, hija mia,—le dijo el rey.

—Mejor, mucho mejor; hoy me siento muy bien; las fuerzas vuelven de nuevo á sostenerme, y Dios mediante, dentro de pocos dias podré ir al templo á dar gracias á Dios por haberme salvado la vida.

—Pláceme verte con tan buenos ánimos.

—A vuestras bondades lo debo, señor,—dijo María.—Pobre huérfana, al perder á mi padre, he hallado en vos todo su cariño, todos sus cuidados. El cielo os pague tanta caridad.

—No hago mas que cumplir un deber. Tu padre fué uno de mis mejores, de mis más leales servidores, y no ignorais que al caer herido á mi lado en el combate, me pidió que le remplazase á tu lado.

La última voluntad de un valiente debe cumplirla un rey agradecido.

—No en vano sois en la tierra el instrumento de la Providencia.

—Pero no hablemos de eso, hija mia, hablemos de tu porvenir, de tu felicidad.

—¿Puedo ser más dichosa?

—Me interesa asegurar tu porvenir, colmarte de venturas, y aun cuando me preocupan los negocios del Estado, no por eso dejo de pensar en ti.

Ya que estás bien, para acelerar tu mejoría, voy á comunicarte una nueva que de seguro te agradará.

XXVIII.

Diego escuchaba esta conversacion, y las lágrimas

se asomaban á sus ojos, lágrimas al mismo tiempo de indignacion y de alegría.

De indignacion, porque comprendia la sinceridad de los lazos que unían á María con el rey, y recordaba las dos versiones calumniosas que acerca de ellas habia oido.

De alegría, porque María recobraba la salud, y porque veia que era el objeto del afecto más puro, del interés más noble del soberano.

XXIX.

El rey continuó hablando á María.

—Afectuoso padre para tí, no solamente he tenido ocasion de comprender el tesoro de virtud, los generosos sentimientos que se albergan en tu alma, sino que sé que hasta ahora, á pesar de la libertad en que has vivido y vives, ni has cedido á los halagos de passion alguna, ni has incurrido en ninguna debilidad dispensable en todas las mujeres, y más aún en las que como tú viven sin familia. ¿No es verdad, María? ¿No es verdad que no has amado, que no amas á nadie?

XXX.

Aquella pregunta causó gran sorpresa á la jóven. Vaciló un instante; por la primera vez se confesó á sí propia que amaba, pero al oír una pregunta que implicaba una respuesta negativa:

—¿Qué decís, señor?—balbuceó sin atreverse á negar ni á afirmar.

—Digo que estoy seguro de que aun no ha despertado tu corazón al amor, y de que esa pureza de tu alma es un atractivo más que te ha hecho en extremo interesante á una persona á quien yo profesó una amistad muy grande.

XXXI.

Las megillas de María se colorearon de un vivo carmin.

—No os comprendo, señor,—dijo,—sin atreverse á fijar los ojos en el rey.

—Te hablaré con franqueza. Uno de mis más queridos servidores ha fijado muchas veces en ti sus miradas, y ha adivinado los tesoros de felicidad que encierra tu alma. Adivinarlos y desearlos ha sido todo uno; pero es noble, es leal, sabe cuánto me interesa tu suerte, y antes de dirigirse á ti, ha venido como bueno á confesar su sentimiento al que hace las veces de su padre.

XXXII.

Las palabras del rey no sólo producian sorpresa, sino dolor en el corazón de la jóven.

El peligro de verse obligada á ser de otro hombre hacia comprender á María cuánto amaba á Diego, y esto le dió fuerzas para hablar al rey.

—¡Oh, señor!—dijo;—yo agradezco vuestra bondad. Pero, ¿cómo queréis que la pobre huérfana sueñe en una felicidad que no puede ser, porque su corazón está muy triste?

No; yo no he pensado nunca en amar, ni amaré.

—¡Pobre niña!—exclamó el rey. — Lo crees de buena fé, pero te engañas á tí misma; amarás, porque esa es una ley ineludible, y si algún influjo tengo yo sobre tí, te pediré que ames al hombre que está prendado de tu belleza, porque es digno de tu amor, y porque yo quiero dejar de verte con misterio, quiero dejar á tu lado un protector que vele por tu vida cuando yo muera, y sólo de este modo puedo conseguir mi deseo.

Cuando sepas quien es el que aspira á tu mano, comprenderás mi beneplácito. El que aspira á tu mano, el que desea labrar tu felicidad, es Lupercio Santangel, hijo de mi tesorero mayor. Tú ves que á su lado puedes ser una de las mujeres más felices de la tierra. ¿Qué me dices?

—Señor, mi gratitud es inmensa, ¿cómo pagaros tantos beneficios?

—No quiero que resolvais ahora esa cuestión, y si te he hablado de ella, ha sido para aumentar tu alegría, para fortificar tu esperanza. Pronto te pondrás buena; pronto abandonaremos á Cataluña para volver á Aragón, y allí bendecirá el cielo tu unión con mi protegido.

—Cuando su majestad lo desea, será por vos—

XXXIII.

Diego no sabia explicarse lo que le pasaba.

El rey habia dispuesto del corazon de María para entregárselo á un hombre que era hijo del que más proteccion habia dispensado á su padre, del que habia proporcionado los recursos para la expedicion, que habia sido el sueño dorado del autor de sus dias.

Un sentimiento de gratitud le impulsaba á partir para siempre del lado de María, á olvidarla, á morir; sino podia borrarla de su memoria, antes que fomentar una pasion que tan desgraciada debia ser para él.

Pero el amor, el vehemente amor que le inspiraba la jóven, le retenia á su lado y oia aquella conversacion sin poder darse cuenta de lo que le pasaba.

XXXIV.

El rey se despidió de la jóven, y María prorrumpió en amargo llanto.

Irene no tardó en volver á su lado.

—¿Qué teneis, hija mia,—le preguntó.

—¡Ah!—exclamó sollozando María,—soy la más desventurada de las mujeres.

—¿Por qué?

—El rey quiere casarme con un hombre á quien no conozco, á quien no amo.

—Cuando su majestad lo desea, será por vuestro bien.

—No, no, mi bien es otro. ¡Ah! para qué no habré muerto! Preferiría mil veces morir, á la suerte que me espera?

—¿Qué decís?

—Estoy loca, loca, sí; pero yo no puedo amar, porque ya amo, y amo con toda mi alma.

—Me parece que adivino vuestros sentimientos.

—Sí; ¿para qué ocultarlo? amo á Diego; sin él, la vida me es odiosa.

—Pues alegraos, mi señora, alegraos,—dijo la dueña,—porque él tambien...

XXXV.

No pudo concluir la frase.

Diego apareció en el dintel de la puerta, y sin ser visto de María, hizo una seña á la dueña para que callase.

María, abismada en sus pensamientos y herida de muerte por su dolor, no notó lo que acababa de pasar.

Irene se dirigió á la habitacion en dónde estaba Diego.

—Ocultadla siempre que he estado aquí,—le dijo,—que he descubierto su secreto, y que Dios se apiade de nosotros!

XXXVI.

Diego partió de casa de María, llevando en su

alma uno de esos dolores que no se estinguen nunca.

Era amado, y tenia que renunciar á su única felicidad.

¿Se oponian á su ventura los que tenian más derecho á exigir gratitud de su alma!

Pronto empezaba á sufrir.

Pero tenia en su padre un ejemplo vivo de abnegacion y de heroismo.

La fé que habia despertado en su alma, y que habian fortalecido los consejos del venerable prior de la Rábida, fué el único bálsamo que mitigó su acerba pena.

La fé es un rocío tan vivificante, que puede convertir en desengaño la esperanza.

Aquello no era más que el principio de una vida en la que la alegría y el dolor debian mezclarse y renovarse á cada instante.

XXXVII.

¿Qué porvenir estaba reservado á aquel amor?

¿Logró vencer aquellos obstáculos?

¿Pudo sobrevivir Maria á la muerte de su esperanza?

A su tiempo lo sabremos.

Sigamos ahora á Colon y á los marineros que le acompañaban á la conquista del Nuevo-Mundo.

IVXXX

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE DEL TOMO PRIMERO.

PARTE PRIMERA.

LOS DECRETOS DE LA PROVIDENCIA.

Páginas.

CAPITULO I.—El convento de Santa María de la Rábida.	5
II.—Quién era Cristóbal Colón.	16
III.—Amor y dicha.	24
IV.—El presentimiento del Nuevo Mundo.	36
V.—Un rey y un loco.	44
VI.—El peregrino.	57
VII.—El prior Juan Perez de Marchena.	66
VIII.—Los dos viajeros.	79
IX.—Un soldado que habla como un libro.	93
X.—Una felicidad inesperada.	103
XI.—Una carta de recomendación.	119
XII.—Luz y sombra.	128
XIII.—La torre de la Malmuerta (episodio).	144
XIV.—Un crimen y un castigo (id.).	154
XV.—Una protectora.	171
XVI.—Alegría y dolor.	183
XVII.—Dicha y desdicha.	196
XVIII.—Ardides del amor.	205
XIX.—El Angel de la Guarda.	216
XX.—Sucesos.	225
XXI.—Desaliento.	235

X

X

